

Carlos Alberto Arestivo Bellasai

Memorias de un padre



© Memorias de un padre
Carlos Alberto Arestivo Bellassai

Colaboración y edición: María E. Zaracho R.
Corrección de estilo: Marta Robertti
Diseño de tapa: Giovanni Arestivo Martinez

Editorial Arandurã
Tte. Fariña 1028
Asunción-Paraguay
Tel.: (595 21) 214 295
e-mail: arandura@hotmail.com
www.arandura.com.py

Junio 2018
ISBN: 978-99967-911-1-6

Prólogo

Un alumno y hoy colega de Carlos, que resultó ser un amigo común de ambos, me convocó a reunirme con él basado en la certeza de que había *“algo que contar”*. Lo relatado al inicio de este prólogo es una de las primeras anécdotas que me comentó Carlos, y que prefiguró el sentido posterior de los textos que trabajamos juntos.

Transcurría el año 1994 y a Carlos le pesaba una profunda tristeza, cuando visitó junto con otro colega médico una comunidad indígena Pai Tavytera; una de las familias lingüísticas guaraní asentada en el departamento de Amambay, Paraguay. Su esposa y él, recientemente, habían perdido a Carlos Alberto, el hijo que estaban esperando.

Recuerda que los miembros de la comunidad percibieron su estado anímico, se acercaron y empezaron a bailar a su alrededor. Las horas pasaron, o al menos así lo percibió Carlos, y ese transcurrir del tiempo ganó intensidad, hasta que al final, uno de ellos, aparentemente el líder, se acercó y le dijo en guaraní: *–“Ani eje py’apy, outa ndeve mokõi”*, la traducción aproximada de esta expresión es: *–“No te preocupes, vendrán dos”*.

Una tarde, observó que en el tronco de un árbol donde tenía una planta de orquídea habían florecido dos. Recuerda con emoción ese día en que la naturaleza anticipó la buena nueva: junto con su esposa, serían padres de mellizos.

Las orquídeas son plantas perennes. Se dice que las epífitas –aquellas que crecen en los árboles– son eternas y su supervivencia está vinculada al árbol que las sostiene. Estas plantas cosmopolitas y de gran belleza pueblan la tierra desde hace setenta u ochenta millones de años. Uno de los pasatiempos preferidos de Carlos, en los últimos años, es cuidar de un jardín donde florecen las orquídeas.

Las dos orquídeas nos transmiten la idea de tiempo, de belleza, de creación y de trascendencia. Carlos quiere dejar un escrito que sirva como testimonio de la belleza de la vida, del paso del tiempo, de la memoria y de aquello que permanece pese al dolor, un escrito como herencia de un padre a sus hijos.

Es así que llego yo a su vida y de conocerlo como hijo de inmigrantes italianos, paraguayo, médico, psiquiatra, impulsor de los primeros espacios para pensar lo desmanicomial en una de las peores épocas de encierro y violencia de estado que vivió el Paraguay, perseguido en la época de la dictadura de Stroessner (1954-1989), defensor de los derechos humanos, maestro respetado y admirado en las ciudades de Villarrica y Asunción, pasé a reconocerlo como amigo, pero sobre todo, como padre, como él

mismo se define y desde donde se emplaza para la escritura de estos textos.

¿Quién eres y de qué país procedes? ¿Dónde se hallan tu ciudad y tus padres? ¿En qué linaje de embarcación llegaste?, expresa Homero en su Odisea. En estas memorias, reconozco algo de aquellos cantos donde se narra el reencuentro de un padre, Odiseo, con el hijo que ha tenido ya en sus años de senectud, Telémaco, y la continuación de un viaje con un epílogo que solo tiene sentido desde el encuentro de ese hombre con su propio padre, Laertes.

En este libro, que es también un viaje que acompañé por más de dos años a partir de charlas y sugerencias en torno a lo escritural, se materializa la necesidad de un hombre de tejer relatos que permitan visibilizar su historia y permanecer así en la memoria de su descendencia.

Supongo que el valor de la biografía como género literario alude a su posibilidad de habilitar un espacio íntimo, personal, donde al mismo tiempo se crea y recrea la historia social y política de un país y del mundo. En ese sentido, *Memorias de un padre* da cuenta de la poética del encuentro de un hombre con su propia historia, lo que nos puede llevar tras su lectura, no solamente al testimonio personal de un padre para con sus hijos, sino el de un ser humano a la humanidad.

María E. Zaracho Robertti
Asunción, 2018

Dedicatoria

*Quiero recordar muy especialmente
en este libro a...*

Mi madre, doña Adelina

Afectivamente no fue demostrativa, pero siempre me acompañó y estuvo a mi lado en los momentos difíciles. Doña Adelina era como la tierra fértil, gracias a ella mis raíces crecieron y se fortalecieron. Me enseñó a amar, a callar, a tolerar. Para ella mis recuerdos más cariñosos.

Mi padre, don Turilo

Italiano fuerte como el roble, un sol que dio energía a esa planta que crecía y le brindó fuerza, humildad, buen humor. Durante la Revolución del 47, cuando yo era pequeño, se sentía un miedo generalizado, se comentaba sobre hombres que violaban a las mujeres o robaban en las casas. Como en mi casa estaban mis dos hermanas de 21 y 23 años y un día una bala perdida atravesó la puerta que daba a la calle, mi padre, para protegernos, colocó dos

colchones y aseguró la puerta con estacas. Por las noches dormía siempre con una barra de hierro maciza de 2 cm de diámetro y un metro de largo, esa era su arma para defender a su familia.

Un día me desperté a causa de ruidos en el techo, sentí mucho miedo. Mi padre, que también había escuchado los ruidos, vino a mi habitación. “Tengo miedo, papá”, le susurré. Él me respondió: –“No te preocupes, pues aunque estoy temblando; con esto (y me mostró su barra de hierro) no habrá problemas”. Esa circunstancia me enseñó a manejar el miedo y de mi padre aprendí a usar simbólicamente su arma. Cada vez que tengo miedo, recuerdo ese momento y siento que puedo dominar mi temor. Él me dejó su barra de hierro en el espíritu.

Mi tío, el Dr. Juan Sextillo Bellassai

Hermano menor de mi madre, fue un “tutor”, fue la vara que se coloca a las plantas para que no crezcan torcidas. Fue el complemento de mi padre, alguien que me escuchó y me mostró el camino a seguir. Fue mi guía, mi horizonte en medicina y, sobre todo, mi ejemplo en el trato con las personas. Me enseñó cómo asistir a los pacientes, el respeto a mi profesión, y me enseñó a humanizar la medicina.

Mi hermana Coca.**María Ester Arestivo de Céspedes**

Complemento de mi madre. Con cariño me enseñó, me educó, me amó y acompañó. La recuerdo con el mayor de los afectos.

Mi hermano Pocho. Armando Arestivo

El hermano padre. Me sostuvo, posibilitó que yo pudiera estudiar aquello que me gustaba, me apoyó permanentemente. Aunque sentí mucha rabia ante su decisión de quitarse la vida, fue una figura significativa y fundamental en mi vida.

Mi cuñada, Dra. María Gloria de Jesús Martínez

Pediatra y hermana de mi esposa, la encargada de mantener saludables a mis hijos y gran apoyo para mi esposa. Por el afecto que sentimos hacia ella junto con su hijo, pasaron a ser parte de mi familia nuclear.

Mis amigos

Los amigos de siempre: Aquellos de la época colegial con quienes nos reunimos de vez en cuando, entre los cuales debo citar al Dr. Darío Dávalos, residente en Córdoba, Argentina, Manuel Mandelik, Dr. Carlos Kunzle, Lic. Marlene Villalonga, Ing. Quinto Da Silva, Dr. Andrés Souter, Anita

Goldberg, Jaime Parceriza, Arq. Eulalio Campos Cervera, Lic. Faustina Ozuna, Dr. Rodríguez del Puerto. Leonor Rojas, Dr. Carlos González, ya fallecido, Arq. Marta Laterza, fallecida hace unos días, y tantos más. Los amigos de Tucumán: José Félix González y su hermano Darío, residente en España. Los compañeros de Facultad: Prof. Dr. Néstor Rubén Arrúa, Dra. Teresita Benítez, Luis Alberto Núñez Ávila, Prof. Dr. Antonio Cubilla y especialmente recordar a un gran compañero, Diógenes Gallagher, recientemente fallecido. Los amigos de Italia: Dr. Giandomenico Montinari y su esposa Elena Giordano, Ángel Saua Llanes – médico paraguayo residente en Roma– y muchos otros que me aprecian y a quienes aprecio. Otros amigos que no quisiera dejar de recordar son Heve Otero, Magui Palau, Eliseo Chenca (Baico) y Salvador Lacarrubba.

Genaro Riera Hunter y José Vera Gómez

Psicólogo y psicoanalista el primero y psiquiatra el segundo, a quienes me unen más de 40 años de amistad, juntos trabajamos en la Comunidad Terapéutica del Hospital y conformamos el Centro de Estudio de Psicoterapia y Psicología, Atyha. Hoy conformamos un equipo de Psiquiatría y Psicología Forense que denominamos “Gabinete Psicojurídico”.

Mi esposa, María del Carmen Martínez

Psiquiatra también. Con ella me siento seguro y tranquilo. Admiro el cuidado que le brinda a nuestros hijos. Ella me regaló lo más precioso de mi vida: mis hijos.

Giovanni Alberto y Piero Gabriel

Mis hijos. Estos escritos son para que ellos conozcan a su padre a través de su historia. Ellos cambiaron el rumbo de nuestras vidas y a ellos quiero dejarles estas memorias como la de aquella barra de hierro que me dejó mi padre, para que cuando se encuentren en alguna situación que les atemorice, sepan que estoy con ellos.

Cronología

Año	Biografía	Contexto paraguayo	Contexto mundial
1907-1937	Sus abuelos y sus siete hijos, entre los que se encontraban sus padres, emigran de Italia a Paraguay.	La presencia italiana en Paraguay data del siglo XVI hasta su intensificación a partir de fines del siglo XIX. "...de 1908 a 1920 entraron al país 8.300 inmigrantes, elevando a unos 32.000 los residentes extranjeros. Los italianos fueron el elemento de desarrollo más importante en este país en las últimas décadas, y muchos de los más prominentes hombres de negocios de la República son de esa nacionalidad." Crónica Histórica Ilustrada del Paraguay. Tomo 3. Pág.718.	Desde 1820 hasta entrado el siglo XX se produce a nivel mundial el fenómeno conocido como la "diáspora europea" miles de europeos de zonas rurales, italianos entre ellos, migran a América en busca de mejores oportunidades de vida escapando de la guerra, la pobreza y más adelante el auge de los nacionalismos y dictaduras imperantes en sus países de origen. En 1914 estalla la primera Guerra Mundial En octubre de 1917 irrumpe la Revolución Rusa. En 1919 Benito Mussolini funda el núcleo del futuro Partido Nacional Fascista en Italia. La guerra convierte a EEUU en potencial mundial durante los años 20 Japón se consolidaba económicamente. Un evento clave es, sin embargo, la crisis de la bolsa de valores hacia fines de la década en Nueva York y posteriormente la llamada Gran depresión del sistema financiero en los años 30
1938	Nacimiento e infancia en Asunción. Estudio en el colegio Internacional.	Guerra del Chaco (Contienda que enfrentó a Paraguay y Bolivia entre 1932-1935) "...paradójicamente, en medio de las revueltas, de la creciente efervescencia social y del marasmo económico, la sociedad paraguaya asistió a un fulgurante momento cultural como nunca antes había vivido. Por primera vez el Paraguay tuvo universidad. De ella egresó un grupo de intelectuales que comenzó a pensar qué había sido, qué era y qué debía ser el Paraguay (...), y fundamentalmente, se convirtieron en animadores de una sociedad aún lacerada por la guerra. (Brezzo, L. "El Paraguay Guerra del Chaco (1932-1935) a comienzos del siglo XX: 1900-1930".	El modelo primario-exportador de la economía latinoamericana ingresa a su crisis más profunda promoviéndose desde los estados el paradigma de la industrialización. En España, se iniciaría el periodo dictatorial conocido como "Franquismo" que iría de fines de los 30 a mediados de los años 70.
1947	Carlos tiene 9 años	Revolución Civil de 1947. Militares y miembros de los partidos febrerista, liberal y comunista, se unieron para combatir al gobierno de Higinio Morínigo surgido de un golpe de mano" (...) La guerra civil, con su bagaje de sangre, espanto, latrocinio, violaciones, saqueo, vejámenes, produjo, como era natural, una serie de dolorosas consecuencias." Crónica Histórica Ilustrada del Paraguay. Tomo 3. Págs. 850, 851.	Periodo Post- Segunda Guerra Mundial. Bajo la dirección de Hitler, las fuerzas alemanas y sus aliados ocuparon en 1941 la mayor parte de Europa y África del Norte. De 1947 hasta 1953 se extiende la etapa denominada Guerra Fría.

1954-1989	Carlos se desempeña como estudiante.	Dictadura del Gral. Alfredo Stroessner (1954-1989) se constituyó como un periodo de estabilidad política para un Paraguay históricamente signado por gobiernos interrumpidos por la crisis política y la violencia, fue la dictadura más larga de América Latina. El contexto mundial tiene ecos en los movimientos de exiliados paraguayos en la Argentina y en otros países durante las décadas del 60 y 70 donde se consolida la oposición a la dictadura. La OPM, Organización Político- Militar, fue un ejemplo de ello y así también experiencias de resistencia en el campo educativo como fueron las escuelas campesinas de las Ligas Agrarias Cristianas. Pese al terror y el poder oficial algunas experiencias importantes en el campo de la ciencia social y la cultura se desarrollan en Paraguay.	Guerra Fría. Durante la década de 1960 el mundo es escenario de dictaduras latinoamericanas y revoluciones, acaso las más significativas sean la Revolución cubana (1959), el Mayo Francés (1968) y el llamado "Cordobazo" en Argentina (1969) cuyas influencias se perciben en los movimientos rebeldes de estudiantes y civiles en todo el mundo. En esa misma década inician las primeras experiencias de Franco Basaglia (Italia) y el movimiento antimanicomial. Las dictaduras regionales se aliaron en sus esfuerzos represivos a través del denominado "Plan Cóndor". En la década de 1970 se perciben los primeros arranques del neoliberalismo en América Latina, intensificado en los años 80.
1958	Viaja para estudiar Medicina, primero a Córdoba; luego, a Tucumán.		
1965	Regresa de Tucumán. Funda con amigos la Clínica Carrión.		
1968	Rinde su último examen de la Carrera de Medicina.		
1969	Se gradúa de médico.		
1970	Llega a Italia para su especialización. Conoce las Comunidades Terapéuticas.		
1972	Colabora en el lanzamiento de una revista científica. Viaja a Comiso y Módisca (Sicilia) para conocer a familiares. Toma fotografías.		
1973	Lleva a sus padres a Italia.		
1974	Se casa por poder con María Eugenia Valiente Amarilla. Muere su padre a causa de un cáncer de colon. Elabora su tesis sobre las experiencias en la Comunidad Terapéutica.		
1975	Se suicida su hermano Armando, "Pocho". Él regresa de Italia.		
1976	Comienza a trabajar en el Hospital Psiquiátrico, llamado entonces Manicomio Nacional y crea las primeras Comunidades Terapéuticas en el Paraguay.		
1976	Ayuda a Nidia a esconderse.		
1977	Se separa de María Eugenia. Conoce a su actual esposa María del Carmen.		
1978	Cae preso y lo echan del Hospital. La policía del stonismo lo tortura. Lo llevan a la cárcel de Emboscada.		
1980	Conoce a Teresa Llamosas con quien vive 4 años.		
1985	Se separa de Teresa Llamosas		

1990	Trabaja en el Ministerio de Salud Pública y Bienestar Social en el departamento de Salud Mental.	En 1989 cae la dictadura del Gral. Alfredo Stroessner. Paraguay cuenta con el primer gobierno de su era democrática de la mano del militar Andrés Rodríguez (1989-1993). Stroessner huye a Brasil y posteriormente muere sin ser juzgado, en el exilio. Ese mismo año Augusto Roa Bastos recibe el premio Cervantes en España.	La caída del muro de Berlín en Alemania prefigura la apertura de un nuevo escenario a nivel político en el mundo. Los años ochenta demostraron, mediante el conflicto anglo-argentino de 1983 y el que enfrentó Irán con Irak de 1980 a 1988 que las guerras no tenían nada que ver con la confrontación de superpotencias mundiales y que eran posibles en cualquier momento. Hobsbawm, E. (1994) Historia del siglo XX. 1914-1991. Editorial Crítica, Grijalbo Mondadori. Barcelona-España.
1991	Conferencia en un Congreso Internacional en la Universidad de Hamburgo. Nidia regresa al Paraguay para buscar a su hija.		
1992	Crea la Primera Unidad de Salud mental en Pedro Juan Caballero, con internación en Salas del Hospital Regional. Trabaja con comunidades indígenas.	Gobierno de Juan Carlos Wasmosy (1993-1998). En el año 1992 se descubren los archivos secretos de la policía stronista, denominado "Archivo del terror".	El derrumbamiento de una parte del mundo reveló el malestar existente en el resto. Cuando los años ochenta dejaron paso a los noventa se hizo patente que la crisis mundial no era sólo general en la esfera económica, sino también en el ámbito de la política. Se reveló al mismo tiempo, la precariedad de los sistemas políticos nacionales que se sustentaban en esa estabilidad. Hobsbawm, E. (1994) Historia del siglo XX. 1914-1991. Editorial Crítica, Grijalbo Mondadori. Barcelona-España.
1992	Acompañamiento a la comunidad Pai Tavytera hasta 1996.		
1994	Carlos y su pareja pierden a Carlos Alberto, el hijo que estaban esperando.		
1995	Nacen los mellizos. Se edita el primer libro sobre el Código de la Niñez y Adolescencia basado en los nuevos paradigmas.		
1998	Es seleccionado por concurso para el cargo de Director Nacional del Proyecto: Convenio de la Unión Europea con Paraguay para la asistencia a menores de alto riesgo (AMAR).	Gobierno de Raúl Cubas 1998-1999. Asesinato del Presidente Luis María Argaña." Marzo "Paraguay", como expresión de crisis social y de gobernabilidad en 1999. Gobierno de Luis Ángel González Macchi (1999-2003). En 1999 fallece el doctor Andrés Rivarola Queirolo, gran referente de la salud mental en Paraguay.	El socialismo del siglo XXI aparece como concepto en la escena mundial en 1996, a través de Heinz Dieterich Steffan. Los países identificados con esta propuesta política son Cuba, Venezuela, Nicaragua y Bolivia.
2005	Presenta una querrela criminal contra su torturador, Eusebio Torres.	Gobierno de Nicanor Duarte Frutos (2003-2008)	La década del 2000 estuvo marcada por la llamada "Guerra contra el terrorismo" del gobierno de George Bush (hijo) en EEUU tras los atentados a las torres gemelas el 11 de setiembre del 2001. Fidel Castro visita Paraguay durante el gobierno de Duarte Frutos. Es la década del ascenso de movimientos de izquierda en América Latina, como los gobiernos de Kirchner en Argentina y Chávez en Venezuela.
2007	Trabaja en la UNVES	Creación de la Universidad Nacional de Villarrica del Espíritu Santo (UNVES). Gobierno de Nicanor Duarte Frutos (2003-2008)	

2009	Es elegido Decano de la Facultad de Postgrado de la Universidad Nacional de Villarrica del Espíritu Santo (UNVES)	Gobierno de Fernando Lugo (2008-2012). El partido Colorado resulta históricamente desplazado del poder. El gobierno de Lugo es interrumpido por un juicio político el 12 de junio del 2012 tras el evento conocido como la "masacre de Curuguaty". Tras el breve mandato del liberal Federico Franco, en 2013 el coloradismo retorna al poder de la mano de Horacio Cartes.	Entre el 2008 y el 2018 el mundo vive una época de crisis económica mundial reflejada en la crisis política y principalmente migratoria. La llamada "primavera árabe" marcó los primeros meses del 2001, así como la intensificación del conflicto sirio que dura hasta la actualidad. En Brasil asume la primera presidente mujer, Dilma Rouseff, quien sería destituida por un golpe de estado en 2016. El primer presidente afroamericano de EEUU Barack Obama es reelecto a inicios del 2011. El empresario Donald Trump es electo presidente de los EEUU en 2016. Durante el año 2018 varios países latinoamericanos, incluido Paraguay, celebran elecciones presidenciales en medio de crisis políticas, de institucionalidad, muertes de civiles y violencia.
2009	Nombrado Psiquiatra forense del Poder Judicial. Hasta el 2015 ejerce la Psiquiatría Forense en la Circunscripción de Guairá.		
2010	Fallece su hermana María Ester, Coca		
2016	Elegido Vicepresidente de la Sociedad Paraguaya de Psiquiatría	Gobierno de Horacio Cartes (2013-2018). El intento de reelección por parte del presidente deriva en una manifestación y posterior quema del Congreso, provocando una terrible crisis política que acaba con varios heridos y un muerto, dentro de la sede del Partido Liberal. El informe anual de la Comisión de Derechos Humanos del Paraguay menciona los infortunados retrocesos y rebrotes autoritarios. Mario Abdo Benítez, hijo del secretario privado de Alfredo Stroessner aparece como gran candidato para la presidencia y la continuidad del Partido Colorado en el poder. La igualdad de género como garantía del Estado laico, comprometido por fundamentalismos es reclamado por varios sectores y son comunes las cada vez más crecientes restricciones a la protesta social. Codehupy (2017) Yvypóra Derécho Paraguáipe – Derechos Humanos en Paraguay 2017.	
2018	Elegido Presidente de la Sociedad Paraguaya de Psiquiatría. Recibe reconocimiento de la Sociedad Paraguaya de Psiquiatría, junto con el Prof. Andrés Rivarola Queirolo (1999)		



*Carlos, su esposa María del Carmen y sus hijos recién nacidos.
Asunción - Paraguay, 19 de diciembre de 1995.*

Capítulo 1

Mi Compañera

La Paternidad

Mis Hijos

Conocí a mi actual esposa, María del Carmen, en 1977, cuando creamos la internación del Centro de Estudios de Psicoterapia y Psicología. Ella cumplía con su internado en la sala de Pediatría del Hospital de Clínicas y sus colegas le avisaron sobre la posibilidad de trabajo en el Centro citado. Ella, que deseaba hacer la especialización en Psiquiatría y además, siempre fue (y lo sigue siendo) muy diligente, responsable, cuestionadora cuando tenía dudas y con la actitud humilde de quien quiere aprender, no dudó de que con aquel trabajo adquiriría los conocimientos fundamentales y básicos de la especialidad.

Nos fuimos conociendo poco a poco, con cautela, pues yo me había separado recientemente. La relación fue interrumpida por un viaje de ella a México en el año 1980 para realizar la especialización en Psiquiatría. Allí permaneció tres años y no tuve

muchas noticias de ella. Mientras duró su viaje, yo estuve en pareja, aunque sin contraer matrimonio. No disponíamos de información sobre legislación relativa al divorcio. La relación duró cuatro años.

Cuando regresó María del Carmen, yo estaba solo. Reanudamos nuestra relación. Era una gran compañera y la pasábamos muy bien. Como yo trabajaba en un programa de asistencia a víctimas de tortura y debía viajar frecuentemente al interior, ella me acompañaba a menudo.

Nunca habíamos hablado acerca de vivir juntos. Yo no quería saber del tema, pues creía que sería muy duro otro fracaso sentimental. Por esto, cuando la notaba entusiasmada, me alejaba un par de meses de ella, sin ninguna justificación. Luego, regresaba. No estaba en mis planes casarme con ella y tampoco salía con otra persona. Simplemente, me espantaba el matrimonio.

Mis rupturas sentimentales anteriores nunca habían sido fáciles. Hubo mucho sufrimiento, no solo para mí, sino para ambas partes. Recuerdo especialmente a una de ellas, pues me había encariñado bastante con su hijo.

Después de estos alejamientos, María del Carmen siempre volvía a aceptarme y nunca me presionó. Reconozco que solamente pensaba en mí. Era muy cómodo salir con ella y pasarla muy bien, sin asumir ningún compromiso. Sus familiares no me

aceptaban, pienso que por esta razón. Ahora me percato de que ella sufría en silencio, entonces ni lo imaginaba.

En este contexto e inesperadamente, ocurrió el embarazo de María del Carmen.

Recuerdo uno de nuestras salidas a la ciudad de San Bernardino (Paraguay), a principios del año 1994. Habíamos decidido pasar un fin de semana en casa de un amigo. Cerca de la casa había un hermoso local donde se realizaban grandes conciertos, el anfiteatro José Asunción Flores. La noche que llegamos, en este local actuaba el cantante brasileño Roberto Carlos. Nosotros no asistimos, de igual manera, disfrutamos de escuchar sus canciones. En esa romántica noche se engendró un niño que llamaríamos Carlos Alberto. Si bien estaba muy emocionado porque iba a ser padre, no me animaba a casarme. Pensaba que no era bueno actuar bajo presión. Entonces convine con ella en alquilar un departamento y así estaríamos cerca el uno del otro, aunque sin formalizar la relación.

Como ya no éramos tan jóvenes, nos preocupaba la salud del niño. Fuimos a Buenos Aires y ahí le realizaron estudios amnióticos especializados. Todo salió perfecto.

Al llegar al octavo mes de embarazo, ella se empezó a sentir mal. No quise dejarla sola y la llevé a mi casa. Preocupados por su malestar, fuimos al médi-

co, quien le indicó reposo absoluto. Al día siguiente me avisó que el bebé no se movía en su vientre. Volvimos al médico, y éste nos comunicó que el feto estaba sin vida. Después de este desenlace, con el transcurso de los días y ya más tranquilos, ella quiso volver a la casa de sus padres, porque ya no existían motivos para seguir en mi casa. Yo no dejé que se vaya. Siempre la quise, tenía miedo al fracaso, tenía miedo al matrimonio. Mis sentimientos que estaban como anestesiados, se despertaron con el embarazo y esto me dio fuerzas para encarar una vida nueva con ella.

Así, resolvimos la búsqueda de otro hijo o hija, lo más urgente posible, ya que ella tenía 39 años. Pronto quedó embarazada. Mi hijo Carlos Alberto se fue a fines de 1994. Mis hijos Giovanni Alberto y Piero Gabriel nacieron en diciembre de 1995.

Aunque la llegada de mi primer hijo fue inesperada, interiormente sentí que lo había esperado toda la vida. Agradezco y elogio el hecho de que María del Carmen aceptara tener un hijo conmigo. Si bien el segundo embarazo fue proyectado y esperado, fue el primer embarazo el que nos dio el coraje para encarar una vida juntos.

María del Carmen, mi compañera desde hace 23 años, pródiga en cuidados, nunca me hizo sentir solo; aunque soy solitario por naturaleza. Al mirar el pasado y con más calma, podemos reflexionar

y mirar con orgullo nuestra historia y la tarea más importante que realizamos juntos: educar a nuestros hijos.

Estos hijos que cambiaron totalmente el rumbo de mi vida. Ya con 58 años y dos intentos de matrimonio fallidos, ahora tenía un motivo fundamental para vivir, para trabajar, para disfrutar y sobre todo para amar: tenía una mujer con dos hijos míos.

A partir de ahí, encaré mi nueva vida con energía y entusiasmo. A pesar de las cosas malas que experimenté, puedo decir que soy un hombre satisfecho de mi vida. Cometí muchos errores y aprendí de ellos. Viví cosas buenas, interesantes y realicé un buen trabajo. Me siento gratificado.

Aprendí con mis hijos, crecí con ellos, aprendí de su ternura, su fragilidad, su inocencia, su indefensión. Aprendí a preguntar, a preguntar mucho. Junto con mi esposa aprendimos a criarlos. Actualmente tienen 22 años y cuando los miramos, mi esposa y yo nos sentimos realmente contentos. Ellos son lo mejor que tenemos. Tengo 79 años, no me siento viejo; sin embargo, mi cuerpo me delata. Me siento pesado y un poco cansado y son mis hijos los que con cariño me cuidan.



*Carlos Arestivo Bellassai, sus hijos Piero Gabriel,
Giovanni Alberto y su esposa María del Carmen Martínez.
Asunción-Paraguay, 2014.*

Capítulo 2

Infancia y prestidigitadores

Si me preguntan por qué elegí la profesión de médico... no lo sé muy bien. Tal vez siempre supe que quería serlo, además hay un par de anécdotas que ilustran mejor esta elección.

Una de las anécdotas se refiere a mi infancia. Todos me decían que fui un chico bueno, yo también me considero así; sin embargo, creo que era un tanto sumiso. Fui el quinto hijo, éramos seis hermanos. Dos hermanas mayores que yo, también dos hermanos mayores y una hermana menor.

Yo quería estar siempre entre mis hermanos, pero como eran entre cuatro y ocho años más grandes, me rechazaban. El mayor de todos me castigaba sin razones; tal vez, por desordenado.

Mi hermano mayor había iniciado la carrera de Medicina, yo tenía que leerle por largas horas el libro de Anatomía sin protestar. Él tenía un comportamiento agresivo con todos, mis padres ya no podían con él.

Hoy recuerdo algo que parece una fantasía. Cierta vez me llevaron al espectáculo de un prestidigitador. El artista se llamaba "Fu Manchú". Entre varias demostraciones, realizó una demostración de hipnosis y vi que podía manejar al hipnotizado. Yo, que tenía 11 años, quedé fascinado. Esa noche soñé que podía hipnotizar a mi hermano y dominarlo.

La idea de la hipnosis me persiguió durante un largo tiempo. Busqué información y me enteré que los psicólogos la usaban. El día de mi cumpleaños me regalaron un poco de dinero y con ese dinero compré un libro que había visto en la vitrina de una librería de mi barrio. El libro se titulaba "*Cómo llegar a ser un psicólogo práctico*". Creí, en mis fantasías, que yo podía lograr ese objetivo. Aún conservo ese libro, y quedó la idea de la psicología como poder.

Durante mis vacaciones, cuando cursaba la escuela primaria, iba a la casa de un tío muy querido, hermano de mi madre. Se llamaba Juan Bellassai y vivía en Barrero Grande, hoy ciudad de Eusebio Ayala en el departamento de Cordillera, Paraguay. Era médico y tenía mucha paciencia para hablarme y escucharme.

Él me respondía todas las preguntas que yo le hacía. Era muy querido y respetado por la gente del lugar. Como incluso asistía a las vacas cuando tenían un parto difícil, lo tenían como una especie de Dios. Adhería al Partido Febrerista, aunque no

como militante activo, y tuvo que dejar el puesto de médico pues no quiso afiliarse al Partido Colorado. El gobierno del general Alfredo Stroessner lo exigía, hacia el año 1955, a un año de asumir como presidente.

Todo el pueblo se reunió frente a su casa. La gente lloraba su partida. Estoy convencido que fue mi tío Juan quien influyó en mi decisión de estudiar la carrera de Medicina. Hasta sus últimos días fue un maestro y un consejero para mí. Lo consultaba cuando tenía problemas de diversas índoles y siempre pasábamos largas horas conversando.

A pesar de las dificultades que seguramente tendría, yo sabía que debía ser médico y que no sabría hacer otra cosa. El servicio militar era obligatorio. Al concluir mis estudios secundarios tuve que ir al cuartel, esto me impidió seguir el curso preparatorio de ingreso para la carrera de Medicina. Por tanto, y con la anuencia y compromiso de mi hermano Armando, 4 años mayor, que ya trabajaba y contaba con un buen sueldo, fui a estudiar a la Argentina.

Era el año 1958. Cuando llegué a Córdoba me enteré que ya estaban cerradas las inscripciones. La única universidad que aún las tenía abiertas era la de Tucumán -yo no tenía ni idea de la existencia de tal ciudad-, tuve que ir allí. Así, con otros compañeros, iniciamos la aventura de convertirnos en médicos.



*El Dr. Juan Bellassai, su esposa Francisca Zayas
y su primer hijo Juan Pablo.
Asunción - Paraguay*

Capítulo 3

Mis hermanos

“Coca”, María Ester Arestivo, era mi hermana más querida, siempre mantuvimos excelentes relaciones. Ella era la segunda hija y era 12 años mayor que yo. Me cuidó, se ocupó de mis estudios mientras cursaba la primaria, me orientó cuando lo necesité, me enseñó lo que sabía. Mientras estuve en el exterior –Argentina e Italia– fue la que me enviaba cartas, incluso semanalmente. Creo que ella fue como una segunda madre para mí.

Falleció sorpresivamente en el 2010. Con sus hijos, Gustavo y Ricardo, tengo muy buenas y estrechas relaciones. Cuando estuve separado, y como ya tenía 50 años y no tenía hijos, pensé en crear una especie de sociedad familiar con ellos y dejarles a mis sobrinos, Ricardo, hijo de Coca e ingeniero civil y Raúl, hijo de Beba y arquitecto, todos mis bienes.

Cierto tiempo imaginamos algún proyecto juntos, pero con la llegada de María del Carmen y mis dos hijos, ese proyecto no prosperó. Aunque se mantuvieron estupendamente las relaciones.

Otro hermano a quien yo admiraba mucho, era Armando, "Pocho". Era 4 años mayor que yo y siempre fue para mí el "hermano padre". Aun cuando era muy duro conmigo y me imponía reglas, yo lo admiraba y deseaba estar junto a él. Como él se dedicaba, entre otras cosas, a la impresión mimeográfica, yo lo ayudaba desde los diez años. Aprendí bastante con él y me convertí en experto. Nunca me pagó nada, no obstante, con ese trabajo ayudaba económicamente a nuestros padres y yo colaboraba con él.

A veces me hacía rabiar el hecho, por ejemplo, de que nunca me prestara su bicicleta y posteriormente su motoneta. Cuando tuve edad para aprender, no quiso enseñarme a manejar; sin embargo, con mis sobrinos incluso menores que yo, sí lo hizo. En fin, sus razones tendría.

Mientras duraron mis estudios en Tucumán, Argentina e incluso cuando regresé al Paraguay a continuar aquí mis estudios de Medicina, él no dudó en solventar mis gastos. Yo recibía regularmente un giro de dinero. Nunca fue afectuoso, pero yo sentía que me quería mucho. A veces, cuando caminábamos juntos, ponía su brazo en mi hombro y con ese gesto me hacía sentir feliz.

Armando fue quien me representó ante el juez en mi primer matrimonio, pues cuando decidí casarme en 1974, yo estaba de viaje y tuve que casarme

por poder. Años después, me eligió como padrino de su primera hija Rossana, hecho que me hizo sentir muy importante.

Se casó con un mujer muy bella y tuvieron cuatro hijos: Armando, el mayor, y luego tres mujeres, Rossana, Liliana y Viviana, a quienes quiero mucho. Después del fallecimiento de mi hermano Armando nos distanciamos un tanto, pero siempre traté de crear un clima afectivo con mis sobrinos. Iba a buscarlos para compartir helados o visitar a mi madre y mis hermanas. Actualmente forman una familia formidable y creo que me aprecian tanto como yo a ellos.

El fallecimiento de este hermano fue un golpe durísimo en mi vida. Estaba en Génova, atendiendo a una paciente. cuando sonó el teléfono y era una comunicación desde Paraguay. Era una de mis hermanas que me informó que Armando había intentado suicidarse y se encontraba internado, en estado de coma. No sé cómo pude continuar con la paciente, cuando terminé fui a los escollos, frente al mar, a llorar y a pensar. Acudía a este lugar siempre que me sentía solo o triste. Estuve algunas horas allí y fue allí donde decidí regresar al Paraguay. Esta decisión la tomé sin consultar antes a mi esposa, con quien llevaba alrededor de 8 meses de casados. Empezamos los preparativos para el regreso previa

comunicación a mi jefe y venta de todas las cosas que poseía allí. Un mes después volví al Paraguay.

Con mi otro hermano mayor, Jorge Juan, "Tito", aunque nuestras relaciones no fueron muy buenas en el pasado, mejoraron con el tiempo. Reconozco que no soy muy afectuoso, pero es mi hermano y lo ayudo siempre. Actualmente tiene 85 años y mantenemos una buena relación.

Él tiene dos hijos, Lourdes y Miguel. Desde que su madre no está con ellos, almuerzan los domingos en mi casa y pasamos juntos la fiesta de Año Nuevo. Decidimos con mi esposa agrandar nuestra familia con la inclusión de mis sobrinos. Lourdes, quien desde jovencita trabajó conmigo, y Miguel, un excelente joven muy cercano a mis hijos.

Mi hermana mayor, "Beba" María Adelina, hoy tiene 95 años. Aunque no tengo recuerdos cariñosos de ella en mi niñez, la quiero mucho. Me ayudó cuando salí de la cárcel y cuando tuve que viajar a Montevideo a realizarme una operación en los ojos, a consecuencia de las torturas que sufrí. Ella me acompañó y cuidó de mí durante mi convalecencia. Viví un tiempo en su casa, donde a veces, coincidíamos con mi madre. Su marido Raúl, amigo y buena persona, también estuvo a mi lado en los momentos difíciles. Tuvieron dos hijos, Raúl y Mónica. A Raúl, cuando se recibió de arquitecto, le

ofrecí su primer trabajo, diseñar el proyecto de mi casa, y él dirigió la construcción. Lo quiero mucho.

Mi hermana Mirta es 4 años menor que yo y mi protegida en la época de adolescencia, pues íbamos al mismo colegio. Ella estuvo casada, pero su matrimonio duró muy poco. Tiene tres hijos. Como tiene problemas de salud derivados de un accidente, sufrió bastante; aunque mi hermano Pocho y mi hermana Coca estuvieron siempre muy pendientes de ella y la ayudaron. Ella es muy afectuosa y mantenemos una muy buena relación.

Nuestros padres supieron mostrarnos el valor de la familia y creo importante destacar su importancia, más allá de los lógicos conflictos entre hermanos. En el ámbito psicológico decimos que la familia ofrece una “seguridad psicológica” porque cuando nacemos, caemos en su seno y es ahí donde aprendemos a ser como somos. Las personas más significativas, nuestros modelos y quienes nos dan seguridad, son nuestros padres.

Estas experiencias familiares me enseñaron cómo criar mis propios hijos. Educarlos no solamente consiste en colmar sus necesidades materiales; sino mostrarles el buen camino con nuestro actuar en la vida y no solamente con palabras. Como padres debemos reflexionar en que nuestra conducta cotidiana es una lección de vida para nuestros hijos. Si somos violentos les enseñaremos a nuestros hijos a

serlo también. Cada día me preocupo como padre de enseñar a mis hijos cómo vivir bien esta vida y que sean personas honorables. Cuando estuve preso, fui torturado y viví aislado; mi familia fue mi apoyo, nunca me recriminó y siempre estuvo a mi lado.

Cuando veo en las noticias que una persona dona un órgano a otro, me emociono. Estas acciones transmiten la solidaridad, la seguridad del amor fraterno. Estoy convencido de la importancia de cultivar las relaciones familiares, defender nuestras ideas sin ofender, con respeto y ayudándonos mutuamente. Desconozco si a estas alturas de mi vida logré transmitir esto a mis hijos, pero quisiera que siempre recuerden los valores que nos permiten vivir en paz, vivir bien en todo sentido, ser humildes, reconocer nuestros propios límites, aprender del otro y no dudar en preguntar cuando surgen interrogantes o dudas.



*Los hermanos Arestivo- Bellasai: Armando (Pocho),
Jorge Juan (Tito), Carlos Alberto, Mirta Beatriz.
Asunción, Paraguay, 1946.*



Los

*Hermanos Arestivo-Bellassi: Jorge Juan (Tito), Mirta Beatriz,
Carlos Alberto, Adelina María (Beba),
María Ester (Coca), de izquierda a derecha.
Asunción, Paraguay, 1997.*

Capítulo 4

Doña Adelina

Mi madre se llamaba Adelina. Muy bella de joven, como lo demuestra la fotografía. Se casó con mi padre casi sin conocerse, como era costumbre en aquel tiempo. Para casarse bastaba que los padres de los novios acepten la boda.

Mi padre nos contó que el primer beso que le dio a mi madre fue en la noche de bodas. Antes de la misma, apenas se tomaban la mano en forma furtiva, porque las visitas eran preestablecidas y vigiladas. Los martes, jueves, sábados y domingos ambos se sentaban en una especie de living en la casa de la novia, y uno de los padres o ambos, estaban siempre presentes. Casi no los dejaban hablar solos. Mi padre era muy apreciado por mis abuelos, ellos valoraban su carácter, su trabajo y su honestidad. Se lo decían y en realidad, él era un trabajador incansable. Cuando se casaron mi padre tenía 24 años y mi madre 20. Pronto edificaron su propia casa, donde se instalaron y vivieron como una familia de clase media.

Mi padre no completó la primaria y mi madre dejó la escuela al terminar el tercer grado. Apenas mi madre aprendió a leer y escribir, mis abuelos consideraron que ya no tenía que seguir estudiando. Tuvieron 6 hijos. Hoy sobrevivimos 4. Un hermano se suicidó en 1975 y una hermana falleció hace 5 años. Mi hermana mayor tiene 92 años, mi hermano mayor 86 años, yo tengo 79 años y mi hermana menor 75 años.

Mi madre era una mujer estoica, siempre estuvo presente en las situaciones difíciles de la familia, no demostraba su afecto; pero siempre estuvo atenta a nuestras necesidades. Era muy trabajadora y una excelente costurera. Aun sin haber estudiado aprendió de mi abuela el arte de coser. Consecuentemente, todas las ropas, pantalones, pijamas, camisas y sábanas los hacía ella.

Era una excelente cocinera, nunca olvidó las pastas y las comidas típicas de Sicilia. Hablaba poco, casi nunca se enojaba, sin embargo, cuando lo hacía era firme y no cedía. Era del tipo de personas que sufre calladamente, estoy seguro de que tenía sus sufrimientos.

Después del suicidio de mi hermano Pocho, Tito fue el preferido, pues quedó a cargo de la casa. Mis padres no tenían el carácter necesario ya para llevar adelante la familia. Mi hermano mayor y mi hermana mayor, ya fallecida, fueron los que carga-

ron con todo el peso de la familia, incluyendo el económico.

Mi hermano Pocho estuvo cuatro meses en coma y mi madre prácticamente vivió en el Sanatorio. Lloraba en silencio y soportaba el dolor. Otro de sus dolores como madre fue mi apresamiento y el conocimiento de que me estaban torturando.

Creo que para ella yo siempre fui un hijo ausente. Viví en Argentina 7 años y en Italia, 5 años. Mi ausencia también debió ser muy dolorosa para ella. Según me contó mi hermana, mi madre se quejaba de que la visitaba muy poco.

Su vida no fue muy agradable tras la muerte de mi padre. Vivía rotando de casa en casa de mis hermanas, se sentía sola, quería vivir en su propia casa, se sentía una huésped y eso no le agradaba. Lastimosamente, no pudimos darle una vida mejor.

Durante mi infancia, recuerdo que todos los domingos era obligatorio ir a almorzar a casa de mis abuelos maternos. Allí se reunían los seis hijos de mis abuelos con sus esposas e hijos. El encuentro familiar convocaba alrededor de 30 personas entre grandes y chicos. Algunas mujeres hacían pan casero que luego cada uno llevaba a su casa. Otras hacían la pasta para el almuerzo.

Recuerdo que los padres de mi madre no habían visto a una de las hijas por casi 25 años. Se casó,

vivía en Mendoza, Argentina, y su marido prácticamente la había “secuestrado”. Después de tantos años, consiguieron la dirección y mis tías fueron a visitarla. A partir de esto, nos visitaron cada año.

Las fiestas de asistencia obligatoria en la casa de mis abuelos eran la Navidad y el Año Nuevo. Además del día de San Juan, ya que mi abuelo llevaba su nombre y era su santo. En esas fechas nos encontramos toda la familia reunida.

En el año 1973 logré llevar a Italia a mis padres, allí vivieron conmigo ocho meses y pude disfrutar de su compañía. Realmente fue un disfrute esa temporada pues, después de tanto andar por el mundo y durante los años de estudio apenas me veían por la casa. Fue ahí donde pude conocerlos mejor y apreciar realmente la presencia de ambos.



*Doña Adelina Bellasai y Don Salvador (Turilo) Arestivo.
Asunción, Paraguay - 1970.*

Capítulo 5

El triángulo rojo

Tengo muy buenos recuerdos de mi infancia, de los juegos con mis amigos del barrio, algunos incluso asistieron a la misma escuela que yo.

Mauricio Schvartzman fue uno de ellos. Primero fuimos compañeros de escuela y luego, en el colegio Internacional. Con él aprendí a jugar ajedrez. Como detrás de mi casa había un patio baldío bastante grande, mis hermanos y sus amigos hicieron una canchita de fútbol donde se jugaba barrio contra barrio.

Yo, que asistía como público o pasapelotas, era demasiado chico para jugar con ellos. Con Mauricio, “Papi”, teníamos entre 10 y 11 años, creamos una especie de Club al que denominamos “El triángulo rojo”, ni recuerdo de dónde sacamos el nombre. Lo que recuerdo es que él era el presidente y yo el vicepresidente, éramos los únicos socios del “Club”. Cuando no se jugaba al fútbol y la canchita estaba libre, nosotros practicábamos una especie de atletismo. Teníamos una bola de hierro que habíamos

encontrado por allí y que pesaba más de un kilo –probablemente la bala de un arma– y el desafío era quién hacía más flexiones de brazo con ella.

De adulto, Mauricio también sufrió la persecución política y fue apresado, torturado y luego exiliado por ser opositor al gobierno de Stroessner. Aunque ya falleció, lo recordamos como uno de los mejores sociólogos que tuvo nuestro país.

Otro amigo del barrio fue Enrique Seall, “Tucho”. Su padre era dueño de una fábrica de cigarrillos llamada “La Popular”, su familia era de una situación económica muy superior a la mía. Fuimos compañeros de Colegio en el San Carlos hasta el segundo año, en que yo me trasladé al Colegio Internacional. Con él aprendí a fumar a los 14 años. Su hermano, Jorge Seall, es hoy un gran amigo y un excelente abogado constitucionalista graduado en Harvard.

Esta época también fue muy relevante en términos de una búsqueda de mayor independencia y una experiencia inolvidable. Contaba con 15 años cuando viaje solo a Mendoza, Argentina. Allí vivían mi tía materna, Tía Pepa le decíamos, su esposo y sus cuatro hijos, con los que pasé muy bien. Recuerdo que mi tío se esforzó en brindarme una buena atención, tanto así que me llevó a conocer la ciudad a pie. Caminamos cerca de cuatro horas y yo ya estaba muerto de cansancio, sin embargo, el tío, que

era una persona mayor y con bastante sobrepeso, estaba más fresco que una lechuga.

La última vez que fui fue porque mi prima Mary estaba con una enfermedad terminal, y sentí que necesitaba mi compañía. Sin dudar partí a Mendoza, y días después la hija del tío Juan, otra prima a quien llamamos Chichí, también se reunió con nosotros, era una especie de contención psicológica que realizamos entre toda la familia. Poco tiempo después esta prima falleció, pero yo seguí y sigo siempre en comunicación con mi querida prima llamada cariñosamente Papi. Uno también encuentra amigos dentro de su propia familia.

En el Colegio Internacional aprendí la importancia de la amistad. Realmente fui feliz estudiando allí y conocí a mis verdaderos amigos, los actuales. A los ya nombrados: Mauricio, Enrique, Jorge, debo recordar a Manuel Mandelick, también atrocemente torturado por ser opositor al gobierno de Stroessner, y Darío José Dávalos, quien hoy día es médico y con quien nos vemos frecuentemente, pese a que vive en Córdoba, Argentina.

Cuando en 1965 volví de Tucumán, me sentí muy solo y no conocía a nadie. Yo retomé en Paraguay el cuarto año de la carrera, mientras los demás compañeros se conocían desde el principio. El primero en acercarse a mí fue el Dr. Néstor Rubén Arrúa, y él me introdujo al curso. Cuando iniciábamos el

sexto año de la carrera de Medicina, abrimos con los hoy doctores Antonio Cubilla, Rubén Arrúa, Luis Núñez Ávila, Octaviano Franco y un médico clínico, una clínica denominada “Carrión”, en homenaje a un estudiante peruano fallecido en un experimento médico. En un local que nos había prestado mi hermano trabajamos como paramédicos, teníamos una ambulancia y hacíamos servicio a domicilio.. Fue una experiencia muy importante en nuestras vidas. Cerramos la clínica porque nos graduamos y debíamos realizar pasantías en distintas especialidades, algunas de ellas en el interior del país.

Mis amigos, que son casi mi familia, son tesoros que he tratado de cuidar. Muy pocos son íntimos, otros no tanto, pero a todos los aprecio de verdad. Con algunos me reúno periódicamente, y entre trago y trago recordamos nuestra juventud.

Uno de mis mejores amigos y con quien compartí estando en Tucumán, me convocó para un trabajo cuando yo ya tenía 70 años, edad en que pocos se podrían interesar en el trabajo de uno. Me ofreció la oportunidad de trabajar en la Universidad Nacional de Villarrica, donde era rector. Así fue que ingresé como docente y posteriormente Decano de la Facultad de Postgrado. Nunca olvidé ese gesto para conmigo. Cuando ambos terminamos nuestras actividades en la Universidad y este amigo quedó

muy mal económicamente y se sintió en apuros; me pareció que debía devolverle el gesto, que fue muy valorado por él y que a mí me hizo sentir realmente bien. Considero que es muy importante contar con alguien cuando uno está necesitado.

Otro de los valores que aprendí en mi familia es el sentirse persona, sentirse seguro, ser reconocido.

En la actualidad, me siento satisfecho y tranquilo de lo que me tocó vivir. No me culpo de nada. Fui responsable de muchos errores, los reconozco y he dado disculpas por cada uno de ellos en su oportunidad. Intento reflejar en este libro cuán bella es la vida, sus momentos opacos o radiantes, ellos forman parte de un todo, una unidad que se nos ofrece para aprender y adquirir sabiduría.

Capítulo 6

Instituciones

Apenas concluido mi bachillerato, me enrolé en el Servicio Militar Obligatorio, el CIMEFOR¹. El Cuartel se ubicaba en Villa Hayes, a orillas del río Paraguay. Me disgustó la imposición a la cual nos sometieron en el Cuartel, aunque en aquel momento, como era muy joven y mis compañeros también se habían enrolado, no me cuestioné sobre ello, solo pensé que debía hacerlo. Además, para evitar hacer este servicio uno debía contar con “padrinos políticos” y yo no quería utilizar esta artimaña. En aquella época no existía la objeción de conciencia. Por las calles te solicitaban la baja, que era el documento que demostraba que habías cumplido con el requisito del servicio militar. Si no la tenías ibas preso y eras castigado.

Desde el primer día empezaron los problemas. Mientras estábamos en fila esperando para recibir nuestros enseres y el fusil correspondiente (del cual

1 CIMEFOR: Siglas de Centro de Instrucción militar para estudiantes para la formación de reserva.

no debíamos separarnos y debíamos cuidarlo como si fuese nuestra novia, según nos habían dicho los oficiales), yo reconocí a un amigo. Aunque me percaté que tenía rango de oficial; inocentemente salí de la fila y me acerqué a saludarlo.

Grande fue mi sorpresa cuando en lugar de responder a mi saludo, me recriminó mi falta de respeto a la autoridad y ahí mismo me obligó a hacer flexiones. Aunque no fue un castigo intenso, fue una advertencia y el prólogo de todo lo que sobrevendría posteriormente. Yo me sentí muy mal, más tarde advertí que los de rango superior debían sobresalir en brutalidad y en crueldad en los castigos. Era una obediencia ciega. El famoso “descuereo”² era muy temido por todos, pues los castigos sobrepasaban nuestra resistencia física.

Era un régimen bastante duro: levantarse a las 4 de la madrugada con el sonido de la trompeta que anunciaba el despertar e interrumpía nuestro sueño, tener pocos minutos para vestirse y salir en fila. Ir en formación hasta el río, lavarse, volver para una sesión de gimnasia. Luego desayunar un rico cocido³ negro con cuatro galletas⁴.

2 Serie de ejercicios físicos extremos.

3 Mate cocido: infusión preparada a base de yerba mate quemada, consumida habitualmente como desayuno o merienda en Paraguay, se consume solo (negro) o con leche.

4 Producto panificado.

El sabor del cocido era delicioso, pero resultaba mejor si uno no se percataba del proceso de preparación, que no era nada agradable. El agua era hervida en grandes tachos donde se introducían las bolsas de yerba mate que previamente estaban esparcidas en el suelo. Las bolsas de tela servían de filtro. El almuerzo era asqueroso. Como soy bajo de estatura, siempre era el último de la fila. Esto significaba que en el momento de servirme, el loco⁵ resultaba incomible, pues estaba frío y con la grasa solidificada.

A continuación se sucedía una actividad que llamaban “orden cerrado” y que consistía en practicar el manejo del fusil, las marchas, etc. El fusil estaba adherido siempre a nuestros cuerpos, tanto en las marchas como en las presentaciones del arma.

Ciertamente pasé innumerables dificultades durante mi estadía en este lugar. Mi baja estatura tampoco ayudó, los demás eran más altos y yo no encajaba en las filas. Constantemente era objeto de burlas a causa de que el fusil era tan alto como yo. Esto me hacía sentir pésimamente.

Asistíamos unos 600 soldados divididos en 4 pelotones. Entablé amistad con un chico bastante bromista, quien no temía jugarle bromas incluso a los

5 Locro: alimento típico de la zona andina y el Río de la Plata ampliamente consumido en Paraguay. Su ingrediente principal es el maíz blanco o loco.

oficiales. Recuerdo cierta vez mientras estábamos de guardia en la puerta del dormitorio de oficiales y encontramos una víbora de 30 centímetros de largo aproximadamente. Después de matarla, a mi amigo se le ocurrió colocarla dentro de las botas de un oficial mientras éste dormía.

Al día siguiente, en el momento de calzarse, este oficial sintió el animal y desesperado desenfundó su arma y disparó hacia sus botas con la intención de dar muerte al reptil. Al extraerla de su calzado percibió que la víbora ya estaba muerta; no a causa de sus balas, sino por los golpes. Fuimos severamente reprendidos por este hecho.

Innumerables sucesos ocurrieron, entre ellos que yo siempre estaba castigado, sin poder pasar los fines de semana en Asunción. Entonces para poder salir fingía dolores de cabeza y como ya había sufrido de sinusitis, fingía esos mismos síntomas.

Cierta vez me enviaron al Hospital Militar para que me realicen estudios de Rayos X y nebulizaciones. Me advirtieron que no saliera de casa sin uniforme y que saliera con el único objetivo de asistir al hospital. Como en esas fechas se celebraban los carnavales, creí que nadie se percataría de mi presencia en alguna fiesta. Decidí entonces ir con mis amigos al Club Deportivo Sajonia⁶. En pleno baile me cru-

⁶ Club Social de Asunción.

zo nada más y nada menos que con el oficial de mi pelotón. Él me reconoció inmediatamente y me ordenó presentarme esa misma noche en el cuartel. Yo sabía que el castigo consistía en rapar la cabeza del castigado. Le supliqué al oficial que modifique el castigo, ya que en pocos días más terminaba el período de entrenamiento en el servicio militar y yo debía ir a estudiar al exterior. El castigo alternativo consistió en estar de guardia en el cuartel todos los días. Como se realizarían las fiestas de clausura en pocos días y vendrían nuestros familiares; había que cuidar las lanchas que cruzaban el río Paraguay para que no llegasen muy sobrecargadas. Yo estuve tres días de guardia en la zona de Zeballos Cué, desde donde salían las lanchas. Dormía y comía en el puesto de guardia.

Al culminar el servicio nos examinaban para pasar de aspirante a cabo. Yo no pude rendir dicho examen, no recuerdo si estaba en Asunción a causa de la supuesta sinusitis o bien atendiendo las lanchas a consecuencia del castigo.

Al inicio del servicio nos daban un fusil que debíamos cuidar siempre, pero sin proyectiles. Para las guardias nos daban otro fusil con proyectiles. Estos fusiles eran de la época de la guerra del Chaco⁷. Al

⁷ Contiendá bélica que enfrentó a Paraguay y Bolivia en el territorio paraguayo ubicado en la región occidental, llamado "Chaco", desde el año 1932 a 1935.

finalizar la guardia debíamos devolver el que nos habían encomendado para ese efecto. Cuando finalicé la guardia, entregué el fusil correspondiente, pero no pude encontrar el primer fusil. Era el día en que los soldados se preparaban para entregar todo lo que habían recibido durante la preparación: platos de metal, cubiertos y, obviamente, el consabido fusil pues horas después culminaba el periodo y cada uno regresaba a su hogar.

Yo comuniqué al oficial de mi pelotón la desaparición de mi fusil. Desconocía que el castigo por perder un arma consistía en ir al Chaco. El oficial comunicó la circunstancia al Comandante del Batallón y éste ordenó la formación de 600 hombres para la búsqueda del arma. Yo, mientras tanto, me encontraba detenido en la guardia.

Esto ocasionó el retraso de la partida. Todos buscaron afanosamente mi fusil, hasta que dos horas después lo encontraron tirado debajo de una de las camas de otro pabellón. Además del fusil, se extraviaron mis platos y cubiertos. Quedé castigado junto con dos compañeros hasta encontrar aquellos enseres. Todos los demás partieron. Solo quedamos nosotros tres. Otros soldados no cimeforistas entraron al cuartel, después de unas 4 horas conseguimos que uno de aquellos soldados nos consiguiera lo que necesitábamos. Por supuesto, aquel pase de salida requirió un pago.

Busqué registros sobre mi estadía en la CIMEFOR, pero es como si nunca hubiese estado en la nómina de soldados de dicha institución. Probablemente, al no haber dado el examen no ingresaron mi nombre a los registros.

Capítulo 7

Medicina en Tucumán

Apenas terminado el Servicio Militar Obligatorio me dispuse a estudiar Medicina. En Paraguay, para ser aceptado en la universidad, se debía aprobar un examen de ingreso muy difícil. Además solamente habían 32 lugares disponibles. Generalmente se presentaban 150 alumnos que se habían preparado al finalizar el colegio. Yo y otros compañeros no habíamos podido prepararnos para tal examen de ingreso, el tiempo apremiaba y estábamos casi seguros de no aprobarlo. Decidimos entonces viajar a la Argentina, donde también ya casi finalizaban las inscripciones.

Viajamos 7 paraguayos. El 15 de marzo de 1959 llegamos a Córdoba y nos encontramos que las inscripciones ya se habían cerrado. Las únicas abiertas estaban en Tucumán y Corrientes. Como estábamos más cerca de Tucumán, allí fuimos.

Cuando llegamos a Tucumán, nos enteramos que en esa ciudad estaban estudiando 2 paraguayos, pudimos contactar con ellos y nos consiguieron

alojamiento. Tres de nosotros nos alojamos en una misma pensión y los restantes cuatro fueron a otra. En estas circunstancias conocía a José Félix González y su hermano Darío, quienes estudiaban Ingeniería Azucarera.

Aunque mi hermano Pocho me enviaba religiosamente dinero para solventar mis gastos, apenas si me alcanzaba para cubrir las mínimas necesidades. Unos días antes de fin de mes ya no tenía nada y nunca quise pedirle más.

Ante esta situación un amigo mío, estudiante del último curso de Medicina, me refirió que podía trabajar con él en un lugar llamado “La casa de la Inyección”. Este amigo me enseñó todo lo relativo a poner inyecciones, tomar la presión, realizar nebulizaciones, colocar sueros, cuidar de los pacientes, etc. Ese lugar de trabajo me sirvió para aumentar mi ingreso económico y, asimismo, adquirir experiencia en lo referente a mi profesión.

Al principio, y por casi dos años, lo acompañaba al trabajo, que consistía en ir en bicicleta al domicilio del paciente. Posteriormente conseguí un segundo trabajo, el de enfermero de una ambulancia.

Con el paso del tiempo, decidí ya no aceptar la ayuda económica de mi hermano, pues como me había aplazado en una materia, él me había acusado de haragán. Esta actitud de mi hermano y su desconfianza me molestaron mucho. Gracias a la novia de

un paraguayo que vivía en la misma pensión que yo; conseguí trabajo como boletero del teatro San Martín de Tucumán.

En ese lugar desempeñaba mi trabajo los viernes, sábados y domingos. Entre el sueldo y las propinas, ganaba bastante bien. Gracias a los eventos culturales que allí se desarrollaban, aprendí a gustar de la música clásica y el teatro.

En Tucumán también nació mi primera relación amorosa, ella se llamaba Alba. Yo, enloquecido, hasta me comprometí con ella, sin tener noción de cómo hacer para sostenernos económicamente. Ella era del interior, de un pueblito llamado 7 de Abril, a 100 km de Tucumán. Se había establecido en Tucumán para estudiar y trabajar. Creo que realmente no me quiso, sino más bien me veía como su protector.

Cometí muchas travesuras, por no llamarlas locuras, hasta que tuve que regresar al Paraguay. Ella se casó con una persona a quien de verdad creo que amaba. La volví a ver en Paraguay, después de casi 20 años. Yo ya estaba casado con María del Carmen, mi esposa actual. Ellas llegaron a ser amigas. Como trabajaba como animadora de cumpleaños, se encargó de animar la fiesta del tercer cumpleaños de nuestros hijos. Actualmente está divorciada del marido, vive y trabaja en España.

Otros recuerdos muy queridos hacen referencia a un cura amigo, el Padre Dipp, una persona formidable. Cuando me comprometí, realizamos una gran fiesta de compromiso. Este cura fue el encargado de bendecir el compromiso, lo hizo con vino y seguidamente, muy alegremente se bebió el vino. Luego me enteré que fue apresado por la dictadura argentina. Este padre era contestatario, humano y solidario. Sus homilías, muy duras y críticas.

Las salidas con amigos es lo que mejor recuerdo de mi vida en Tucumán. Mis amigos cantaban maravillosamente. Cuando nos enterábamos de alguna feria, allá íbamos. Yo los presentaba, ellos cantaban y todos nos ganábamos unos pesos para comer.

Más adelante adquirí una motoneta de la marca *Puma*, eran las primeras que se vieron en la Argentina. Yo solía pasear con mi novia, montada en la grupa. Un día que conversábamos mientras paseábamos, me percaté que ella no respondía al diálogo... se había caído. Este tipo de situaciones era frecuente.

Rememoro con mucho afecto a una familia amiga. Uno de los hijos era sacerdote y un día me llamó con urgencia. Su hermano de 13 años, llamado Carlitos, había ido de paseo a una estancia donde había tenido un accidente y había fallecido. Solamente él era conocedor de tan trágica noticia.

Cuando llego a la casa de la familia, entro fingiendo no estar al tanto de nada. En ese momento sale la madre y dice: -¿Cuándo llegará Carlitos? ¿Por qué no llega? -Mi amigo le contesta que su hermano había caído de un caballo y que estaba en el hospital. La madre contesta: -No, él está muerto. Esta experiencia me marcó profundamente.

Tucumán fue mi primera experiencia de independencia, mi primera oportunidad de valerme por mí mismo. Al principio fue muy duro, aunque con el apoyo de mis compañeros lo soporté. Nos apoyamos mutuamente. Había tal cantidad de cosas que aprender, administrar la casa, lavar mi ropa, limpiar la vivienda, cuidarme cuando me enfermaba ya que no tenía a mi madre cerca. Fue una experiencia agridulce y gané mucha experiencia a mis pocos años.

Los tiempos no eran fáciles y fue una experiencia de vida muy importante, muchas veces, vivir fuera de la protección familiar nos revela cuán importantes son los amigos, sustitutos de la familia. Cada experiencia vivida es valiosa y valorable, por más dura que haya sido; inclusive las torturas que sufrí. Maldigo a mis torturadores, pero valoro la aleccionadora experiencia. Lo mejor que uno puede hacer ante estas circunstancias es sacar provecho.

Capítulo 8

Retorno al Paraguay

En el año 1965 tuve que regresar al Paraguay, con bastante decepción y sentimientos de culpa. Mis excompañeros del Colegio ya estaban concluyendo la carrera y yo, en el cuarto año de Medicina. En fin, pude ingresar sin tropiezos al tercer curso, si bien tenía materias aprobadas del cuarto y quinto cursos. Fui sorteando las materias sin problemas.

En el Paraguay nacieron nuevas amistades, verdaderos amigos que me recibieron excelentemente y me apoyaron en la readaptación a la nueva situación. Las dificultades que había experimentado estando en Tucumán habían desaparecido, así pude seguir adelante.

Con un grupo de compañeros y con el fin de ganar un poco de dinero, en casa de mi hermano abrimos un centro al que llamamos Clínica Carrión, que contaba con la supervisión de un médico. Nosotros fungíamos de paramédicos, aplicábamos inyecciones, realizábamos nebulizaciones, oxigenoterapia, curaciones, cuidados de enfermos, traslados con

una improvisada ambulancia. Mi padre había fabricado una camilla de madera y lona. La clínica funcionó de maravillas, pero la cerramos cuando terminamos la carrera, pues debíamos hacer el internado rotatorio.

Dicho internado consistía en realizar una pasantía en el interior del país. Yo elegí como destino Villarrica, porque ahí se encontraban los amigos con quienes había compartido en Tucumán: los hermanos José Félix González Fernández y Darío González Fernández. Ellos ya estaban ejerciendo funciones como ingenieros azucareros. Y me trasladé a este lugar junto con mi compañero el Dr. Charles Zavala, un amigo ejemplar.

Una de las experiencias más marcantes que viví fue cuando un grupo de más o menos 30 personas, un montón de campesinos aparecieron acompañando a una mujer que perdía sangre, a causa de que se había practicado un aborto.

La revisamos junto con el Dr. Zavala y la encontramos muy anémica porque había perdido bastante sangre. Como era un sábado de tarde, los laboratorios estaban cerrados. Por su aspecto nos dimos cuenta que estaba grave. Había que practicarle un legrado para quitarle los restos del embrión que quedaban del raspaje mal hecho y que causaba la hemorragia. Por fortuna, el legrado mal practicado solo tenía un par de horas, aunque su anemia era

peligrosa. Decidimos realizarle una transfusión de sangre.

No acercamos al grupo de personas que la había traído y les informamos que ella necesitaba sangre O+ para transfundirle. Como no teníamos modo de saber cada tipo de sangre, pensamos mezclar una gota de sangre de la paciente con una gota de sangre de cada donante, una forma precaria y peligrosa de saber la compatibilidad. Ante la posibilidad de su muerte, asumimos la responsabilidad.

Cuando regresamos a buscar a los posibles donantes, todos habían desaparecido. Solo quedaba dispuesto el marido; no obstante, estaba tan flaco y pálido, casi desnutrido, que creímos que si le extraíamos sangre, se convertiría en otro problema. Como el Dr. Zavala y yo teníamos el tipo de sangre requerido y la prueba resultó positiva, decidimos donar entre ambos al menos 600 c.c y pudimos salvar esa vida.

Otra experiencia recordada, negativa esta vez, fue el caso de una mujer que estaba a punto de dar a luz a su hijo. Sentía los dolores propios de la situación, pero el marido desesperado exigía que le calináramos el dolor. Nosotros seguíamos las direcciones del especialista y como la presencia del marido ya se hacía insoportable y molesta, lo invitamos a retirarse. Él se retiró enojado. Cuando ya estábamos con el obstetra en la sala de parto, con la esposa

en pleno proceso de dar a luz, entra la enfermera y nos dice que me busca la Policía, enviada por el Delegado de Gobierno. Este era el Sr. Legal, famoso porque su hermana era la amante del Dictador Stroessner. El marido de la paciente era chofer del Delegado y venía la policía a llevarme.

El doctor que estaba operando me dice: –“Salí por esa puerta que da al fondo del hospital y escapá a Asunción antes que te lleven”. Yo tenía una motoneta y pude salir por atrás. Vestido con los atuendos propios de la sala de operación y manchado de sangre, salí rumbo a Asunción.

Capítulo 9

Finalmente, me gradué de médico.

Rituales de iniciación

Un 27 de diciembre de 1968, el día que cumplía 30 años, rendí el último examen de la Facultad de Medicina. ¡Finalmente era médico!

Me sentía muy dichoso aunque temeroso. Al finalizar, caí en la cuenta que el proceso de formación en medicina es algo realmente maravilloso mientras uno es estudiante. Haces algo que te gusta, persigues un ideal acompañado de compañeros solidarios y viviendo una experiencia enriquecedora. Una vez que uno se recibe, queda enfrentar solo las incógnitas de la persona y la enfermedad, con todos los libros de medicina que deberían estar en tu mente para actuar. Pero frente al paciente a veces uno se encuentra solo y con la mente en blanco.

Mi primer acto médico como tal, fue el mismo día que rendí mi último examen de la facultad, yo estaba de guardia en el Hospital de Barrio Obrero en Asunción. Finalicé el examen, retorné a mi casa y de ahí me trasladé para cumplir mi guardia. El mé-

dico jefe tuvo que salir y quedé solo, esto constituyó para mí algo así como un ritual de inicio.

Recibí a una paciente embarazada que no se sentía bien, la interné, le instalé una venoclisis (suero en la vena). Comunicué de esto al especialista en obstetricia, seguí las indicaciones, además de un riguroso control de signos vitales. No teníamos un diagnóstico, el especialista vendría por la mañana del día siguiente. La paciente se encontraba bien, todos los controles fueron normales.

A las dos de la madrugada le tocaba su control y fui a verla. La encontré sin vida. Nunca supimos qué le ocurrió, pero para mí constituyó una verdadera crisis. Mi primera paciente como médico había muerto.

Cuando me entregaron el título de Doctor en Medicina y Cirugía me sentí muy emocionado. Decidí que debía ofrecerle algún homenaje a mi hermano Armando (Pocho), porque él fue quien me sostuvo no solamente económicamente; sino también emocionalmente durante los primeros años.

Entonces mandé hacer una plaqueta con la miniatura de mi título y en una reunión familiar se la entregué como testimonio de su generosidad.

Elegí hacer la especialidad de Psiquiatría, sin embargo, Paraguay no contaba con esta especialidad y en el Hospital Psiquiátrico no me aceptaron como

residente. Concurseé para ser residente en Clínica médica y salí seleccionado, inicié mi experiencia médica en la Tercera Cátedra de Semiología a cargo del Profesor Dr. Amado Adorno.

Durante esta residencia aprendí a tratar con los pacientes, saber escucharlos y comprender la angustia que sienten. Aprendí que esto es muy importante para el paciente y como médico te ganabas la confianza del que estaba sufriendo. El paciente, además de su dolor o su trastorno orgánico, trae también su angustia existencial, sus miedos, su soledad.

En las entrevistas y exámenes propios de la consulta aprendí que antes de indicar un tratamiento, debía tranquilizar al paciente, contenerlo y darle esperanzas, aunque sin mentir. Estas actitudes las aprendí de mi maestro, el doctor Amado Adorno.

Al inicio de dicha residencia, yo había tramitado las gestiones para optar por una beca a Italia. Concurseé junto con más de 30 profesionales y el cupo para las becas de ese año, eran 4. Presenté mi currículum, asistí a una entrevista y prometieron avisarme.

Era el mes de agosto. A fines de ese mes, tenía en mi sala una paciente que ingresó muy grave, la tuvimos que dializar, yo cumplía las indicaciones del especialista y pasaba todo el día dedicado a esta paciente. Ella recuperó la salud y cuando le comuniqué que saldría de alta al día siguiente, me contó

que tenía un obsequio para mí y me entregó un sobre con el membrete de la Embajada de Italia.

Ella era funcionaria de la embajada y cuando le informaron que yo había sido seleccionado para la beca, solicitó ser ella la que me comunicara tan esperada noticia.

Con franqueza, yo dudaba de que me aprobaran, no hablaba italiano y tampoco lo había estudiado. El que fuera hijo de inmigrantes italianos no contribuyó a mi conocimiento de la lengua. Es más, en mi casa no nos habían enseñado el idioma pues cuando no querían ser entendidos por sus hijos, mis padres lo hablaban. Esta era una costumbre adoptada por mis abuelos, era una manera de preservar su privacidad. Sicilia era conocida por sus mafiosos y su “vendetta” (venganza), una costumbre muy arraigada en Italia. Por ejemplo, cuando un joven tenía relaciones con una chica, esto significaba que... o se casaba o moría si no lo hacía. Estoy hablando de algo pasado de hace más de 50 años, ignoro cómo será en la actualidad. El punto es que este tipo de anécdotas tiene relación con la conducta recelosa de mis abuelos y de mis padres.

La carta anunciaba que debía viajar en 15 días, el 15 de setiembre iniciaban las clases. Yo me asusté, porque no tenía idea de cómo era la situación. Me tocó la Universidad de Génova, porque el Secreta-

rio de Cultura de la Embajada era de Génova y él había tramitado los documentos.

La Beca era expedida por el Ministerio del Exterior de Italia, con aquellos documentos de aceptación debía presentarme en la Escuela de Psiquiatría de dicha Universidad. Debía pagar el pasaje de ida y el retorno lo cubría la beca que consistía en un monto de 100.000 liras mensuales, que apenas daban para vivir.



*Carlos Arestivo se gradúa en Medicina.
Asunción - Paraguay, 1969.*

Capítulo 10

Beca a Italia y Las Comunidades Terapéuticas

Antes de partir de Asunción, visité a los familiares del cónsul paraguayo en Italia, quien residía en Génova. Me ofrecí a llevarle algo. Yo había solicitado al cónsul que me buscara una pensión.

Cuando llegué a Génova, dispuesto a ingresar a la Escuela de Psiquiatría de la Universidad de Génova, ya me esperaba el cónsul. Me refirió que había encontrado una pensión muy buena. Extrañamente quedaba a veinte metros del Consulado, lo cual me hizo pensar que no había buscado mucho.

Cuando llegué a la pensión, me asustó el altísimo precio del alojamiento, que no incluía alimentación ni uso de agua caliente. Eras pagos extras. Básicamente, pagarme ese alojamiento costaba más que la propia beca. Me quedé unos días mientras buscaba otro sitio donde vivir.

Miré la guía telefónica y, por casualidad, vi un apellido conocido: *Arestivo, Ángelo*. Esto me llenó de

alegría, pues todos los Arestivo del mundo son de una misma familia. Lo llamé y él vino inmediatamente a buscarme y me llevó a su casa. Era funcionario de la Policía Tributaria, tenía esposa y tres hijos.

No quiso cobrarme por vivir en su casa, lo cual me pareció injusto, ya que él era una persona de clase media-baja, como yo. Le conté acerca de la pensión y le propuse que me cobrase la mitad de lo que pagaría allí si me hubiera quedado. Aceptó gustoso y me sentí más tranquilo, porque estaba como en familia. Al hijito menor, Michelle de 5 años, le extrañaba mucho mi manera de hablar y fue un verdadero profesor, pues me corregía constantemente.

Tres meses después, Ángel, que resultó ser primo segundo de mi padre, me mostró las boletas de electricidad y con bastante vergüenza me sugirió que, por favor, me adaptase a su modo de vivir.

Las cuentas de electricidad comenzaron a aumentar desde mi llegada. Yo usaba el calefón para bañarme todos los días, mientras que la costumbre de allí, era hacerlo una vez a la semana. Me tuve que adaptar. Por lo general iba a bañarme a un espacio denominado "*La Casa del Estudiante*", donde también almorzaba. Posteriormente me mudé a un pequeño departamento cerca de la Universidad.

Al inicio, mi estadía en Italia fue bastante dura. Aparte de los fines de semana que iba a la casa de

Ángelo, el resto del tiempo lo pasaba solo. No tenía amigos fuera de la Universidad y mi italiano no facilitaba las relaciones sociales. Para pasar el tiempo, además de estudiar, compré una máquina fotográfica y me dediqué a la fotografía. Génova no tiene playa y sus costas son escollos, aunque de una belleza extraordinaria. El mar me fascinaba con sus impresionantes olas que se rompían en los escollos, todo era motivo para fotografiar.

Un día, caminando por la ciudad, encontré un lugar llamado "*La casa de los amigos*", allí me informé que era justamente un lugar donde se reunía gente como yo, solitaria. Hice algunos amigos de distintas nacionalidades, incluyendo genoveses muy buenos. Algunas de esas amistades que hice persisten hasta hoy. La soledad me enseñó a ser reflexivo, meditar y poco a poco me fui habituando a ella.

La Escuela de Especialización en Psiquiatría no era muy conocida, asistían unos 25 alumnos. Para formar parte de ella se debía rendir un examen de ingreso. Durante ese año habían egresado 7 médicos y por tanto, ese era el cupo para el año.

Yo había hecho mi residencia en clínica médica en Asunción, Paraguay, y nadie me había informado acerca del tal examen de ingreso. Eran más de 70 médicos candidatos para el examen y los médicos italianos se habían preparado con mucho tiempo

de antelación. Yo de Psiquiatría no sabía nada. Solamente los 7 mejores podían ingresar.

Para viajar a Italia, yo había pagado mi pasaje y llevado un poco de dinero para sobrevivir el primer mes hasta cobrar el monto de la beca. Había vendido todas mis pertenencias, incluso mi consultorio. Por consiguiente, me entrevisté con el Director y le expliqué que podría presentarme y correr el riesgo de no estar entre los 7. Muy ofuscado le expresé que iría a Roma a quejarme a mi embajada y al Ministerio del Exterior italiano. El Director comprendió mi situación y me tranquilizó, diciendo que solo harían una entrevista para conocerme.

En la entrevista, una de las preguntas era por qué elegí Génova. Yo mentí y contesté que porque en Génova está la universidad más conocida en Latinoamérica y una de las mejores. Así fue que me quedé en aquel lugar y el Director me llegó a apreciar mucho en mi condición de becario.

A causa de mi precario italiano, el primer año fue dificultoso. El examen final fue arduo para mí y creo que también para los examinadores. En el segundo año de la especialidad, la única materia que tenía era neurología. Le expliqué al profesor que yo venía de un país donde no había nada sobre Psiquiatría, pero que de neurología sabía algo y que me permitiera no asistir a clases, con el compromiso de rendir el examen final y aprovechar el tiem-

po para realizar una experiencia que pudiera llevar de regreso a mi país. El profesor me solicitó que le haga una propuesta.

En aquel tiempo, en Italia estaban muy en auge las ideas y prácticas del doctor Franco Basaglia⁸, el mismo se encontraba en Trieste, cercana a Venecia, y el suyo era todo un movimiento contra los procedimientos del manicomio y los maltratos a los pacientes psiquiátricos.

Basaglia se destacó en esta lucha hacia 1964 y yo llegué a Italia en 1971, por tanto se escuchaba bastante acerca de su planteo y de su práctica, una nueva corriente, la antimanicomial y antipsiquiátrica iniciada ya en Europa. Con mis compañeros de estudio nos preguntábamos qué era eso que iba contra nosotros mismos.

En esa época, Basaglia fue nombrado Director del Hospital Trieste, un viejo manicomio. Muchos de los pacientes tenían más de 20 años de internación, muchos habían sido soldados de la Segunda Guerra Mundial, fueron prisioneros o habían escapado y entraron en crisis.

Lo que Basaglia básicamente encontró fue un depósito de pacientes en condiciones inhumanas, donde los maltratos y el electroshock eran utiliza-

8 Algunas de sus obras referenciales son *Checos'è la psichiatria?* (¿Qué es la psiquiatría?) (Basaglia, 1967) y *Listituzione negata* (La institución negada) (Basaglia, 1969).

dos como castigo. Él era un psiquiatra rebelde, escribía mucho y enseñaba en la Universidad de Padua. Para deshacerse de él lo nombraron Director de este Hospital. Él no podía comprender por qué esos pacientes vivían en esas condiciones, no podía permitir que fuesen maltratados, que llevaran una vida infrahumana en la institución y que sus derechos fuesen permanentemente vulnerados.

Ya decidido a conocer sobre esta nueva corriente, en setiembre de 1971, llegué hasta la Comunidad Terapéutica llamada “Omega” y situada en Milán, ciudad distante a unos 130 Km de Génova cuyo Director, el Dr. Diego Napolitani, era un discípulo de Basaglia. Le propuse ingresar como médico voluntario para realizar una pasantía de 8 meses. Tenía una carta de recomendación de mi Profesor, el Dr. Franco Giberti. Fui aceptado y le comuniqué este proyecto, con el compromiso de rendir el examen final del curso de neurología a fin de curso. El profesor aceptó mi propuesta de ir a formarme como voluntario en la modalidad de las comunidades terapéuticas y aprender de aquella experiencia.

Todo salió según lo planificado e inicié mi experiencia en la Comunidad Terapéutica “Omega”, experiencia que marcó todo un rumbo en mi especialidad e, inclusive, en mi vida. Esa corriente nueva, si bien era muy comentada en toda Italia; en Génova, específicamente, era totalmente desconocida.

Yo viajaba los lunes por la madrugada y regresaba los viernes por la tarde.

En ese lugar encontré un ambiente diferente al del Hospital donde estudiaba. Me llamó la atención el hecho de que las enfermeras y los médicos no llevaran uniformes que los distinguiesen de los pacientes. Posteriormente, me explicaron que el uniforme significaba poder y autoridad.

La Comunidad se vivía como un espacio democrático. Observaba que las enfermeras, médicos y psicólogos estaban en permanente relación con los pacientes, ya sea en forma personal o grupal. Aunque esto no fuera estrictamente “terapia”, los pacientes tenían la posibilidad de comunicarse e interactuar. Me extrañaba que durante el almuerzo nos sentáramos todos juntos en la mesa, pacientes y terapeutas. Los que servían eran los pacientes más antiguos y conocedores de las normas de la Comunidad. Unos estaban en la cocina, ayudando a la cocinera, y otros, sirviendo. Todos formaban equipos de limpieza. Ellos no se sentían huéspedes, sino dueños de casa.

Se llevaba a cabo una reunión semanal con todas las personas de la Institución, médicos, enfermeras y psicólogos. La llamaban “la asamblea”. Allí podíamos exponer u opinar sobre la vida en la Comunidad y decidir sobre aspectos de la Comunidad, era una especie de entrenamiento de participación.

Los pacientes tenían un trato humano y personal. Cada uno con su propia cama y sobre ella, su nombre, sus pertenencias, su propia ropa. Muy diferente a la situación vivida en un hospital psiquiátrico donde nadie tenía pertenencias, ropas propias, ni objetos personales. Me percaté la importancia de este hecho, que para los pacientes significaba contar con su propia identidad y que los demás pudiéramos reconocerlos.

Me di cuenta también que los “locos” no eran peligrosos, lo importante era comprender lo que les pasaba. Esto implicaba saber escucharlos, acompañarlos. Esto ayudaba a la creación de un ambiente agradable. Los pacientes tenían orientación personal y se comprometían a realizar actividades y cumplir algunas tareas. En la Asamblea se rendía cuenta de los acuerdos a los que se habían llegado. Los médicos no ejercían autoridad, era el grupo el que los presionaba a cumplir con los acuerdos. Además, los pacientes asistían a otro tipo de reuniones o actividades, tanto deportivas como culturales. Si se les administraban medicamentos, lo hacían en forma racional, para contenerlos y aliviar sus síntomas, para que pudiesen realizar las tareas correspondientes. Se notaba la recuperación del paciente.

Las reuniones clínicas diarias y de supervisión eran de suma importancia, porque se teorizaba basados

en la práctica y se planteaban metas en el tratamiento. Estos nuevos conceptos que aprendí, no solamente desde lo teórico sino gracias a una pasantía de más de 8 meses, cambiaron totalmente mi concepto de la Psiquiatría, y me propuse utilizar estos conocimientos en mis prácticas.

Al año siguiente, a fines de 1972 y ya en Génova, mis compañeros más avanzados en la especialidad me pidieron mi colaboración para lanzar juntos una revista que se llamó "*Aggiornamenti in Psichiatria e Psicologia Clínica*" (Actualizaciones en Psiquiatría y Psicología Clínica). Mi trabajo consistió en traducir los artículos del español al italiano. Estos artículos eran de revistas varias y servían de actualización para los médicos italianos. Formamos un equipo, me permitieron hacer consultas privadas, y con la supervisión del equipo, yo atendía pacientes y ellos me ayudaban a firmar las recetas.

Transcurrido el tiempo, el equipo planteó crear una clínica con internaciones. Este tipo de clínica no existía en Génova. Una clínica inspirada en una nueva modalidad, la de la Comunidad Terapéutica. En aquel momento, yo era el único médico en toda Génova que conocía esa modalidad y en toda Italia existían solamente unas 4, tal vez 5 comunidades.

Me pidieron que dirigiera la clínica desde la nueva modalidad. Al principio, me asusté bastante. Por esto, pedí ayuda a los compañeros de Milán,

ya que en Génova no había ninguna persona con conocimientos sobre esa experiencia. Los colegas de la Comunidad Terapéutica “Omega” recibieron con beneplácito la idea de crear otra Comunidad en Italia y no dudaron en ayudarme, venían una vez por semana a supervisarnos y orientarnos. El colega que nos supervisaba era un psiquiatra y psicoanalista argentino muy renombrado llamado Dr. Salomón Resnik, quien se había especializado en Inglaterra. Resnik fue discípulo de Melanie Klein y de Thomas Main y estaba entre los creadores de la Comunidad Terapéutica. Era muy amigo de Franco Basaglia.

A esta experiencia la llamamos “*Centro di socioterapia Daily*”, por tener una modalidad de asistencia diurna. Atendíamos de nueve a dieciocho horas de lunes a viernes. Dirigí la institución por casi 3 años con muy buenos resultados.

Capítulo 11

Fotografía

Cuando llegué a Génova, Italia, en setiembre del año 1970, lógicamente no hablaba italiano, el dinero era escasísimo y me daba apenas para vivir y comer. Los genoveses eran muy cerrados y apenas compartía con mis compañeros de clase, incluso en ocasiones no tuve con quien pasar las fiestas de fin de año.

Pero en una ocasión, estando yo en la costanera de Génova (donde solía ir a tomar fotografías o simplemente caminar), durante una víspera de navidad me encuentro con un profesor.

En el curso de psiquiatría éramos solo 7 personas, toda la escuela de psiquiatría tenía un cupo de 25 alumnos en total, entonces si salían 3 tenían que entrar 3. Ese año salieron 7 y entramos 7. Éramos como una familia.

Como yo era el único extranjero y no me expresaba muy bien en italiano, era reconocido por esa razón. Creo, también, que no aprendí a hablar muy bien el idioma porque me daba una especie de “beneficio

secundario". Entonces el profesor me preguntó qué estaba haciendo, le comenté que estaba quitando fotografías (yo me había comprado recientemente una cámara). Él me consultó qué haría en la noche y le dije que estaría solo en mi departamento. Entonces él ofreció a llevarme a su casa, lo cual es muy raro, porque la navidad es una fiesta muy de familia en Italia y generalmente invitar a un extraño no es lo usual, sin embargo supongo que yo era "el americano", "el paraguayo", "el que vino de afuera", entonces era una novedad para la familia, recuerdo que me pidió que lleve música paraguaya.

Esta anécdota tiene relación con mi etapa con la fotografía. Como no tenía con quién pasar la navidad me compré una máquina fotográfica rusa, una máquina muy linda. Verdaderamente yo necesitaba distraerme.

En la ciudad de Génova no hay playas, las playas están más adelante en Santa Margarita, hacia Roma, a unos 10 km., sin embargo Génova estaba llena de escollos. Entonces, cuando el mar estaba bravo, el choque de las olas con las rocas hacía un espectáculo muy lindo, de modo que yo tenía un lugar para apreciar. Me bajaba y caminaba entre los escollos, era un lugar muy apacible. Se convirtió en un lugar donde apreciaba ir para estar solo, meditar, reflexionar e incluso fui allí cuando murió

mi hermano. Observaba aquel espectáculo del mar furioso y sacaba fotos.

Yo nunca fui fotógrafo, solamente me ofrecieron la máquina en un momento oportuno. Digamos que estuve pasando por un momento de bajón, no de depresión, pero para procesar ese bajón la fotografía me sirvió de distracción. Más adelante, llegué a contar con más de 3.000 fotografías. Antes no era como ahora, las fotos no se tomaban en digital, había que comprar rollos, aunque eran baratos.

En otro momento de mi vida, ya casi regresando a Paraguay, me volvió a dar un bajón y así, en un arranque, quemé todas mis fotos, como diciéndome “¿ para que todo esto?”.

Pero resulta que algunas quedaron, las tengo por pura casualidad, como estaban en otro lugar no se quemaron y así se salvaron. Entre ellas están las fotografías de mi viaje a Sicilia junto a mis familiares. Yo llevaba la máquina en mis viajes, del mismo modo que hoy uno se llevaría la computadora. Entonces la fotografía generaba en mí una emoción, no sé si era bueno o malo como fotógrafo, pero me gustaba. Sacaba fotografías de los rayos cuando llovía fuerte o de los fuegos artificiales en fin de año, y también fotografiaba personas.

Capítulo 12

Mi familia en Sicilia

Durante mi estadía en Italia, me propuse conocer a mi familia de Sicilia. Sabía que los familiares de mi madre eran de Comiso, una pequeña ciudad en la isla de Sicilia, y los familiares de mi padre eran de la ciudad de Módicta. Ambas poblaciones en la provincia de Ragusa.

En mis vacaciones del año 1972, decidí visitar a mis parientes de Comiso. Fui en tren y Comiso era la última estación de tren. El viaje duró unas 24 horas, eran las 11 de la noche y en el tren solamente quedábamos 2 pasajeros. Pregunté y me indicaron que Comiso era la siguiente estación. Cuando sentí que paró el tren, bajé junto con todo mi equipaje y el tren siguió. Percibí que estaba rodeado de un campo vacío, era casi medianoche y me percaté que no estaba en la última estación de Comiso. Era en diciembre en una fecha cercana a la Navidad y hacía frío. Yo estaba solo en la noche, hasta que divisé una luz a unos 50 metros. Era una casillita, me acerqué a ella y encontré a un hombre armado. El tren

había parado para dejar algo. La estación de Comiso quedaba a 20 Km de allí. El hombre me informó que el siguiente tren pasaría en 24 horas. Llamó a la estación para que avisen a mis parientes dónde estaba yo. Ellos fueron a buscarme en auto y pudimos reunirnos.

Pasé dos semanas en Comiso. Durante esas vacaciones fuimos a la Iglesia un sábado para un casamiento. Al día siguiente, domingo, todos los familiares fuimos hasta una plaza que quedaba en frente del hotel donde estaban alojados los recién casados. Se congregó una cantidad importante de gente en la plaza. A media mañana, todos empezaron a observar la habitación nupcial y comenzaron a aplaudir. Apareció el novio en la ventana levantando una sábana manchada de sangre, según me explicaron los lugareños, señal de que la novia era virgen. Como Comiso era una pequeña ciudad de más o menos 200.000 habitantes, creo que aquello debía ser alguna costumbre propia del pueblo. El ritual terminó con el aplauso de todos los presentes. Me contaron que era una costumbre típica de Sicilia, y también mencionaron que si la novia no era virgen, el novio la regresaba con su familia. También fui a Módica a conocer a mis familiares paternos. Allí conocí a mucha gente.

Cuando mis padres estuvieron conmigo en Italia, quise llevar a mi padre a la ciudad donde había

nacido. Viajamos en mi coche unos 500 km de Génova. Ocurrieron muchas experiencias interesantes en este viaje.

Recuerdo que cuando estábamos cruzando el estrecho de Mesina en un barco, se divisaba en lontananza la isla de Sicilia. Cuando la avistamos, mi padre pareció sufrir una transformación, se comportaba como un niño. Empezó a cantar y a bailar una música infantil, una música cantada en su infancia. Yo, un poco avergonzado, quise detenerlo, pero mi madre intervino y me pidió que lo deje, que él estaba disfrutando de sus recuerdos de la niñez. Debí recordar aquel viaje cuando emigraron hacia el año 1907 y él contaba con 7 años. Este viaje debió ser crucial para mi padre, le permitió rescatar parte de su historia, pensé. Llegamos y paseamos por el centro de Módica. Mi padre me pidió bajar del auto para poder caminar, estaba decidido a encontrar la casa donde nació.

Buscó puntos de referencia que recordaba como una iglesia, un cuartel y un arroyo con un puente que atravesaba la calle de su casa. Después fue preguntando a gente de edad, encontramos la iglesia, le informaron que el cuartel ya no existía y que el arroyo se había canalizado y corría por debajo del pavimento. Fuimos caminando, de repente, mi padre se detuvo frente a una casa con el rostro iluminado. –*“Esta es”*, me dijo. Antes de viajar yo le

había enviado la fotografía de una casa que, según mis tías, era la casa donde nació. Él había dicho que no era esa la casa.

Era ya casi mediodía cuando él batió palmas frente a la casa. Salió un señor gordo en camisilla y le preguntó qué quería. Mi padre le respondió que quería entrar a su casa. El hombre, que no comprendía la situación, le contestó enojado que él era el dueño de la casa, que él la había comprado. Mi padre le explicó que había viajado para recordar la casa de su infancia, el hombre lo comprendió y lo invitó a pasar. Mi madre y yo decidimos aguardar en el auto. Lo esperamos más de una hora. Cuando salió se le notaba radiante, lo habían invitado a almorzar, había tomado vino y se encontraba un poco mareado, pero contento.

Posteriormente fuimos a la casa de una tía, prima lejana de mi padre. Una vez que fui solo, ella les había hablado de mí a una familia que tenía una hija un poco menor que yo. En aquella ocasión, esa familia nos invitó a almorzar. Me presentaron a la chica, estudiante del profesorado de Filosofía. Después del postre y el café, su padre le dice que me lleve a pasear por el jardín. En ese momento no me percaté de que aquello era una especie de ritual. Ella era muy interesante, hablamos muy animadamente por una hora y luego nos despedimos. Mis padres y yo regresamos a Génova, a mí nunca se

me ocurrió preguntar ni escribir a la chica. Tiempo después cuando fui a visitar a mi tía, ella muy molesta, me explicó que la dejó en muy mala posición delante de la familia de la chica, aquello había sido una aceptación tácita de compromiso matrimonial según las costumbres sicilianas y me advirtió que no debía aparecer por ahí porque me iría muy mal.



Fotografía tomada por Carlos Arestivo. El "Traghetto" era el barco que transportaba hacia la Isla de Sicilia. Sicilia-Italia, 1972.



*Fotografía tomada por Carlos Arestivo a la familia Arestivo residente en Módica.
Ragusa. Sicilia -Italia, 1972.*



*Fotografía tomada por Carlos Arestivo Bellassai
a la familia Bellassai en la ciudad de Comiso.
Ragusa, región siciliana de Italia, 1972.*

Capítulo 13

María Eugenia

María Eugenia Valiente Amarilla, la mujer con quien me casé en el año 1974. Mis padres, quienes vivieron conmigo durante 8 meses en Génova, tuvieron que regresar urgentemente a Paraguay, porque a mi padre le detectaron un cáncer de colon.

Apenas llegó a Asunción fue operado, pero la enfermedad estaba muy avanzada. Me informaron que en cualquier momento moriría. Como estaba de vacaciones, decidí viajar a Asunción para acompañar a mi padre en sus últimos días. Estuve 3 semanas junto a él. Durante aquellas semanas, la hermana de una compañera de Facultad, a quien no conocía, me llamó para pedirme ayuda con un tema de Psicología, pues estaba estudiando esa carrera.

Nos encontramos, nos conocimos y me gustó. Era bella y muy trabajadora. Era Licenciada en Matemáticas, había terminado un curso de inglés y el profesorado de piano, además tenía una guardería infantil.

María Eugenia era muy alegre y realmente, era un gusto estar con ella. Creo que yo estaba cansado de estar solo en Italia, y empezamos a salir como “novios”. Me llegó el tiempo de regresar y yo no quería tener relaciones sentimentales por correo, le propuse matrimonio y ella aceptó. Fueron solamente 17 días de noviazgo.

Yo regresé a Italia y estando allá, mi padre empeoró y se internó en el Paraguay. Decidimos casarnos antes de que mi padre muriera. Conversé con mi hermano Armando (Pocho) y le solicité que él me representase. Así me casé por poder el 4 de julio de 1974. Mi esposa viajó a Italia el 5 y mi padre murió el 7 de julio del mismo año. Un sacerdote paraguayo residente en Roma aceptó officiar la ceremonia en Génova. Elegí una antigua iglesia a pocos kilómetros de Génova, de nombre “Chiesa milenaria di Rutta di Camoglie”, porque se construyó en el año 1000 D.C.

Mi padrino de bodas fue Heriberto Herrera, un famoso director técnico de fútbol que dirigía un club de Génova. El detalle insólito en nuestro casamiento fue que aparecieron todos los miembros de la Comunidad terapéutica donde yo trabajaba. Como habíamos olvidado el detalle de la música, uno de ellos se levantó y sin que nadie lo pidiera, se sentó en un antiguo armonio y empezó a ejecutar una música clásica muy bella.

Ya casi culminada la especialidad elaboré mi tesis sobre las experiencias en la Comunidad Terapéutica, a fines del año 1974, y aprobé la misma con la más alta calificación. En abril de 1975, regresamos con mi esposa definitivamente al Paraguay, a causa del intento de suicidio de mi hermano Armando, el corazón de la familia. Él falleció en julio de ese mismo año.

Con María Eugenia vivimos en una quinta, en Lambaré, desde el año 1975 hasta el año 1977, año en el que nos separamos. Mi matrimonio con María Eugenia duró poco, no nos entendíamos; y yo no lograba manejar la situación. De mi padre heredé un terreno, y en este terreno construí una casa diseñada por mi sobrino y que fue su debut como arquitecto. Allí viví solo, de nuevo.



*Casamiento de Carlos Arestivo con María Eugenia Valiente. La mayoría de los
invitados eran miembros de la Comunidad Terapéutica.
Iglesia Milenaria di Rutta di Camoglie.
Génova- Italia, 1974.*

Capítulo 14

Volver a Paraguay

Mi regreso a Paraguay a causa del intento de suicidio de mi hermano, fue muy triste. Me sentí mal y con mucha rabia. Yo quería a mi hermano, el hermano que me ayudó a ser médico, me apoyó económicamente. Deseaba que él viera en lo que me había convertido. Él me había conocido adolescente, quise que me reconozca como persona, como hermano, como un hombre que cumplió con su misión.

El suicidio lo cometió el día de su cumpleaños, el 3 de marzo de 1975, aunque no murió inmediatamente. Yo volví al Paraguay un mes después y del aeropuerto pasé directamente al Sanatorio Italiano, donde estaba internado. Estaba en estado de coma, me acerqué a él, lo tomé de la mano, le dije que era yo. No sé si fue mi imaginación, pero sentí que me apretaba la mano. Falleció el 19 de julio, justamente el día en que su hijo Armandito cumplía 7 años.

Nos instalamos con mi esposa en una quinta que me había cedido mi cuñado, eran unas 6 hectáreas

en la ciudad de Lambaré, en los alrededores de Asunción. Viví allí hasta el año 1977. Después de un tiempo de la separación fui a vivir a casa de mi hermana Beba, mi hermana mayor, mientras construía mi propia casa.

Al llegar de Italia en el año 1975, solicité trabajar ad honorem, lógicamente en el Hospital Psiquiátrico de Asunción, pero me rechazaron.

Inicié mi vida profesional con innumerables ideas, con ganas de hacer mucho. Fue difícil, pues nadie me conocía y la gente era renuente a consultar con un psiquiatra. Empecé a trabajar en el Hospital de Clínicas en forma voluntaria, específicamente en las salas de clínica médica y obstetricia, para hacerme conocido por mis colegas médicos.

En el Manicomio Nacional, así se denominaba el hoy llamado Hospital Psiquiátrico, no me habían aceptado ni siquiera como trabajador ad honorem. El profesor Dr. Carlos Álvarez, quien fuera mi profesor, no quería tener especialistas. Otra forma de promocionarme fue escribiendo artículos sobre salud mental en los periódicos.

Con la salida del antiguo director, el profesor Álvarez, y la entrada del doctor Isaac Cegla, pude ingresar. El Dr. Cegla era conocido de mi familia, así que me aceptó en el año 1976. Me sugirió que recorra todo el Hospital, que conozca la situación real y que luego hablaríamos. Al poco tiempo de

mi incorporación existían planes de inaugurar un nuevo pabellón. Me nombró jefe de ese pabellón y le solicité que me dejara hacer lo yo sabía hacer, todo lo que aprendí en Italia. Deseaba crear una Comunidad Terapéutica en Paraguay.

El Dr. Cegla no se rehusó a mi pedido, me dio vía libre y juntos creamos la primera Comunidad Terapéutica en el Paraguay en 1976. Una de las 15 Comunidades Terapéuticas del mundo.

Cuando me gradué, había dicho a mi profesor de Génova, que yo en Italia era el último psiquiatra. En Paraguay me convertí en uno de los primeros, porque solamente éramos 6 especialistas. Así fue que inicié esta aventura de las Comunidades Terapéuticas en el manicomio.

Capítulo 15

El Manicomio

Solicité al profesor Cegla que me dejara hacerme cargo de una sala recién inaugurada, lo quería hacer de acuerdo a lo que fui entrenado, con modelos de tratamiento más humanos, con respeto a los derechos humanos de los pacientes, emulando lo que yo hacía en Génova, aunque el modelo de Comunidad Terapéutica aún fuese desconocido en el país.

El Prof. Cegla me dio su apoyo en este proyecto piloto, que apuntaba a ingresar a un proceso de cambio radical en la atención psiquiátrica. Lo primero que me propuso el profesor Cegla fue el cambio de nombre de la institución, de “Manicomio Nacional” a “Hospital Neuropsiquiátrico”.

La primera acción que planteé para lograr mi objetivo consistió en la capacitación del personal. Capacitar sobre esta nueva modalidad a todos los que iban a interactuar en mi sala: médicos, enfermeras, limpiadoras. Fue muy emocionante para mí iniciar esta experiencia. Me sentí seguramente como se habría sentido Basaglia en Gorizia.

El desconocimiento sobre la Comunidad Terapéutica era total. Para iniciarla en el nuevo pabellón que estaba culminando, traté de convencer a algunos colegas más allegados y psicólogos recién recibidos como el Lic. Genaro Riera y la Lic. Perla Pompa. Busqué enfermeras interesadas e inicié una serie de charlas sobre la nueva modalidad. Estas charlas que se iniciaron para un pequeño grupo de operadores, fueron extendiéndose posteriormente.

Vivimos una experiencia muy interesante, pues los talleres eran vivenciales. Nos reuníamos con los asistentes y operadores en asambleas, a imitación de las que tendríamos con los pacientes. Las enfermeras, sobre todo, tomaron muy en serio el nuevo enfoque y empezaron a hablar y plantear las dificultades en su trabajo.

Por ejemplo, la enfermera jefa trabajaba en el Hospital de Clínicas, como se desempeñaba en otro lugar, solo daba órdenes esporádicamente. El Hospital era un verdadero caos. Las enfermeras no tenían elementos de trabajo, si necesitaban una jeringa debían solicitarla a la Dirección y si el Director estaba ausente, había que esperarlo. Tampoco tenían cubiertos o una sala expresa para las comidas, entre otras muchas dificultades. Estas situaciones eran planteadas por ellas en la reunión, expresaban aquello que les causaba malestar. Yo preguntaba

qué proponían, y de este modo fuimos estructurando la Dirección de Enfermería.

Le planteé al Director la necesidad de contar en nuestro Hospital con el funcionamiento de una Dirección de Enfermería. Aceptó con dificultad, ante la resistencia de la Enfermera jefa del Hospital de Clínicas. Asimismo aceptó que, en una de las habitaciones desocupadas, se disponga como comedor para las enfermeras. Nos ocupamos de conseguir una mesa, sillas, platos y cubiertos.

Además se habilitó una sala de enfermería, donde se esterilizaban las jeringas y se contaba con algunos pocos medicamentos y elementos propios del servicio. Conseguimos un lote de jeringas, agujas, desinfectantes, mesa de curaciones, etc. Resumiendo, se organizó, aunque precariamente, la Dirección de Enfermería. Esto me valió un reconocimiento muy importante de parte de las enfermeras, hecho muy positivo porque yo también necesitaba su apoyo. Ellas eran más importantes que los propios médicos, pues no se realizaban guardias médicas. El médico asistía solo hasta las 13:00 y los pacientes quedaban a solas con las enfermeras. Las crisis que ocurrían en estas horas posteriores las debían resolver ellas, inclusive decidían qué medicación debían utilizar.

Con el apoyo del Director, nombramos a una de ellas como jefa de enfermeras, como era la de ma-

yor antigüedad laboral quedó muy contenta con los cambios. De este modo, las enfermeras empezaron también a sentirse personas. Es vital señalar la influencia del ambiente donde uno ejerce su trabajo como profesional. Los pacientes, a causa de la situación inhumana en la que se desarrollaban sus vidas, iban despersonalizándose y aceptando este tipo de vida como normal.

Lo mismo les sucedía a las enfermeras, trabajaban en forma inhumana. Debían hacer frente a las responsabilidades del Hospital, porque como ya dije después del mediodía no quedaban médicos, resolver todos los problemas que se presentaban, sin los elementos básicos, comían paradas, sin cubiertos, a veces con las manos. Y todo esto visto ya por ellas como normal, nadie protestaba, pareciera que estaban en las mismas condiciones que los pacientes.

De entre las personas que fueron capacitadas, hubo una selección para esta modalidad diferente. Hubo mucha resistencia de parte de algunos médicos que no quisieron cooperar, sobre todo los que estaban en la Cátedra de Psiquiatría, que funcionaba en el Hospital. En estas circunstancias iniciamos la primera Comunidad Terapéutica del Paraguay, y con ella el proceso de desmanicomialización, hace 40 años. Aunque solamente funcionaba durante la mañana, pues a la tarde volvía a ser un manicomio, fue un primer paso importante.

Se presentaron muchas dificultades, porque había que darle al paciente su lugar y reeducarlo en las tareas más simples como bañarse, limpiar las dependencias, ayudar en la mesa, etc. Los pacientes no tenían enseres, comían con las manos o en tarros. Y la misma dificultad se encontró con las enfermeras. Paso a paso fuimos introduciendo mejoras en la manera de vivir en esa institución. Junto con el equipo, planificamos cómo operar y reflexionamos acerca de lo que significaba la comunidad.

El Prof. Dr. Isaac Cegla valoró profundamente el trabajo que estábamos realizando, porque en poco tiempo se vieron los resultados. Yo fui prudente, porque en un pabellón de 40 pacientes solo quise tratar a 20 pacientes inicialmente, y que los pacientes fueran aprendiendo para insertarlos en el proceso de rehabilitación de los demás. La idea era que los pacientes sean protagonistas de su propio proceso de rehabilitación.

El Prof. aceptó, aun cuando otros médicos protestaron porque sus pabellones estaban abarrotados. En un año, inusualmente tuvimos muchas altas, era raro, cuando lo común era que los pacientes se volvieran crónicos y permanecieran años en la institución. Un año después se inauguró otro pabellón para mujeres, el profesor me solicitó que me hiciera cargo de este nuevo pabellón y delegue a otra persona para el primero.

Nuestro programa fue conociéndose y logramos que mis alumnos de la Facultad de Psicología de la Universidad Católica pudieran realizar sus pasantías en la Comunidad. Este hecho permitiría no solamente aumentar el interés, sino además formar a psicólogos en la nueva modalidad. De este modo, junto con algunos profesionales jóvenes como Genaro Riera, cuya tesis de Licenciatura sobre la Comunidad Terapéutica estaba en preparación y con 20 alumnos, organizamos el trabajo.

Los médicos obviamos los guardapolvos, pero las enfermeras se resistieron a dejar de usar sus uniformes. En las asambleas, las distintas reuniones con los pacientes, sin ser grupos terapéuticos propiamente, se permitía que los pacientes participen de los temas que se abordaban. De esta manera salían de su ensimismamiento y comenzaban a sentirse personas de nuevo, porque se les asignaban roles como portero, mesero, etc. Cuando un paciente entraba en crisis se formaban grupos de contención. El grupo lo rodeaba, lo contenía, le hablaban y le tranquilizaban. El trato era diferente al de los enfermeros, éstos aplicaban castigos.

Desde el año 1976 empezamos a hablar de desmanicomialización en todo el Hospital, no obstante, la modalidad manicomial en la realidad se llevaba a cabo solamente en mi sala, la sala "Comunidad Terapéutica". La situación del Hospital Psiquiátrico

era realmente deplorable, hubo cambio de nombre, no así de modalidad. Creo que aún después de 40 años no ha cambiado. Aunque se haya modernizado el edificio, el trato a los pacientes sigue siendo parte de una modalidad custodialística o manicomial.

Estos cambios también generaron mucha resistencia en las instancias del poder. El vicedirector, por ejemplo, prohibió que me derivaran pacientes nuevos. A consecuencia de esto, yo debía buscar personas que puedan formar parte de la experiencia entre los pacientes crónicos con hasta 20 años de internación, aquellos que se hallaban en el llamado “Corralón”, pacientes ya casi irrecuperables.

Una vez me tocó salir de vacaciones. A mi vuelta, el vicedirector en ejercicio de la Dirección nos confiscó la heladera, la cocina y todas las reservas de alimentos que se ubicaban en el espacio que pudimos montar con los estudiantes.

En el año 1978 fui preso y me echaron del Hospital. En el momento de la detención se llevaron todos mis documentos y la policía rompió mi tesis de psiquiatría. No tenía copias y no pude recuperarla, por lo cual no pude ser docente de la Facultad de Medicina. Solicité sin embargo, ser docente libre de la cátedra de Psiquiatría de la Universidad Nacional de Asunción, una figura que era posible porque tenía documentos y condiciones para ello.

Me tildaron de comunista porque usaba la denominación de “Comunidad Terapéutica”. Estuve 3 meses preso, luego regresé y retomé la comunidad de mujeres. Poco a poco me percaté de que la situación se hacía insostenible, cada vez más problemática. Los docentes no me aceptaban; por tanto, decidí renunciar.

Esta experiencia de las Comunidades Terapéuticas en el Hospital Psiquiátrico duró ocho años. Tuve que renunciar porque el profesor Dr. Morínigo Escalante, el vicedirector, se oponía tenazmente a mis propuestas y me amenazaba. Él era sobrino del dictador Alfredo Stroessner.

Ya un psicoanalista paraguayo que vivía en Buenos Aires me había advertido que un manicomio no cambiaría solo por tener un pabellón operando desde la modalidad de la Comunidad Terapéutica. Resultó cierto, fracasamos, no obstante aprendimos mucho. Salí más convencido que nunca acerca de la opción por la Comunidad Terapéutica en mi práctica profesional, lo cual significa respetar al paciente como persona. Yo verdaderamente creo que ese es el camino y futuro para la Psiquiatría.

Capítulo 16

El Centro Estudio de Psicoterapia y Psicología

Paralelamente a mi trabajo en el Hospital Psiquiátrico y a nivel privado, tuve la intención de trabajar en un instituto donde se encontraran los mejores profesionales de Salud Mental. Cuando, a causa de la salud de mi padre, regresé a Paraguay en 1974, me entrevisté con el Dr. Agustín Carrizosa padre. Él me prometió que cuando yo regresara definitivamente al Paraguay, podría trabajar con ellos.

A mi regreso definitivo, el doctor ya no estaba en el país. Presenté una solicitud para trabajar en aquel instituto y me respondieron que estudiarían mi petición en el consejo. Al parecer, o nunca estudiaron mi caso o directamente no quisieron responderme.

Yo necesitaba trabajar, porque el sueldo del hospital era misérrimo. Aguardé un año y al no tener ninguna respuesta decidí crear mi propia institución. Conversé con tres psicólogos: Hugo Barboza, Luz Teresa Maldonado y Yolanda Cubells, el primero con vasta experiencia y las dos psicólogas recién

recibidas. Así creamos el “Centro Estudio de Psicoterapia y Psicología”, un servicio de consultorio externo en principio. Con posterioridad se fueron agregando un neurólogo, el Dr. Emilio Bado, dos psicólogos más: Genaro Riera y Jesús María Locio y un psiquiatra, Andrés Arce.

Decidimos ofrecer servicio de internación psiquiátrica, siempre con el modelo de Comunidad Terapéutica, y un Centro Día al que llamamos Centro de Comunicaciones. En el primero manejábamos más la psiquiatría, porque eran pacientes agudos que cuando se solucionaba la crisis pasaban al Centro de Comunicaciones que funcionaba en horas diurnas. Este último administrado por psicólogos.

Casi todos los psiquiatras contratados eran médicos que deseaban hacer la especialidad, entre ellos el Dr. Víctor Godoy, el Dr. José Vera Gómez, el Dr. José Brítez Cantero, la Dra. Judith Dávalos, el Dr. Teófilo Villalba, entre otros. Por lo cual impartimos clases teóricas y supervisiones. Los psicólogos, la mayoría también recién recibidos, se capacitaban en Psicopatología y tratamiento. Muchos psiquiatras y psicólogos hicieron sus primeras experiencias en nuestra institución.

En 1977 había dos instituciones de asistencia y formación de profesionales, el IMESI, Instituto Médico Psicológico y el Centro Estudio. En el IMESI estaban los más renombrados profesionales de la

Psiquiatría y Psicología como sus fundadores el Dr. Andrés Rivarola Queirolo (+), el Dr. Agustín Carrizosa padre (+) , el Dr. Juan Carlos Amarilla (+), el Lic. Julio Ayala, el Lic. Mario Torres, el Dr. en neurología Héctor Escribá y otros muy buenos profesionales.

Nuestros aranceles eran mucho más económicos, porque nos iniciábamos y no teníamos la jerarquía que ellos contaban. Yo tenía la certeza de que lograríamos nuestro objetivo: crear un lugar de trabajo, aprender de la experiencia, compartir conocimientos y tener una atención diligente con los pacientes.

Eran tiempos difíciles, fui preso en 1978 y nunca olvidaré el solidario gesto del Dr. Juan Carlos Amarilla, quien se ofreció a controlar a los pacientes psiquiátricos en mi ausencia, puesto que yo en aquel momento era el único psiquiatra de la institución.

Tampoco puedo olvidar el gesto del Dr. Karl Timke, un famoso oftalmólogo, a quien no conocía y que junto con el Dr. Juan Carlos Amarilla tuvieron la osadía de ir junto a mí hasta la prisión de Emboscada. Asimismo debo reconocer a la Dra. de Nissen, también oftalmóloga, esposa de un gran amigo, el Dr. Julio Nissen. Visitar me en la prisión de Emboscada los exponía a un peligro real a todos ellos, por lo que nunca olvidé el gesto.

Cuando salí en libertad y luego de recuperarme, volví al Centro Estudio. Tuvimos muchos pacien-

tes que fueron torturados por el régimen stronista, y con mucho temor los atendíamos. Incluso tuvimos que internar a varios de ellos por las secuelas sufridas.

Una educadora, de apellido Llanes, llegó a trabajar con nosotros. Era una de las primeras profesionales en especializarse en estimulación temprana en niños portadores de trastornos neurológicos y condiciones genéticas como el Down. Los pacientes cuyos hijos padecían estas condiciones debían viajar a Buenos Aires, Argentina, gastar en hospedaje y el costo de la consulta era muy elevado, solamente las personas pudientes podían acceder.

Un día le planteé a ella y a los padres de los niños, traer aquí a los profesionales para que los costos se abaraten, además de aprovechar que estos profesionales pertenecientes al grupo de la Dra. Coriat podrían dar capacitación profesional a los miembros del Centro.

Los padres aceptaron y le planteamos a la Dra. Coriat que venga una vez al mes, nosotros poníamos a su disposición dos consultorios y la secretaría gestionaba los pasajes y el hospedaje y por supuesto, sus honorarios. Iniciamos este programa con éxito. La misma Dra. Coriat propuso a los padres conformar una Asociación de Padres, y así fue que se creó en mi consultorio APADEM, antecedente de lo que hoy se conoce como Teletón Paraguay.

El Centro Estudio debió cerrar, porque la mayoría de los médicos fueron al exterior a hacer sus especialidades, y además porque ocurrió una muerte accidental de uno de los pacientes. Esta situación, por lo inesperada que fue, nos causó mucha desazón, reflexionamos mucho sobre ello. Yo pude resolver y aclarar la situación con las autoridades y con los familiares, pero perdí las ganas de continuar. La muerte de un paciente genera una angustia muy grande e incluso culpa. Ser médico, significa cuidar al paciente que te han encomendado, y yo asumí la responsabilidad como Director del Centro de Estudio, aunque el paciente no estaba bajo mi cuidado lo sentí como una gran responsabilidad. Fue una prueba muy dura.

Capítulo 17

Atyha

Finalizada la experiencia del Centro de Estudio de Psicoterapia y Psicología, decidimos abrir un consultorio con el Dr. José Vera Gómez, el Lic. Genaro Riera Hunter y el Dr. Carlos Portillo.

Como a mí siempre me interesó trabajar con grupos, fui a Buenos Aires, Argentina, a hacer un curso sobre Grupos Operativos que desarrollaba la Escuela de Psicología Social, fundada por el psicoanalista argentino Enrique Pichón Riviere. Al regresar a Paraguay, junto con la Lic. Heve Otero y el Lic. Talavera, empezamos a recopilar artículos sobre el tema.

Como yo había traído bastante material de mi estada en la Escuela de Psicología Social, nos pusimos a estudiar intensamente y a pensar en la elaboración de cursos para Conductores de Grupos. Este proceso duró más de cuatro meses de trabajo duro, tres veces por semana. Así lanzamos cursos para conductores de grupos con mucho éxito. De ahí salió el nombre de “Atyha”, cuya traducción aproximada

del guaraní al español sería “un lugar de encuentro”.

Después de la caída de Stroessner, jubilosos nos juntamos aquellos que vivenciamos situaciones de tortura y empezamos a organizarnos. Decidimos que no nos sentiríamos víctimas sino luchadores por los DD.HH. Muchas de las personas que fueron torturadas estaban mal, otras fueron perseguidas, perdieron sus bienes y estaban en situación de pobreza extrema. Se habían reunido unas quince personas, por lo que los profesionales del consultorio ofrecimos nuestros servicios para asistirlos.

Por casualidad, estaba como observador el representante de la Cruz Roja, el Sr. Benno Glausser, y sin que se lo pidamos, ofreció un pequeño monto de dólares para iniciar el proceso, con la condición de formar una organización y elaborar un programa.

Ahí mismo planteamos considerar esa reunión como Asamblea y se creó una organización que denominamos ADAVI (Asociación por el Derecho a la Vida), y en pocos días elaboramos los estatutos y el programa de asistencia. Se conformó así un Consejo Directivo y se estableció un convenio con Atyha para la asistencia médico- psicológica a las personas que fueron torturadas, con el financiamiento inicial de la Cruz Roja.

El Sr. Glausser también nos ayudó a solicitar apoyo financiero a entidades internacionales de DD.HH.,

como las NN.UU., y muchas otras, así fuimos ocupándonos del manejo de las secuelas de la tortura y viajábamos mucho al interior.

Una de las secuelas más importantes de la tortura era la terrible situación económica, que generó un problema muy grande en la sociedad paraguaya. Hicimos proyectos – piloto que colaboraran con la reorganización económica de la gente. Muchos de esos proyectos fueron aprobados, como por ejemplo, la cría de cerdos de raza. Esto implicaba que en contrapartida la familia debía preparar el chiquero, tener una huerta y un gallinero.

El costo de los insumos los proveía el proyecto. Cuando la familia completaba los requisitos, se les proveía los cerdos y ellos debían alimentarlos con los productos de su granja y cuidarlos, previa capacitación. Por supuesto que todo esto estaba monitoreado por expertos que fueron contratados para el acompañamiento.

La idea fue multiplicar aquel proyecto inicial, pero si bien fue un buen intento no resultó del todo, porque los miembros de la familia eran numerosos y terminaron comiéndose hasta el último cerdo. La huerta y las gallinas tuvieron mejor suerte.

Otro problema encontrado en una localidad, la ciudad de Santa María en Misiones, era que los escolares debían caminar hasta diez kilómetros para asistir a la escuela. Estudiamos la situación y desa-

rrollamos un proyecto que consistía en alquilar una casa cerca de la escuela, de modo que, aproximadamente quince niños pudieran vivir allí al cuidado de unas religiosas que apoyaban el proyecto. Se pensó financiar el alquiler, la comida, los útiles escolares y un salario para la encargada de cuidarlos. Este proyecto funcionó muy bien y se desarrollaron otros, algunos con un buen final y otros que no se concretaron.

Fui invitado por una organización internacional para formar parte de ella, pues se encargaban de la atención a las personas torturadas. Conseguí una beca por un mes para visitar los centros más importantes del mundo en relación a la atención a estos pacientes. Esta beca me dio la oportunidad de visitar organizaciones de Dinamarca, Bélgica, Suiza y Alemania. Amnesty International me invitó a conocer sus oficinas en Londres.

Atyha era la única organización del Paraguay que ofrecía servicios de asistencia médica, psicológica y social a los perseguidos políticos. Desafortunadamente, un día un paciente que fue torturado gravemente, desposeído de sus bienes y en situación de extrema pobreza, tuvo la urgencia de ser operado a causa de una apendicitis aguda. Si bien esta patología no tenía que ver con la tortura, sus necesidades económicas sí. El Proyecto con NN.UU. planteaba que se atenderían solamente los casos patológicos

derivados de las torturas. Hubo una especie de auditoría. Aunque se informó sobre el tipo de ayuda brindado a este paciente a causa de sus circunstancias, fuimos duramente sancionados. No solo nos cortaban la ayuda, sino que debíamos devolver todo el dinero aportado para el proyecto ese año. La cuenta fue saldada sin recibir un recibo de dinero. Lógicamente, esta situación desmoralizó nuestro servicio y los programas fueron disminuyendo. Actualmente, Atyha existe en documentos, pero ya no opera como organización.

Otra circunstancia muy importante es la que se presentó poco después de mi regreso de la beca a Europa. Una pareja de paraguayos cuyos padres estaban exiliados en la ciudad de Córdoba, Argentina, llegaron hasta Atyha para plantearnos estudiar la posibilidad de crear una institución de DD.HH. Se trataba de una oficina de Amnistía Internacional en Paraguay. Ellos eran las autoridades en Córdoba, así que iniciamos los trámites y enviamos una nota a Amnesty International, que yo había visitado durante la beca. Nos enviaron los requisitos, además de un funcionario para capacitarnos en los diferentes procedimientos. Cuando estuvimos preparados nos comunicaron que estaba oficialmente creada Amnistía Internacional Paraguay, con la dirección provisoria de Atyha, donde recibíamos la correspondencia y, fundamentalmente, los materiales para la difusión.

Capítulo 18

El señor de las esponjas

Durante el año 1980 conocí a la persona que fue mi pareja durante cuatro años. Teresa Llamosas era viuda y tenía un hijo llamado Nelson, de 7 años por aquella época.

Cuando empecé a salir con ella, antes de la convivencia, el niño me ignoraba por completo. Aunque yo le hablara, él no me respondía. Un día en el que estábamos viajando los tres, le llamó la atención una esponja sucia en el suelo del coche, la tomó, yo le dije que la deje porque se ensuciaría. Él la tiró y yo le prometí que le compraría una nueva.

Era un sábado por la tarde, dejé a ambos en su casa y más tarde cuando me disponía a ir a visitarlos, cerca de las 20:00 hs., recordé la promesa de llevarle una esponja nueva al niño. Recorrí los negocios de la zona y en uno de ellos encontré una caja de cartón bastante grande con al menos 15 esponjas enganchadas en su interior. Las compré todas y se las llevé. Cuando llegué, pregunté por él. Su madre me dijo que ya estaba dormido. Le pedí a Teresa

que despertara a Nelson, porque era importante que le entregara lo prometido.

Fuimos hasta su cama, lo despertamos y empecé a darle las esponjas una a una. Él quedó maravillado, sorprendido y feliz. Me abrazó y desde ese día me llamó “el señor de las esponjas”. A partir de esa situación, me aceptó en su vida con mucho afecto.

Descubrí en Nelson cualidades extraordinarias. Un día 14 de mayo⁹, la maestra llevó a sus alumnos a la Casa de la Independencia y les contó acerca del significado de aquella fecha. Nelson interrumpió el relato y le dijo a la maestra: -“Era un martes, señorita”. La maestra no le dio mucha importancia, después se puso a averiguar y realmente fue así. Nelson era capaz de decir, sin pensarlo demasiado, qué día caía una fecha determinada de cualquier año. No sabíamos cómo lo hacía, ni siquiera él lo sabía, era como si leyera en su mente el resultado. Tenía una memoria extraordinaria.

Viví con Teresa cuatro años, pero llegado un punto me di cuenta de que no me sentía bien, no podía manejar los conflictos propios de la vida en pareja. Nos separamos en 1985 y nuevamente viví solo. Hasta hoy día seguimos en contacto con Nelson, es muy querido y apreciado por mi familia.

9 Las fiestas patrias del Paraguay son el 14 y 15 de mayo. El 15 de mayo se celebra también el día de la madre.

Capítulo 19

Nidia

Cuando fui alumno del colegio Internacional tuve una compañera y gran amiga, creo que sinceramente yo estuve enamorado de ella, sin embargo, fue más importante nuestra amistad que la posibilidad del noviazgo. Se convirtió en un amor platónico y nunca supo acerca de mis sentimientos. Era una mujer excepcional de nombre Nidia González Talavera.

Iba a su casa los sábados durante la siesta y volvía a las 10:00 de la noche. Ella provenía de una familia de muy escasos recursos, posteriormente estudió Veterinaria gracias a una beca obtenida, aunque en realidad le interesaba la filosofía, la psicología. En ese momento estaba en el sexto curso y yo la ayudaba en sus estudios porque era bueno en química y matemáticas.

Salí fuera del país muchos años y nos reencontramos en 1974, cuando regresé al Paraguay porque mi padre se estaba muriendo. Estuve tres semanas.

Cuando volví en 1975, me encontré con ella a fines de ese año.

Ella ya tenía una hija. Como mi esposa iba a poner una especie de guardería, acordamos que su hija podría asistir en los primeros días de abril del año siguiente. Llegado ese tiempo, ella no llegó. Unos días después, mientras estaba yo en mi casa, frente al Club Sirio en Lambaré, en compañía de mi esposa y cuñados, jugando a las cartas; alguien me sorprendió chistándome en un momento en que salí a pasear por el patio.

Era Nidia, quien se encontraba con un embarazo avanzado, de 8 meses y estaba muy hinchada a causa de la diabetes. Extrañado le pregunté qué hacía allí. Ella hizo un gesto indicando silencio. Me contó que era buscada por la policía, que habían matado a su pareja, llamado Juan Carlos Da Costa. Él era el jefe de un grupo armado que estaba organizando una serie de actos contra la dictadura stonista desde el exilio, el mismo grupo en que estaba Mario Schaerer Prono. Ambos eran dirigentes del Movimiento Organización Político Militar (OPM)¹⁰ y tras la desaparición de su pareja ella había que-

¹⁰ La OPM, Organización Político- Militar, fue creada en el exilio, por estudiantes de la Universidad de Corrientes, Argentina, y exalumnos del colegio Cristo Rey, estaba liderada por Juan Carlos Da Costa y Nidia González. Su objetivo fue crear conciencia entre los estudiantes y campesinos sobre la necesidad de luchar contra la dictadura que se había iniciado en 1954 con el Golpe de Estado del general Stroessner.

dado como jefe, aunque la organización había sido desbaratada y habían caído bastantes miembros presos, dado que también muchos campesinos conformaban el grupo.

Llevaba 3 días escondida en los yuyales de mi quinta y aprovechó el momento en que sabía que yo estaría allí para llamarme. –“Por favor, ayúdame porque me quieren matar, no tengo adónde ir” –me dijo.

La pareja de Nidia, Juan Carlos Da Costa, era estudiante en Corrientes. Junto con Schaerer Proño, Carlos Fontclara, Miguel López Perito y otras personas, militaban en OPM. Formaron un grupo grande y trabajaron bastante con los campesinos de las Ligas Agrarias. El 4 de febrero fueron abatidos. El 8 del mismo mes, Nidia apareció en mi casa.

Debo expresar sin vergüenza que yo era una persona que nunca había asistido a una manifestación política, una persona con mucho miedo a la represión que se mantuvo al margen siempre; pero ante esta circunstancia no dudé un segundo en ayudarla. La escondí en el cuarto de la empleada doméstica. Regresé junto a mi señora y mi cuñado para evitar levantar sospechas. Más tarde les dije que tenía que ver a un paciente.

Nidia me rogó que nadie sepa y yo no se lo conté a nadie. Le proveí algunas ropas, se bañó y comió. Decidí ir a hablar con Rubén Urbietta, un buen ami-

go de ambos. Como al otro día era domingo, fuimos a la casa de Rubén, contigua al Colegio Nacional de la Capital, donde él tenía una academia de Dactilografía. Posteriormente él sería el fundador de la Universidad Columbia del Paraguay.

Nidia era muy querida por Rubén y su esposa. Les conté el problema, inmediatamente nos suben a su camioneta junto con Nidia. Nos llevaron a una quinta que tenían en la ciudad de Mariano Roque Alonso, donde tenían un cuidador. Rubén aconsejó a Nidia no encender las luces por la noche para no alertar de su presencia y no hacer ruidos. Ella quedó allí.

Estuvo allí durante tres o cuatro días. Todos los días le llevábamos comida. Me comentó que debía encontrarse con un hombre llamado Zavala. Le expliqué que no podía salir, ella me indicó que tenía que estar a las 12:30 puntualmente en la dirección acordada, pues era la hora en que todas las emisoras entraban en cadena, la llamada Cadena Nacional. Y que tenía que decir una palabra clave.

Ella estaba embarazada. Me había dicho que quería que fuese yo quien atiende su parto, que sería bastante complicado pues ella era diabética. Yo era un psiquiatra, no un ginecólogo. Le dije que no. Después supe que un tal Sr. Llerandi, compañero de trabajo de ella, colaboró con dinero y ropitas para la bebé que estaba por nacer.

Ella me entregó un portafolios con documentos y un arma. Me pidió que se lo entregue a su suegra. Lo hice. Sus compañeros la llevaron a un lugar desconocido y después me volvieron a buscar para que la atiendan. Me taparon los ojos para que no supiera dónde estaba. Ella me contó que se escondía caminando entre la gente, iba donde había mucha gente o al mercado. Se ponía una peluca rubia y lentes de sol.

Tiempo después nos encontramos las cuatro personas que la habíamos ayudado y decidimos que si nos detenían contaríamos todo porque no teníamos nada que ocultar, ni sabíamos del paradero de Nidia. Esto ocurrió en el año 1976.

Nidia tenía dos hijas, una mayorcita y la otra, pequeña. Tuvo otra niña mientras estaba escondida. Le dio de mamar un mes y luego le pidió a una vecina que era amiga suya que por favor la cuide. Como la mamá de su pareja vivía con ella y era boliviana. Se escaparon a Bolivia y Nidia se quedó a vivir en casa de unos parientes de su pareja. Posteriormente, logró pasar al Brasil y entró como refugiada política. La hija quedó al cuidado de la vecina, quien la crió como su propia madre.

Capítulo 20

Caí preso

Me arrestaron en el mes de febrero de 1978. La policía tuvo conocimientos de los hechos vinculados con Nidia, transcurridos dos años. Ella ya no estaba en el país.

Eran las tres de la tarde. Yo estaba en mi consultorio con una paciente. Como golpearon muy fuerte la puerta, tuve una premonición, algo pasa, pensé. Apenas abrí la puerta, entraron cuatro o cinco personas que nos encañonaron con sus armas.

Metieron todo lo que encontraron en el escritorio y en la biblioteca en una bolsa: libros, objetos y las fichas de mis pacientes. Me maltrataron, me sacaron a empujones a la calle, donde todo el barrio estaba de testigo, viendo lo que pasaba. Había unos veinte o treinta policías frente a mi consultorio. Me metieron a un coche y me llevaron donde vivía con mi mamá, ya que estaba separado de mi esposa.

Mi madre se asustó, pues le dijeron que yo era un terrorista y que requisarían la casa en busca de armas. Por supuesto nada encontraron. De ahí me

llevaron al Departamento de Investigaciones de la policía.

La policía acababa de enterarse que Rubén Urbietta había ayudado a Nidia y le solicitaron que la entregue en los próximos 8 días. Lo llevaron, lo torturan y él dio nuestros nombres. Luego caímos nosotros. Cuando llegué, lo ví a Rubén con los pies hinchados y ensangrentados, parecían los pies de un elefante. Lo habían torturado con golpes en los pies.

Me dejaron contra la pared, mirándola durante un buen rato; luego, me introdujeron a una pieza donde estaba sentado el Director de Investigaciones y varios torturadores. Este me pide que “cuenta todo”. Yo le respondí: -¿Qué quiere que le cuente?-, a lo que él responde: -¡No pues doctor, no vamos a empezar con esto!- y me mostró un álbum de fotografías del Colegio Internacional donde me reconozco y a Nidia.

Después de mirar el álbum le dije: - Soy yo y la otra es Nidia, pero no sé lo que quiere saber-. Entonces le hace una seña a uno de los torturadores, éste vino, me sacó los anteojos y me ató las manos y los pies. Yo iba vestido con una remera y empezó a pegarme con el *teju ruguai*¹¹, una especie de látigo, de repente les digo: -¡Sí, soy amigo de ella, soy amigo

11 Del guaraní “cola de lagarto”. Instrumento de tortura confeccionado con cuero trenzado y mango de madera muy utilizado durante las sesiones de tortura en Paraguay.

de Nidia! Yo desconocía que la foto de Nidia había salido en los periódicos, que la estaban buscando y que ofrecían por ella una recompensa de quinientos mil guaraníes, mucho dinero en aquel tiempo.

Capítulo 21

Siempre la misma polca

Siguieron pegándome hasta que la punta del látigo llegó a uno de mis ojos y provocó una hemorragia impresionante. Yo gritaba tanto que me pusieron un trapo dentro de la boca. Gritaba de miedo y dolor y porque los compañeros presos me dijeron: – *Grita doctor, grita fuerte*–. Ellos eran expertos en sufrir las torturas diarias.

Aunque a los torturadores les gusta ver sufrir, esta herida se produjo sin intención. No está en sus intenciones dejar huellas como esta. Eusebio Torres era el nombre del torturador, era abogado y cinturón negro de Karate¹². Se turnaban en pegarme cuando se cansaban. En un momento uno de los

¹² En el año 2005 presenté una querrela criminal contra el torturador y abogado Eusebio Torres, que se llevó adelante y hasta hubo una reconstrucción de los hechos, pero quedó varada. Él siguió como policía y quedó impune. Al parecer, la causa se reabrirá. En Paraguay solamente tres o cuatro torturadores fueron enjuiciados. Debemos recordar que la impunidad que reinó en la época de Stroessner fue uno de los pilares de su régimen. Actualmente estamos en libertad, pero la impunidad sigue, la justicia es prebendaria y está al servicio del gobierno de turno, casi siempre del Partido Colorado.

guardias golpeó la puerta y entró un doctor. Para estas circunstancias siempre había un médico.

Yo vi en el médico a un colega. Sentí ganas de abrazarlo a causa de la desesperación; no tanto del dolor que ya casi ni sentía por el miedo, pero me atajaron. Él indicó hielo y un calmante.

Como durante el interrogatorio me habían acusado de que había participado en el parto de Nidia, el miedo venció y dije el nombre del médico que Nidia me había contado que la atendió. Esa fue una de las situaciones que más angustia me provocó y me provoca hasta hoy; ya que, después cuando ya descansaba de la tortura, vi que lo trajeron esposado al citado médico.

Me sentí pésimo, pues sabía lo que le esperaba. Él, que por lo visto era muy religioso, estaba rezando. No le hicieron nada porque pudo demostrar que no estuvo en el país cuando ocurrieron los hechos. Apenas salí en libertad, fui a su consultorio a pedirle perdón y actualmente es un gran amigo. Es un médico muy conocido.

Una semana después de esa golpiza, en medio de una siesta, me llevaron caminando una cuadra por la calle, tenía el ojo hinchado. Unos conocidos me vieron y comunicaron a mis padres que yo iba ensangrentado. Entramos a un edificio, en la esquina donde había una pileta. La pileta era conocida por

todos. Iban a “piletearme”¹³, sentí mucho miedo porque estaba enterado de lo que implicaba esta tortura, tal vez la peor de todas. Por “suerte” a mí me tocó ser el primero y el agua estaba limpia. Es sabido que el agua no es cambiada en las sucesivas “pileteadas”.

Me desnudaron, me dejaron en ropa interior, me ataron los pies y las manos atrás y de espaldas al agua. La tortura por inmersión en la pileta es uno de los tormentos más atroces, es una situación límite, una confrontación con la misma muerte, que a veces uno mismo busca como salvación, pero rara vez la encuentra. Totalmente inmovilizado de pies y manos, me arrojaron boca arriba en la pileta, de esas antiguas, de baño. Un especialista, el torturador, se ubicó cabalgando sobre mi vientre, me tomó del pelo y me sumergió. Aguanté unos minutos, forcejeé con todas mis fuerzas. Traté de zafarme. Otro colaborador inmovilizó mis piernas que quedaron colgando del borde de la pileta. Seguí luchando, deglutí agua podrida. Cuanto más deseaba salirme de la realidad, perder el conocimiento o algo parecido, más lúcido me sentí. Estaba exaltado por la gran descarga de adrenalina. Cuando el torturador advertía por algún signo, tal vez cianosis merced a su refinado conocimiento, que estaba en el límite;

13 Forma de tortura consistente en sumergir la cabeza de la persona, por varios minutos, en una pileta con agua sucia, en ocasiones con sangre y heces.

me hacía emerger del agua a fin de permitirme algunas bocanadas de aire. Acto seguido empezaron a golpearme el abdomen con los puños para producirme vómitos. Esos esfuerzos supremos por rescatar un poco de aire me hicieron vomitar, orinar y defecar. El torturador aprovechaba esos momentos de confusión del torturado para situarse a pocos metros de la pileta y subirse a un banquillo donde se lo pudiera observar y proceder al interrogatorio para obtener información. En ese citado momento yo no tuve control de mis pensamientos, ni recuerdo lo que dije.

Esta situación se repetía varias veces, y producía un progresivo deterioro por el extremo esfuerzo y el estrés, un agotamiento límite y un desahucio mental y moral. Yo sentí que estaba al borde de la muerte, me pareció que estaba al borde de la muerte y, sin embargo, estuve totalmente lúcido. Me di cuenta que ya no podía luchar, sentía dolores en el abdomen, que mis músculos se desgarraban y ya sin aliento, busqué cualquier cosa que me sacara de la situación. Quise morir mientras intentaban ahogarme bajo el agua. Una gran desesperación se apoderó de mí, clamé por Dios, pero nada sucedió. Me sentí como un niño abandonado por todos. Clamé por mi madre. Pero ni Dios ni mi madre aparecieron para sacarme de ese sufrimiento. Atiné a abrir mis ojos y descubrí al único hombre que podía salvarme y ese era el torturador que me estaba matan-

do. En ese momento dramático solo pude pensar en que no tenía otra opción que confiar en él.

En este punto quiero señalar lo dramático del encuentro con mi torturador, su poder total frente a mi impotencia total. Repentinamente, no sé qué pasó, dejé de sufrir, dejé de tener miedo. Pareciera como si soñara que estaba en mi casa, con mi familia. Una especie de alucinación, mecanismo de defensa, a lo lejos escuchaba la voz del torturador y sus preguntas; pero ya no sentía dolor, ni miedo, estaba en otro mundo. Dejé de forcejear, de luchar, estaba sereno. Esto habrá sorprendido al torturador, supongo que habrá pensado que me estaba muriendo. Entonces, me sacó del agua, trató de reanimarme, me golpeó la cara y empecé a vomitar. Al “despertar” estuve en un estado de mucha confusión. El torturador me trajo una manta, un café y me dijo: –No es nada personal, este es mi trabajo che ra’a¹⁴–. Yo estaba muy confundido y a medida que regresaba a la realidad, iba dándome cuenta de cuál era esa realidad. Empecé a llorar, y más que un llanto fue como un grito desesperado, un grito incontenible y primigenio. Fue como renacer. Me tranquilicé al poco tiempo, pero fue una experiencia espantosa.

Los torturadores no quieren matar a sus torturados, la muerte es considerada una falla. En otros casos

¹⁴ Mi amigo (en guaraní).

la muerte es una condena, como sucedió con Mario Schaerer, que murió siendo torturado. Los 17 días que pasé en el Departamento de Investigaciones de la Policía Nacional fueron un verdadero infierno. No podíamos hablar con nadie, nos alimentaban con comida asquerosa, hasta con insectos. Teníamos un guardia de particular que nos vigilaba permanentemente. Tenía una radio, la encendía para escuchar el mismo cassette con la misma polca siempre, era el anuncio de que iban a iniciar las sesiones de tortura.

Nosotros escuchábamos los gritos desgarradores de los que estaban siendo torturados. Y ocurría a cualquier hora, incluso por la madrugada. Tal vez el torturador no podía conciliar el sueño y venía a “divertirse” con nosotros. Había ocasiones que nos obligaban a ponernos contra la pared para evitar que reconociéramos a ciertos presos, es probable que entre ellos hayan estado algunos que desaparecieron. Éramos alrededor de 200 presos hacinados en un solo lugar y con un solo baño que asqueaba. Era casi imposible bañarse e incluso salir a hacer las necesidades fisiológicas. Yo dormía en un sillón de peluquero, ese era mi lugar asignado y no debía moverme de allí. Había muchas personas, pero nos prohibían hablar. Pasados 17 días nos enviaron a la cárcel de Emboscada.

Capítulo 22

No te metas con los comunistas

Después de vivir el infierno en el Departamento de Investigaciones de la Policía Nacional, nos trasladaron a la Cárcel de Emboscada. Era un verdadero campo de concentración. En ese lugar no solamente estaban los presos políticos, hombres de varias edades, sino también mujeres, ancianos y niños. La cárcel se había abierto en 1976 porque las comisarías ya estaban colmadas.

Nos trasladaron un 17 de febrero a la una de una calurosa tarde de sol intenso. Nos ingresaron a una camioneta completamente cerrada y que posiblemente había permanecido todo el día al sol. Ese vehículo era la famosa “Caperucita Roja” como la llamaban a la camioneta roja. Íbamos Llerandi, Rubén Urbieto, su esposa y yo. Luego de sufrir en ese horno de más de 50 grados, por casi dos horas, llegamos a Minas Cué, una compañía de Emboscada. Avanzamos por un camino intransitable y llegamos a la Cárcel, que en algún momento fue una cárcel para jóvenes.

Al llegar, yo sentí una desazón muy grande, una amargura inmensa al ver las puertas de rejas que se cerraban detrás de nosotros. Al entrar, la desolación era tremenda.

Para evitarme problemas le pregunté al guardia qué debía hacer. Me respondió que no debía meterme con los comunistas. Ahí estaban varios famosos comunistas; sin embargo, yo no conocía personalmente a ninguno. Le pregunté al guardia cómo reconocerlos y él me responde que ya los conocería. Vuelvo a insistir y le pido que me diga quiénes son. Me señaló a uno, era un joven que nos rondaba.

Apenas el guardia se retira, ese mismo joven señalado como comunista se me acerca emocionado: “¡Doctor Arestivo! –me dice. Yo no podía creer lo que estaba pasando. Resultó que él era paciente del doctor Cegla, quien en una de sus visitas le dijo: –“No te preocupes, va a venir a verte el doctor Arestivo”, así que él me estaba esperando y no se apartó de mi lado. Me contó su historia. No era comunista. Se había peleado con el hermano y le había roto la cara, el hermano había llamado a la policía. La policía encontró un libro de Karl Marx en su biblioteca. Fue llevado a prisión y sufrió tremendamente.

Posteriormente, me llevan hasta mi celda, donde estaban unas 15 presos políticos, todos ellos campesinos. Al entrar, se pusieron en fila para saludar-

me y me aplaudieron. Luego, me enteré que cada celda tenía un representante, una especie de coordinador, encargado de dar la bienvenida a los compañeros y explicarles la organización.

El coordinador de mi celda me explicó cómo se organizaban y qué podía aceptar o no. Si yo recibía bananas u otro alimento debía compartirlo con todos. Lo único que no se compartía era el cepillo de dientes, el jabón y el dentífrico. Cada uno era encargado de arreglar su cama y; por turnos, barrer el piso y dejar la basura en la puerta. Otras veces había que hacer limpieza de patio, junto con los compañeros de celda y en otras ocasiones preparar la comida.

El Comité de Iglesias¹⁵ traía los alimentos para preparar el desayuno, almuerzo y cena. También se incluía la limpieza de los baños. Así se desarrollaba el funcionamiento interno del lugar.

Los coordinadores conformaron un consejo y manejaban los horarios. Recordé cuán parecida era la situación a la organización en las Comunidades Te-

15 El Comité de Iglesias (CIPAE) se creó en un contexto donde la tortura, la desaparición forzada y los exilios eran cotidianos. La Iglesia Católica y la Iglesia Alemana se unieron en este esfuerzo para ayudar a los presos políticos. Esta Institución ayudó muchísimo a los perseguidos, sobre todo a los que estaban presos y a las familias de los campesinos que sufrieron persecuciones con graves consecuencias económicas. Ellos hacían préstamos de honor a los perseguidos y colaboraron con los presos de la cárcel de Emboscada.

rapéuticas y cómo todo funcionaba perfectamente. Me enteré que fueron los campesinos quienes instauraron esas reglas y las hicieron funcionar.

En otra ala de la cárcel de Emboscada estaban las celdas para mujeres, ancianas y niños. Después de las seis de la tarde ya no estaba permitido ir al baño porque había que atravesar todo el patio, un patio de unos 100 metros y ubicado frente a nuestras celdas. Cierta vez, aproximadamente a las siete de la tarde, una mujer tuvo necesidad de ir al baño y haciendo caso omiso a la prohibición empezó a caminar en dirección al baño. Un guardia al verla le gritó “alto”, ella desoyó el grito y siguió avanzando. El guardia repitió la orden y nada. A la tercera advertencia todos sabíamos que el guardia tenía órdenes de disparar. Todos nos asustamos, salimos de nuestras celdas, la llamamos, pero ella seguía caminando tranquilamente. La situación se puso muy tensa, entonces todas las mujeres y los niños formaron una fila y la acompañaron al baño. El hecho no tuvo consecuencias negativas y ese gesto de solidaridad fue un ejemplo para nosotros.

Estuve aproximadamente tres meses en Emboscada. Después de salir de allí casi todas las personas que conocí fueron mis pacientes.

Capítulo 23

Recuerdo de Emboscada 78

“Recuerdo de Emboscada 78”. Así reza la leyenda en un cuerno de vaca trabajado como artesanía, es un cuerno de aquellos grandes, trabajados, pulidos que yo mismo encargué a un compañero campesino, también preso político en Emboscada, que hacía estas artesanías.

La gente cuando lo ve en mi casa se extraña y me dice que uno recuerda sus vacaciones en lugares significativos y trae recuerdos de esta naturaleza, pero ¿traer un recuerdo de una prisión?, eso parece cosa de locos...

Ellos no comprendían que luego de pasar 17 días de infierno dantesco en el Departamento de Investigaciones de la Policía Nacional, la cárcel de Emboscada era realmente un paraíso. Allí no sufrimos torturas, por lo menos en la época en que me enviaron allí. Cuando Emboscada se abrió, según me refirieron compañeros que estuvieron desde el inicio, era la continuación del Departamento de Investigaciones.

El famoso coronel Grau era el Director, a pesar de ser reconocido por su crueldad, dejó que los casi 500 presos políticos entre hombres, mujeres y niños que nos encontrábamos reclusos allí nos organizáramos para la vida cotidiana. Aquello era un verdadero campo de concentración, pero inteligentemente manejado para evitar problemas en el interior.

La mayoría de los presos eran campesinos, quienes sí sabían cómo organizarse. Casi todos provenían de la experiencia con las Ligas Agrarias Cristianas, que eran la manera en la que los campesinos se organizaban para hacer frente a las necesidades del campo. Cultivaban y tenían lugares donde traían sus productos para la venta o también para el trueque. Estas iniciativas fueron tildadas de iniciativas comunistas y todos fueron a parar a la prisión. Primero torturados y luego enviados a Emboscada. Allí uno podía encontrar a familias enteras. Los campesinos presionaron a las autoridades del penal y consiguieron que la organización en reclusión sea asumida por ellos mismos.

Allí, con la ayuda del Comité de Iglesias para ayuda en emergencias, se proveyó de alimentos que los internos debían cocinar. Los coordinadores organizaban a los internos por celdas para tareas como limpieza del patio, limpieza de baños, en fin, todo. Me llamaron profundamente la atención el respeto

y la solidaridad demostrados por ellos. Pronto se conformaron grupos de música, de teatro, se armó una biblioteca, se organizaron equipos de football, handball y volleyball. Todos los domingos se realizaban torneos deportivos y se establecieron como premios las artesanías allí elaboradas.

Un aspecto pintoresco era el uso de las habitaciones privadas. Había 2 habitaciones de las que podía hacer uso el interno cuando recibía visitas de pareja. También esto era dirigido por el Consejo de Representantes de las celdas. Cuando un interno recibía ese tipo de visitas, debía cruzar con su colchón a hombros todo el patio. Esta escena se constituyó en todo un espectáculo ampliamente aplaudido por todos los presentes. El protagonista alzaba las manos agradeciendo el gesto.

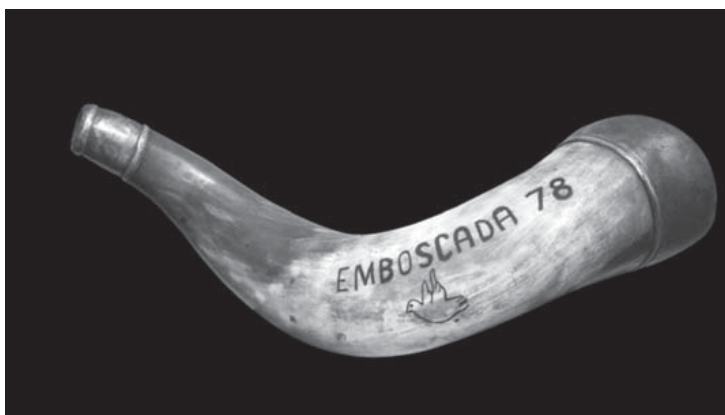
Cuando logré adaptarme a la nueva situación, comprendí que lo que estaba viviendo era una verdadera Comunidad Terapéutica. Yo, que me consideraba un experto porque había vivido y trabajado en Comunidades Terapéuticas en Italia, no hubiera podido organizar mejor aquello. Creo que para los que estuvimos allí, la experiencia fue realmente “terapéutica”.

Martín Almada y otros internos escribieron letra y música de lo que se estaba viviendo. Otro compañero también escribió una música. Trece años después escribí sobre esta experiencia cuando me

invitaron a dar una Conferencia en un Congreso Internacional en la Universidad de Hamburgo, en el año 1991. En aquel artículo no solo compartí mi experiencia sino también expreso mis criterios psicológicos al respecto. Un psicoanalista italiano tomó como referencia ese trabajo mío para un artículo sobre la tortura.

La tortura me enseñó a soportar el dolor y manejar el miedo. Después de estas emociones, ¿qué queda?, ¿la muerte?

Pienso que si tengo que morir, moriré. Pero ya no tengo miedo, aprendí a controlarlo. Ya no le tengo miedo a la muerte.



Artesanía elaborada por los internos de Emboscada y utilizada como trofeo en los torneos internos, lleva la inscripción "Recuerdo de Emboscada 78".

Capítulo 24

Reencuentros y despedidas

Un mes después del nacimiento de la hija de Nidia, su situación se volvió complicada. La hija mayor quedó al cuidado de su abuela, en un lugar seguro. La recién nacida complicaba su existencia, pues corrían peligro madre e hija. Nidia conocía a un vecina a quien quería mucho, decidió dejar con ella a la pequeña para que la cuidase y prometió que algún día vendría a buscarla.

Catorce años pasaron y en el año 1991, después de la caída del régimen de Stroessner, Nidia se propuso recuperar a su hija menor y me pidió que intercediera con su vecina, porque ésta no quería desprenderse de su “hija” adoptiva.

Conversé largamente con ella y finalmente se convenció. Se había encariñado mucho con ella, nunca le contó la verdad a la niña, le puso un nombre y su apellido para protegerla y la crió como si fuera su verdadera hija. No quería desprenderse de ese vínculo. Era una buena señora.

También Nidia conversó extensamente con ella, antes de conversar con su hija. Esta mujer se decidió a entregar a la niña, para esto, viajan al Brasil y durante el camino le explica a la niña que viaja para conocer a su madre biológica. La niña entró en una confusión terrible. De vuelta a Paraguay sufrió trastornos de angustia y miedo. Yo la acompañé en esta crisis y, finalmente superada ésta, decidió vivir con su madre y su hermana mayor. Y conservó el cariño por la mujer que la había cuidado en sus primeros años.

A Nidia la volví a ver luego de muchos años, en un viaje que hice a Río de Janeiro, donde trabajaba y vivía con sus hijas. Mi reencuentro en un primer momento fue muy emocionante, yo me sentía satisfecho de lo que había hecho, me felicité a mí mismo por ese gesto solidario en que puse en peligro mi propia vida, fui torturado, casi perdí un ojo, económicamente quedé en la calle. Incluso mi trabajo profesional fue afectado, pues por más de cuatro meses no tuve pacientes debido a que la gente sentía temor de contactar conmigo.

Nidia estaba a salvo, no me importó el precio que tuve que pagar por ello. Ella estaba viva y en compañía de sus hijas. La riqueza que sentía dentro de mí era emocionante y sopesó la baja autoestima que sentía en ese entonces. Ella me preguntó si lo

volvería a hacer, sin dudar respondí que sí, este fue uno de los capítulos más importantes de mi vida.

Con los años, mi amistad con Nidia se fue deteriorando. Yo sentí que ella desvalorizó mi gesto, esto hizo que me fuera alejando de ella. Ella jamás trató de comunicarse conmigo. Yo la admiraba por su valentía, por haber enfrentado junto con su pareja y su grupo al régimen político del país. No sé si tuvo miedo o vergüenza de retornar al país luego de la caída de Stroessner. Las veces que volvió al país, lo hizo de forma anónima; a pesar de que muchas organizaciones la invitaron. Así finalizó este capítulo realmente significativo de mi vida.

Capítulo 25

No me interesaban los partidos políticos

Mi necesidad era volcarme hacia lo social. Mi estancia en prisión, la rabia contenida, la injusticia y la crueldad; no solamente conmigo sino con los compañeros presos y torturados que en muchos casos solo por leer un periódico de los opositores fueron atrozmente torturados¹⁶.

Con los colegas, trabajé intensamente en psiquiatría social, acompañé a los compañeros torturados desde distintas instituciones que fuimos creando como el Centro Estudio, Atyha, ADAVI, Amnesty International y formando parte de instituciones internacionales como la IRCT, que agrupaba a varias instituciones que se ocupaban de la rehabilitación de personas que fueron torturadas.

La lucha por los DD.HH. y la psiquiatría social fueron mis objetivos desde el momento que salí de prisión. Por tal razón, en los distintos lugares donde estuve desarrollé actividades de DD.HH.,

¹⁶ Periódico Tatá Piriri.

no solamente con relación a la tortura, sino también con relación a otros sectores como la situación del manicomio a partir de la creación de la primera Comunidad Terapéutica del Paraguay en el Hospital Psiquiátrico en 1977. Iniciamos el proceso de desmanicomialización que hasta hoy continúa. Otro sector con el que también colaboré fue el de la infancia en situación de calle, y el sector de los adolescentes infractores de la ley.

Capítulo 26

Comunidades Pai Tavytera y Mbya

Corría el año 1992 aproximadamente, cuando a partir de un pedido particular del doctor Luis Medina, quien estuvo mucho tiempo acompañando a la comunidad Pai Tavytera. La preocupación del doctor Medina era saber qué ocurría con los jóvenes de este colectivo indígena del norte del país¹⁷ que estaba cometiendo suicidios. En un solo año se registraron unos 80 casos. Acepté el caso como psiquiatra que soy.

17 Los Pai Tavytera pertenecen a la familia lingüística Guaraní, su lengua es el Pai Guaraní, ocupan la región oriental en los departamentos de Amambay, Canindeyú, San Pedro, Concepción. Pai es el título que emplean los dioses al dirigirse a la palabra y Tavytera significa habitantes de la ciudad del centro de la tierra. La autodenominación Pai Tavytera tiene un profundo contenido religioso. En el territorio brasileño se los conoce como Kaiová, y en los últimos años se han registrado entre ellos numerosos suicidios, incluso de personas muy jóvenes; debido a que encuentran que la vida no tiene sentido fuera de su hábitat tradicional. Muchas comunidades fueron despojadas de sus territorios, utilizados luego para cultivos de soja. (Biederman y Zanardini, 2006. Los indígenas del Paraguay. Artes Gráficas Zamphirópolis. Itaipú Binacional. Asunción- Paraguay).

Concordamos con el Dr. Andrés Arce, llamamos al Dr. Luis Medina y fuimos hasta la ciudad de Pedro Juan Caballero y de ahí a una ruta que lleva hasta la frontera con el Brasil, la ciudad de Capitán Bado.

Al llegar observamos una gran movilización y preparativos. El jefe se nos acercó y nos pidió que nos descalcemos y caminemos mientras toda la comunidad danzaba alrededor de nosotros hacia donde estaba el Chamán. Era un ritual. Nos dijeron que ya estaban esperándonos para ese día, lo cual llamó mi atención, pues ellos ignoraban qué día exacto llegaríamos. Nos refieren que esa noche estaban convocados los jefes espirituales más importantes de los Pai Tavytera.

Seguidamente nos informan acerca de la situación. Nosotros fuimos con la intención de investigar desde un punto de vista científico, psiquiátrico, lo que sucedía. Habíamos previsto realizar entrevistas a distintos protagonistas. Como estábamos muy cansados, acordamos empezar a la mañana siguiente temprano. Fuimos a bañarnos a un arroyo. Todos estaban desnudos. Había una abogada entre nosotros, ella se desnudó tranquilamente tal cual los demás. Nosotros nos metimos al agua en ropa interior, como fuimos objeto de burla de parte de la comunidad, tuvimos que desnudarnos también.

Apenas nos acostamos el Chamán empezó su ritual, hizo danzar a toda la comunidad. Nos citaron

para las 12:00 de la noche para un acto. Yo manifesté mi preocupación acerca de cómo sabrían la hora exacta, puesto que no contaban con relojes. Nosotros pusimos nuestros despertadores y asistimos a la hora acordada. Ellos ya estaban esperándonos, aunque no contaban con relojes. La ceremonia se desarrolló durante toda la madrugada.

Seguidamente empezamos con las entrevistas. Nos resultó muy llamativo que, aunque el jefe nos brindaba algunas informaciones, casi para todo nos decía: –“Pregúntenle a ella”, refiriéndose a su pareja. Finalmente nos percatamos que era la mujer la transmisora de todo el conocimiento.

Conversamos con la mujer y con algunas personas que habían intentado suicidarse. Estas personas describían una emoción parecida al pánico, que las empujaba a correr desesperadamente. El Chamán entonces convocaba a toda la tribu y corría detrás de la persona en cuestión. Percibimos que aquel que tenía un desequilibrio no era discriminado, sino integrado y acompañado por la comunidad.

Con las entrevistas nos dimos cuenta que en la zona había una iglesia cristiana (alemana) que había ofrecido ayuda a la comunidad. La ayuda consistía en comida y ropa, pero con la condición de dejar de realizar cualquier tipo de ritual. En consecuencia, ellos habían dejado de realizar sus rituales

tradicionales como el Tembekuá, ritual de paso de la adolescencia, por ejemplo.

Esto los había dejado confundidos, ya no sabían quiénes eran, no se sentían ni Pai, ni paraguayos. Posiblemente era una de las causas de los suicidios y el Chamán nos confirmó que así se sentían. Habían perdido su identidad porque ya no había transmisión de la cultura. Acudimos al padre Bartomeu Meliá y a otro antropólogo alemán que había investigado sobre las comunidades Pai y les comentamos las situaciones para recibir alguna explicación antropológica. Ellos opinaron que era una cuestión grave, esta comunidad estaba perdiendo su modo de ser y de vivir.

Durante los siguientes cuatro años, hasta 1996 aproximadamente, estuve acompañando a esta comunidad en Pedro Juan Caballero.

En una ocasión llegó a Paraguay un colega y compañero italiano llamado Giandomenico Montinari. Él era un poco mayor que yo y se había recibido antes de psiquiatra. Este doctor fue el que descubrió la Comunidad Terapéutica que coordiné en Italia. Cuando tuve que regresar, él se mostró muy interesado en visitarme alguna vez en Paraguay. Le interesaba particularmente todo el legado de los indígenas. Cuando llegó, lo llevé conmigo a la Comunidad. Luego de participar de esa experiencia él

siempre se mantuvo pendiente de la comunidad en los siguientes años.

En el año 1992, desde la organización Atyha organizamos un Congreso Internacional de Cultura y Democracia en América Latina, las experiencias de este congreso quedaron sistematizadas en un documento. El Congreso fue financiado por la Universidad de Hamburgo¹⁸. Yo propuse invitar a los indígenas a este congreso.

Durante el congreso, los indígenas hicieron una presentación de la cosmovisión Pai y la representaron dramáticamente, invitaron a la gente a interactuar con ellos y empezaron a hacer un ritual con todos los presentes.

En relación al pueblo Mbya, quisiera comentar que el investigador paraguayo Ramón Fogel contaba con un proyecto en la Comunidad Pirapey, departamento de Itapúa. Allí se encontraba una comunidad Mbya¹⁹ y nosotros queríamos hacer un trabajo sobre “cómo curan los mbya”, sobre todo en cuanto

18 Arestivo, C.A., Riera, G., Campos, D.E. (Comps.) (1993). Salud psicosocial, cultura y democracia en América Latina. Asunción. Editora Atyha IPD, 3 vols.

19 El pueblo Mbya pertenece a la familia lingüística guaraní, hablan la lengua mbya guaraní y ocupan la región oriental del Paraguay, los departamentos de Itapúa, Caazapá, Guairá, San Pedro y Alto Paraguay. Su autodenominación ritual es Jeguakava Tenonde Poraguei (Los primeros escogidos en llevar el adorno de plumas) (Biederman y Zanardini, 2006. Los indígenas del Paraguay. Artes Gráficas Zamphirópolis. Itaipú Binacional. Asunción- Paraguay).

a los trastornos mentales, porque para ellos están muy relacionados con el payé²⁰. Así que fuimos a Pirapey y existe un escrito sobre esta experiencia. A causa de la reserva de los mbya era muy difícil obtener información. Nos indicaron que no había una receta. Nos explicaron que ellos ingresaban al monte donde danzaban y ahí su divinidad les indicaba qué plantas usar para curar. En un principio debió ser así y hasta ahora se conocen plantas y sus propiedades curativas. Se sabe que el monte es sagrado para ellos y que el árbol sagrado de los Mbya es el cedro.



*Fotografía tomada por Carlos Arestivo compartiendo con miembros
de una comunidad Pai Tavytera.
Paraguay -Amambay, 1992.*

20 Práctica de hechicería o chamanismo malévolo.

Capítulo 27

Aportes a la salud pública y a la niñez y adolescencia paraguayas

En la década de los 90 inicié un trabajo muy importante en el Ministerio de Salud Pública y Bienestar Social de Paraguay. Me convocaron para trabajar en el Departamento de Salud Mental. El Ministro expresamente me pidió mi colaboración en la Dirección de Bienestar Social, por tanto fui nombrado Jefe de Departamento de Reinserción Social, recientemente formado.

Como el nombre abarcaba demasiado, decidí dedicarme a los niños en situación de calle; lo cual constituía un verdadero drama, dado que ninguna instancia del Estado se ocupaba de esta situación.

Por esta causa fue que incursioné en este sector realmente apasionante, pues implicaba un desafío, ya que había poco conocimiento sobre el tema. Por ello, solicité a mis amigos y a Instituciones no Gubernamentales estructurar un trabajo en forma colaborativa. El Ministro en cartera, Dr. Vidovich

Morales, comprendió la situación y me dio carta verde para nuestros futuros proyectos.

Para comenzar y con el gran apoyo de UNICEF, el Ministro nos cedió un predio abandonado, ubicado detrás de un Hogar Infantil. El predio tenía cerca de una hectárea y en ella se erguía una vieja, pero antigua edificación. Con fondos proveídos por UNICEF remodelamos el edificio, se construyeron baños, una canchita de fútbol y otras mejoras. Su inauguración fue un acontecimiento importante, era la primera vez que entidades del Estado se reunían con ONGs para trabajar juntos ante una problemática social tan importante. Se fundó lo que denominamos CENADI, Centro Nacional de Derechos de la Infancia.

Aproximadamente 20 ONGs participaron activamente en reuniones colectivas. Yo, como Director del CENADI, coordinaba estas reuniones, aunque a decir verdad los que conocían del tema eran ellos. Yo iba aprendiendo y, sobre todo, me guiaba por mi sentido común, mis experiencias y mi criterio profesional para activar temas desde la coherencia y elegir las prioridades.

En aquel momento, recién caída la dictadura stonista, no se contaba con un Código de la Niñez y Adolescencia, existía el “Código del Menor”, totalmente obsoleto para el contexto internacional. Programamos una estrategia. Con la ayuda de exper-

tos de UNICEF y la participación de las distintas organizaciones nos reunimos periódicamente, con la intención de redactar un Código o ley. Por un lado, los abogados expertos en la redacción y por otro, una audiencia pública donde se discutían los temas a abordar, que luego se pasaban a la comisión técnica para su elaboración. Así pudimos terminar y presentar al Senado el Código de la Niñez y Adolescencia. En el año 1995 editamos el primer libro basado en los nuevos paradigmas de la niñez, expuestos en dicho Código. El material lo editamos con fondos de UNICEF desde CENADI. Sus autoras, la abogada Lourdes Barboza, ex Ministra de la Secretaría de la Niñez y Adolescencia, y la abogada Teresa Martínez, agente fiscal especializada en Derechos de la Infancia.

El entusiasmo generado por la realización de este proyecto, impulsó la creación de la Secretaría de la Niñez y Adolescencia; ejerció como la primera Secretaria Ejecutiva, la abogada Lourdes Barboza. Es importante señalar que su nombre fue propuesto por las ONGs y la UNICEF. A partir de ahí se fueron estableciendo las políticas públicas en relación al tema.

Otra de las preocupaciones que tuvimos fue reivindicar a los mártires de Acosta Nu. Como punto de partida elegimos el día del niño para conmemorar la batalla de Acosta Ñu, como una recordación de

sus derechos. Solicitamos al Presidente de la República, Ing. Juan Carlos Wasmosy, un Decreto que establezca la semana de los derechos de la infancia.

Esto ocurrió de una manera insólita, ya que se acercaba la fecha. Nos reunimos con el compañero Néstor Vera, funcionario entonces de UNICEF y exdirector de la ONG Callescuela, conseguimos conversar por teléfono con el Secretario Privado del Presidente Wasmosy y le solicitamos el Decreto citado. Eran las 6 de la tarde y nos prometió que hablaría con el Presidente. Una hora más tarde nos llamó por teléfono y nos dijo que estaba de acuerdo, pero que no podría firmar el decreto correspondiente para la fecha requerida, pues viajaba al exterior, a menos que enviáramos inmediatamente el decreto por fax para su firma. Nosotros no habíamos elaborado el decreto, ni sabíamos cómo redactarlo. Nos rebuscamos, lo redactamos, lo enviamos y, efectivamente, el Presidente firmó el decreto y nos lo remitió al día siguiente.

Ese año inauguramos la Semana por los Derechos de los Niños y propusimos al Ministro realizar un acto público con la presencia de niños/as, ONGs y otras instituciones. Además, decidimos entregar una placa a una persona destacada que hubiera trabajado en favor de los niños. Elegimos al fundador de Callescuela, la ONG más destacada en el tema de los niños en situación de calle, el Sr. Benno

Glausser, un sociólogo suizo que vino al Paraguay como representante de la Cruz Roja y terminó quedándose a vivir en nuestro país.

Otro proyecto interesante llevado a cabo y que se planteó en el CENADI, fue a pedido de la Primera Dama del Estado, Sra. Teresa de Wasmosy, y consistía en llevar adelante el Programa de la OMS sobre prevención de uso de drogas en niños de la calle. La Sra. Teresa me citó a su oficina y me encargó el Programa. Yo debía realizar una capacitación en Paraguay con otros colegas de países de América Latina. Me pidió que nombrara a una persona para secundarme en este programa. Recurrí de nuevo a Callescuela y solicité la colaboración de la Sra. Liz Torres, quien conocía a profundidad la situación de los niños.

Organizamos juntos la capacitación y con las directivas del OMS, creamos 15 grupos de más o menos 15 niños y niñas de entre 8 a 15 años, niños en situación de calle que se encontraban protegidos por ONGs. Liz y yo capacitamos a los coordinadores de cada grupo y así se inició un interesante programa. Semanalmente nos reuníamos con los coordinadores para supervisar el trabajo y dar orientaciones.

El Programa duró un año y lo presentamos en una reunión latinoamericana, donde todos los países involucrados presentaron sus informes. La experiencia fue muy positiva desde muchos puntos

de vista, para los niños que pudieron tener conocimiento del peligro que acarrear las drogas y se convirtieron en agentes multiplicadores de protección contra ellas, y para los coordinadores fue un conocimiento y una experiencia muy valiosos en torno a las técnicas y al trabajo en grupo.

Capítulo 28

El Proyecto A.M.A.R. (Asistencia a menores de alto riesgo)

Al finalizar la década de los 90, en el año 1999 surgió un convenio de la Unión Europea con Paraguay, que consistió en la asistencia a menores de alto riesgo.

El monto del Proyecto fue de 10.000.000 de dólares, de los cuales Paraguay ponía, como contrapartida, 2.000.000. El proyecto fue firmado por el Gobierno y la UE por cinco años. Se requería un Codirector paraguayo, un codirector europeo y un administrador europeo. La Secretaría de Acción Social estaba a cargo y llamó a concurso para la codirección nacional. Yo me presenté y apoyado por las ONGs que habían trabajado conmigo, salí seleccionado. Renuncié a mi cargo en la Dirección del Instituto de Salud Mental e inicié esta nueva experiencia.

El codirector europeo era un sueco de nombre Byron Westlund, un experto en proyectos. Yo tuve que hacer un curso intensivo sobre cómo elaborar proyectos y su evaluación. Denominamos al

proyecto A.M.A.R. (Asistencia a menores en alto riesgo).

El manejo del Proyecto por dos directores fue también una experiencia novel y muy significativa. Cada uno tenía un 50% del poder. Siempre nos relacionamos perfectamente, nunca tuvimos problemas y todas las decisiones fueron consensuadas y discutidas con anterioridad.

Trabajamos en Asunción y Ciudad del Este. Fuimos en persona a conocer los problemas sociales de las zonas periféricas de ambas ciudades. Contratamos a expertos en la niñez y adolescencia, expertos en el manejo de problemas comunitarios y nos ocupamos de elaborar programas sobre los derechos fundamentales, tales como educación, salud, ingresos económicos a las familias y otros relevantes aspectos.

En Salud, trabajó con nosotros quien más adelante sería la Ministra de Salud del Gobierno de Fernando Lugo (2008-2012), la Dra. Esperanza Martínez, que había realizado la especialidad de Salud Pública en Bélgica. Ella elaboró un plan muy interesante, que consistía en capacitar a grupos comunitarios en prevención primaria. Se organizaron grupos por zonas, se los capacitó y ellos debían ir casa por casa en su zona para hacer controles de Salud, informar a los miembros de la familia cómo cuidar la salud y derivar a algún miembro a los centros hos-

pitalarios cuando surgía alguna necesidad. Ellos no medicaban, derivaban a un centro hospitalario cuando encontraban algún problema de salud en la familia. Los mismos miembros de las comunidades conformaban esos grupos y recibían un salario por su trabajo.

Se realizaron convenios con el Ministerio de Salud y se instaló una oficina dentro del Ministerio, con el objeto de coordinar mejor los trabajos. El proyecto proveyó de un vehículo a la oficina y otro vehículo para Ciudad del Este. El proyecto funcionó normalmente durante 5 años. Cuando la Dra. Esperanza Martínez asumió como Ministra, implementó como política la prevención y creó unidades de salud en todo el país. Estas unidades de salud estaban compuestas por médicos, psicólogos, trabajadores sociales y obstetras, cada uno atendiendo sus respectivas zonas. El proyecto se constituyó entonces en una interesante experiencia de lo que luego se instituyó como política pública.

En Educación, se contrató al Lic. Melquiades Alonso, a fin de diseñar proyectos de Educación formal comunitaria. Él planteó un programa de escuela comunitaria, muy similar a lo que había sido la escuela campesina²¹. Una escuela abierta a la co-

21 Escuelitas campesinas, organización educativa resultante del proceso en las Ligas Agrarias Cristianas, que promovía un modelo educativo alternativo durante la dictadura stronista.

munidad donde no solamente debían involucrarse los padres, sino todos. Para el efecto se realizaron eventos informativos sobre la modalidad de estas escuelas en zonas periféricas.

Muchas de ellas firmaron acuerdos con el Proyecto. El proyecto AMAR envió arquitectos para ver la situación de cada escuela y, consecuentemente, plantear las necesidades de infraestructura. En algunos casos se trataba de construcciones o mejoras de los sanitarios o patios de recreo o mejoras en la cocina. Fueron proveídos materiales didácticos y las capacitaciones correspondientes. Obviamente, estas actividades se realizaron previo convenio con el Ministerio de Educación. Se proveyeron vehículos para Asunción y Ciudad del Este. La experiencia fue sistematizada y lanzada en formato libro, redactado por el Lic. Melquiades Alonso²².

Una de las preocupaciones que se nos presentó en aquel momento derivó del conocimiento del resultado de una investigación sobre la documentación de los niños. Encontramos que más de 400.000 niños no estaban inscriptos en el Registro Civil de las personas. Los niños no existían en los documentos.

Convenio mediante con el Registro Civil, planteamos una estrategia para agilizar las inscripciones. Trabajamos con los medios de prensa, la iglesia y la

22 Alonso, M. (2002). *Diseño de la Escuela Comunitaria*. AMAR Ediciones. Asunción- Paraguay.

policía. El problema fundamental era el económico y la cantidad de trámites burocráticos que se requerían para obtenerlos. Conseguimos adecuar las leyes para agilizar los registros, se anuló el pago y se declaró gratuito el primer registro. En menos de tres años conseguimos inscribir a más de 250.000 niños y adolescentes. AMAR financió las capacitaciones, los viajes al interior que muchas veces duraban varios días y un plus en sus salarios a los funcionarios del Registro Civil. Esto causó un verdadero impacto en la sociedad. El procedimiento sigue vigente hasta hoy.

El proyecto AMAR, además, realizó estudios sobre la situación económica de las familias de las zonas periféricas entre los años 1999 y 2004. En ese sentido, un experto europeo capacitó a las familias en torno a generar ingresos. Se crearon cooperativas como la de los Gancheros de Cateura, de Carriteros, de Pescadores y otros oficios en los alrededores de Asunción y Ciudad del Este. En Ciudad del Este existía una oficina montada con funcionarios encargados de los proyectos y del lugar de trabajo. Como codirectores visitamos periódicamente dicha oficina para monitorear los proyectos y observar la situación.

Por supuesto, trabajamos muy de cerca con las ONGs, a quienes contratamos para elaborar proyectos. Ante la situación dramática en la que se en-

contraba el Penal de Menores Panchito López, en el que había ocurrido un incendio y habían muerto algunos jóvenes internados, AMAR colaboró en la búsqueda de un nuevo local y elaboró un modelo de manejo del penal, además de proponer el cambio de nombre por Centro Educativo. AMAR contrató a 30 funcionarios a quienes capacitó y supervisó durante un año. El Gobierno se comprometió a incluir en su presupuesto el salario de los educadores. Durante ese año, funcionó muy bien porque se siguieron las indicaciones. Yo elaboré el modelo presentado, junto con otro colega. Traté de adaptar el modelo de Comunidad Terapéutica para este tipo de población. El proyecto fue aprobado por resolución del Ministerio de Justicia y Trabajo en el año 2003. Todos estuvieron obligados a capacitarse, desde el director hasta los guardias. Transcurrido un año, cuando el Estado debía nombrar a los educadores capacitados para el proyecto, los descontrató a todos y nombró a guardias de seguridad. El proyecto fracasó por esa razón y la superpoblación de internos. Continuó en la modalidad carcelaria, cuando debía haber sido un centro educativo y de rehabilitación.

Una de las obras más importantes realizadas desde AMAR, fue la de construir centros comunitarios en lugares estratégicos de las zonas de influencia del proyecto. Se construyeron 5 centros, eran un espacio para eventos de cualquier índole, con piso de

baldosas, un escenario y dependencias para oficina, baño y cocina.

En el transcurso de los años 1999 al 2004 se manejaron 64 proyectos. Lastimosamente, el Estado paraguayo no aportó su parte y la experiencia se cortó. Muchos proyectos dejaron de existir por la falta de apoyo del gobierno. La Unión Europea decidió ya no colaborar, exigió que la codirección debía ser concursada y que los nombramientos, de profesionales o no, debían ser consensuados, no se permitió padrinazgos y además y por sobre todo, el Estado debía aportar su parte comprometida.

El Gobierno del primer presidente civil del Paraguay, posterior a la dictadura, el Ing. Juan Carlos Wasmosy (1993-1998), quien firmó el convenio con la contraparte europea, se interesó y cumplió con los acuerdos; sin embargo y lastimosamente, el siguiente gobierno de Raúl Cubas (1998-1999), al no poder incluir a su gente, lo incumplió. Incluso yo, pasé diez meses sin cobrar mis honorarios.

De estas experiencias, rescato el hecho de haber trabajado con familias campesinas y con comunidades, un sector totalmente desconocido para mí; aunque la experiencia fue fascinante.

Capítulo 29

Ogwa

Yo trabajaba como codirector nacional del proyecto AMAR (Asistencia a menores de alto riesgo), cuando un día llega a mi oficina un señor que se identificó como Ogwa²³, indígena del pueblo Ishir-Chamacoco, el cual solicitaba ayuda económica²⁴.

Mi colega europeo y yo le dimos un monto de dinero y este señor nos explicó que no debíamos pensar que estaba pidiendo limosna, él era un artista y nos dejaría cuadros que él pintaba como forma de pago. Nos cotizó sus obras a 80.000 guaraníes cada una.

Observamos que sus cuadros eran realmente de calidad y le pedimos que volviera. Volvió una siguiente vez y nos

23 “Pedro Flores Balbuena, Ogwa”, fue un artista plástico perteneciente al pueblo Ishir que retrató en sus obras las costumbres, rituales y mitología de su pueblo, el paisaje chaqueño y las diversas especies de animales que lo habitan. Comenzó a pintar incentivado por la famosa etnógrafa eslovena Branislava Susnik, quien en la década de 1950 llegó al Alto Paraguay (1938- 2008).

24 El pueblo Ishir (Chamacoco) pertenece a la familia lingüística Zamuco, sus lenguas son Tomaharo e Ybytoso. Ocupan la región occidental de Paraguay, en el departamento de Alto Paraguay. Son tradicionalmente conocidos como Chamacocos. (Biederman y Zanardini, 2006).

hicimos amigos. Él era un hombre sencillo que venía del norte de la zona de Concepción donde su gente, los Chamacocos, se encontraban asentados.

Durante nuestros años de amistad pudimos gestionar acciones para que él pudiera operarse de los ojos y realizar otros tratamientos de salud. Todo el dinero que le dábamos nos devolvía con cuadros. Entre mi colega y yo le compramos más de 10 cuadros cada uno.

Vivía en las cercanías de Asunción y se mantenía con la venta de sus cuadros. Pinturas que realizaba con plumas, pues se pueden apreciar en ellas trazados muy finos. Cada cuadro hace referencia a sus rituales y él los explicaba con un pequeño texto escrito debajo de cada dibujo. Nos refirió que pintar era una forma de transmitir su cultura. Nos enteramos a través de su hijo de su fallecimiento. El hijo continuó pintando, siguiendo las enseñanzas de su padre²⁵.

25 Claudelino Balbuena, hijo de Ogwa, es también artista. Su vida fue retratada por la realizadora Mónica Ismael en el documental Basybuky- El Guerrero Ishir (Paraguay, 2016).



Obra de Ogwa. Paraguay, 1999.



Obra de Ogwa. Paraguay, 2000.

Capítulo 30

La Comisión Verdad y Justicia

Apenas terminado el ciclo de AMAR, fui invitado a formar parte de la Dirección de Verdad y Justicia, instancia creada con el propósito de investigar los atropellos a los DD.HH. en la época del presidente Alfredo Stroessner. Era una dependencia del Congreso de la Nación.

Mi trabajo consistía en capacitar y coordinar a los psicólogos para las entrevistas con las personas que habían sido perseguidas y torturadas. Aquellos luchadores contra la dictadura que fueron perseguidos, torturados o exiliados. Además de los familiares de los desaparecidos. Ocupé el cargo de Secretario Ejecutivo.

Las entrevistas eran grabadas, filmadas y derivadas a los profesionales que realizaban la investigación. Se realizaron varias audiencias públicas donde se presentaban casos al público en general. Las víctimas presentaban sus historias, casi siempre desgarradoras y emotivas; las cuales, por lo gene-

ral, concluían con crisis emotivas. Mi trabajo era de contención ante estos eventos.

Viajamos frecuentemente al interior del país, donde ocurrieron las verdaderas persecuciones y asesinatos, donde íbamos a buscar a las víctimas. Se realizaron trabajos de búsqueda de los desaparecidos, entonces se convocaba a los familiares durante los trabajos de excavación, se aprovechaba aquella circunstancia para realizar entrevistas e investigar cómo sucedieron los hechos. Casi en todas las circunstancias los familiares se descompensaban y mi trabajo consistía en asistirlos. El trabajo duró tres años y los resultados se publicaron en una colección de 8 tomos.

Capítulo 31

Villarrica

Durante el año 2007 fue creada la Universidad Nacional de Villarrica del Espíritu Santo (UNVES) y el Rector electo fue el que efectivamente lideró el proceso de su creación: el ing. José Félix González, mi compañero de estudios en Tucumán; aunque él se había inclinado por la Ingeniería Azucarera y yo, por la Medicina.

Él me visitó en Asunción y me solicitó que lo ayudara en la organización de la Facultad de Psicología. Me desempeñé primeramente como docente en dicha facultad, luego me pidieron que me presente como Vicedecano de la misma. Allí trabajé en la elaboración de los currículums de Psicología.

Posteriormente se creó la Escuela de Postgrado y el Rector me ofreció la Dirección. Previa renuncia como Vicedecano, asumí la Dirección de la Escuela de Postgrado. Luego de armar un equipo, iniciamos algunos cursos.

Aunque en Villarrica ya funcionaban dos Universidades, la Universidad Católica y la Filial de la Uni-

versidad de Asunción; ninguna había presentado cursos de postgrado, a pesar de contar con muchísimos profesionales. En consecuencia, éstos debían trasladarse a Asunción o al exterior para realizar sus especialidades.

Iniciamos con cursos de Diplomado en Didáctica Universitaria, requisito para ser docente. Seguimos con cursos de Especialización en Derecho Penal y Procesal Penal impartidos por excelentes docentes de Asunción. Además desarrollamos cursos de especialización en Psicología Clínica y otros más.

Transcurrido un año, la Escuela se convirtió en Facultad y me presenté para ocupar el cargo de Decano. Fui elegido y continuamos con el arduo trabajo. Se firmaron convenios internacionales, uno de ellos con la Universidad de Alcalá de Henares de España. Logramos desarrollar la primera maestría con ellos y al finalizar el curso, el mismo Rector de la citada universidad vino a Villarrica a entregar los títulos.

Casi todos los docentes de los cursos de Postgrado eran de Asunción, porque en Villarrica no había docentes con la capacidad requerida para un Postgrado. Mi vida en Villarrica fue muy interesante, los primeros tiempos viví en la casa de un amigo; después alquilé un departamento. Además conseguí que me nombraran en el Poder Judicial como Psiquiatra Forense, cargo que ocupé mientras es-

tuve en esa ciudad. Viajaba a Villarrica los martes a viernes, por la tarde. Los lunes y sábados atendía mi consultorio en Asunción.

Aprendí nuevas lecciones en la Universidad, nunca pensé que podría ser Decano, elaborar currículum de cursos de postgrados, contratar a los mejores docentes de Asunción, hacer presupuestos, debatir con los alumnos, etc.

La situación más desagradable que viví sucedió siendo Decano. Recibí una nota del Rector donde me amonestaba por una supuesta negligencia y me expresaba que no volviese a ocurrir. No especifica cuál había sido la negligencia.

Ante este suceso, decidí renunciar, no estaba en condiciones de tolerar un atropello a mi dignidad. Reuní al Consejo de la Facultad y les comuniqué mi decisión. Ellos me aconsejaron no presentar la renuncia. Igualmente le comuniqué al Rector mi decisión de presentar mi renuncia. No pedí explicaciones, pero expresé que no aceptaba los términos de la nota. Uno de los miembros del Consejo Superior me visitó esa noche en mi casa. Éramos amigos. Me dijo que el Rector me invitaba a una cena de reconciliación. Acepté y le pedí que él estuviera presente. Fuimos a un restaurante, en un lugar privado, y ahí manifesté mi molestia por la nota que me hizo sentir ofendido, el injusto trato que me dieron y que incluso desconocía la negligencia. El Rector recono-

ció que se había equivocado, me dio sus disculpas, además de retirar la nota. Yo acepté sus disculpas y continué en mi cargo. Pero algo había cambiado en mí, quedó un vestigio de amargura, y poco a poco fue gestándose la idea de abandonar el trabajo. Posteriormente presenté mi renuncia indeclinable al nuevo Rector, y renuncié también a mi cargo en el Poder Judicial.

Capítulo 32

Psiquiatría forense

La Psiquiatría forense es una disciplina que desarrollé desde la práctica. Anteriormente no existían especialistas, las autoridades judiciales acudían a los psiquiatras y psicólogos para que éstos colaborasen con la justicia en casos penales, civiles, laborales, de la niñez y adolescencia. La tarea consistía en informar al juez sobre algunos aspectos de un caso que requerían una información especializada. De esta manera me inicié en la especialidad, en forma autodidacta. Desde que llegué al Paraguay fui invitado a emitir dictámenes, por ejemplo, sobre personas imputadas por crímenes. Hoy existen especializaciones tanto en Psiquiatría como en Psicología. Yo fui nombrado Psiquiatra Forense del Poder Judicial en el año 2009 y ejercí en la Circunscripción de Guairá hasta 2015. Este campo, como ya dije antes, lo desarrollé desde la práctica, porque una cosa es atender a un paciente y otra hacer una pericia forense.

El perito psiquiatra debe saber, además de los conocimientos propios de la especialidad, las leyes que tienen relación con el tema. El Dr. José Vera Gómez, colega y amigo, es Psiquiatra Forense del Ministerio Público y, en mi opinión, el mejor y más preparado en la materia. Aprendí mucho de él. Yo con más práctica y él con más conocimiento fuimos intercambiando informaciones y experiencias.

En la actualidad sigo ejerciendo la psiquiatría forense, pero en forma privada. Junto con el Dr. José Vera Gómez y el Lic. Genaro Riera Hunter, psicólogo-psicoanalista, hemos creado el Gabinete Psicojurídico, una modalidad de trabajo en equipo especializado en pericias, consultorías y mediaciones. Fui invitado por varias universidades a dar clases sobre temas relacionados a esta especialidad.

Capítulo 33

Don Turilo

*“Cuando el paciente divinal Odiseo lo vio abrumado por la vejez
y con tan grande dolor allí en su espíritu,
se detuvo al pie de un alto peral y le saltaron las lágrimas”.*

(Odiseo encuentra a su padre Laertes. Homero. La Odisea)

A mi padre lo llamaban Turilo (Turiddu en siciliano). Era el apócope de Salvatore. Él nació en la ciudad de Módicta, Sicilia, y llegó al Paraguay junto con su familia en el año 1907, a los 7 años²⁶. Su familia estaba compuesta por mis abuelos y sus 7 hijos: cuatro varones y tres mujeres. Mi abuelo era carpintero y logró montar un taller de carpintería donde se fabricaban puertas, ventanas y ruedas para carros.

Habían contratado a un herrero y mi padre, desde muy pequeño, había sido el ayudante de herrero, como aprendiz había aprendido el oficio. La carpintería pronto se convirtió en una fábrica de carro-

²⁶ “Los italianos fueron el elemento de desarrollo más importante en este país en las últimas décadas, y muchos de los más prominentes hombres de negocios de la República son de esa nacionalidad”. Crónica Histórica Ilustrada- Paraguay – Tomo 3.

cerías para camiones y ómnibus de la época; sobre todo, camiones de carga.

Antes de cumplir 20 años mi padre ya había asumido la sección de herrería, pues las carrocerías y las ruedas de los carros llevaban partes de hierro. Se casó con mi madre a los 25 años, ella era también hija de inmigrantes sicilianos. Era costumbre de la época relacionarse con sus paisanos, aparentemente desconfiaban de las nacionalidades diferentes.

La relación con mis padres siempre fue muy tranquila. Conversábamos muy poco a causa de que siempre estaba inmerso en su duro trabajo de herrería. En el área donde trabajaba había un lugar para el fuego, alimentado por un gran fuelle y disponía de un yunque. Sus herramientas eran un martillo grande y varios mazos. Él manejaba el martillo y sus ayudantes, el mazo. Entre cuatro golpeaban el hierro candente. Mi padre pegaba con su herramienta donde se debía golpear y sus cuatro asistentes seguían el ritmo que mi padre imponía. Era realmente un espectáculo y yo me quedaba fascinado mirando.

Mi padre salía a las cuatro de la mañana para trabajar, debido a que trabajaba con fuego y a causa del calor del ambiente, aprovechaba las primeras horas de la mañana. Recuerdo que cuando tenía alrededor de 9 años era el encargado de llevarle el desayuno al taller, que quedaba a 6 cuadras de mi

casa. Todos los días, a las 7 de la mañana, llevaba una cafetera con café con leche y pan. Después me quedaba en el taller, porque admiraba el trabajo de mi padre.

Todos los obreros me querían. Y mi padre, aunque no era efusivo en sus manifestaciones de afecto, me fabricaba juguetes, camioncitos y carretillitas de hierro y madera. Aunque no acostumbraba abrazarme y besarme, yo me sentía seguro a su lado y consciente de su cariño.

En la casa, él lo arreglaba todo. Su única afición era jugar a las bochas, en donde se destacaba y obtuvo muchos premios. Muchas veces me llevaba con él los domingos. Además le gustaba pescar. Todo el mundo lo conocía y lo quería pues era muy sociable. Era una persona que brindaba seguridad.

Nunca olvidaré el día en que me gradué de médico. Yo había rendido el último examen un 27 de diciembre, día de mi cumpleaños. Llegué a casa lleno de felicidad y euforia, porque finalmente y después de bastante me había recibido. Encontré a mi padre solo, fumando su cigarro como siempre. Apenas llegué, le dije: -¡Papá, soy médico! Él reaccionó de forma extraña, continuó callado y salió a la calle. Yo, confundido, lo seguí y lo vi golpear en la casa vecina. Cuando el vecino salió le dijo: -¡Tengo un hijo médico! Y siguió haciendo lo mismo en cuatro

o cinco casas más donde vivían sus vecinos y amigos, también italianos.

Creo que era tanta su alegría que lo disfrutó más que yo. Supongo que significaba una conquista que él, un obrero, un herrero, había logrado tener un hijo médico. Ahora que tengo mis propios hijos lo comprendo. Los logros de nuestros hijos son nuestros propios logros.

En el año 1973 logré llevar a Italia a mis padres. Allí acostumbramos salir a caminar por Génova. En pocas semanas él se hizo amigo de todos, sobre todo en el mercado donde iba a comprar verduras. Era un gusto estar en su divertida compañía, siempre de buen humor y contando anécdotas.

En Italia mi padre rememoró su infancia, en cierta circunstancia, cuando desde un barco divisó la isla de Sicilia incluso se puso a actuar como un niño cantando y bailando una música infantil. Pudo regresar a Módicta, la ciudad de su niñez. Allí, logró encontrar la casa donde había vivido, la reconoció y pudo ingresar a ella.

Regresó a su ciudad natal luego de 67 años. Luego de una estancia de ocho meses en Italia, a los 74 años, mi padre enfermó. Le detectaron un cáncer y debía operarse. Cuando se enteró, me dijo: -Tengo que morir en mi patria. Yo le dije: -Pero Papá, estás en tu patria. El me respondió que si moría en Italia no tendría a nadie en el entierro, únicamente

mi madre y yo. Y que si estaba en Asunción, iría la mitad de la ciudad.

Volvió al Paraguay y fue operado. Su médico me informó por teléfono que no había nada que hacer, que pronto moriría. Fue en el mes de julio de 1974, yo volví a Asunción aprovechando mis vacaciones, quise despedirme de él. Aunque estaba muriendo, aún se mantenía lúcido, caminaba y no tenía intensos dolores.

Compartí las últimas 3 semanas con él, no nos separamos en todo el día, pues sentía la necesidad de su compañía. Un día que lo noté muy nervioso me confió que era porque el médico le había prohibido fumar y a él le gustaba el cigarro. Me molesté con el médico, si sabíamos que moriría, creí importante que estuviese contento. ¿Qué mal ya podría hacerle ese cigarro que tanto deseaba? Le compré los que a él le gustaban, se los dí y le dije: -Soy médico y soy tu hijo, aquí tenés tus cigarros.

Cuando llegó la fecha de mi regreso a Italia, aunque mi padre se encontraba relativamente bien, no quiso ir al aeropuerto. Como despedida nos abrazamos largamente, llorando y sin decir palabra me marché. Fue un momento inmensamente triste. Ambos sabíamos que no nos volveríamos a ver.

Mi padre, Turilo, falleció 3 semanas después. Cuando me comunicaron la noticia yo me sentí muy tranquilo, como si fuese una situación natural. Ya

había hecho mi duelo anticipadamente. Recordé todo lo que aprendí de él, sus enseñanzas. Me enseñó el amor al trabajo, a la familia, a ser honesto, gentil con los demás, tener buen humor y amar la vida. Ojalá yo logre enseñar esos mismos valores a mis hijos de la manera que lo hizo mi padre; sin palabras, sino con el ejemplo.

Un día que fui a una ferretería, me entregaron el regalo de un calendario por mis compras. Lo llevé a casa y allí me percaté que era la foto del taller de mi padre, es decir, la fábrica de carrocería de los Arestivo. En la época de la Guerra del Chaco, aquella fábrica se había convertido en un arsenal. Ese fue el aporte de mi padre a este país. Actualmente, tengo la fotografía reproducida, desconozco si existe aún la original. Lo único cierto es que es la fotografía del taller ubicado en Independencia y Teniente Fariña, donde hoy día están los almacenes de una conocida marca de automóviles.

Creo que antes del viaje a Italia no conocía realmente a mi padre, los ocho meses compartidos con él ahí me dieron la oportunidad de conocerlo y disfrutar de su compañía. Cuando vivíamos en Paraguay, yo pasaba más tiempo en los hospitales o en casa de mi hermano. En Italia lo conocí, lo disfruté y lo admiré por su sabiduría. En esa corta estadía pude sentir y decirme a mí mismo: "Tengo un padre".



Fotografía encontrada en un calendario por Carlos Arestivo.

Retrata la fábrica de carrocerías "La Veloz".

Salvatore "Turilo" Arestivo es el quinto de la segunda fila de izquierda a derecha y el segundo, es el tío Tanusso Arestivo, junto a los obreros.

Asunción, Paraguay. Década de 1930.

La fotografía cuenta con la siguiente leyenda:

"Carpinteros de la fábrica de carros y aberturas de los hermanos

Arestivo: Antonio, Salvador, José y Cayetano.

Muchos de estos obreros irían a la guerra.

Junto a los que quedaron, los Arestivo construirían en horas extraordinarias y sin ningún costo para el Estado paraguayo las carrocerías necesarias para el transporte de tropas hacia el frente".



*Fotografía del álbum familiar de Carlos Arestivo.
Modelo de carrocería de la fábrica de los hermanos Arestivo.
Asunción, Paraguay. Década de 1930.*

Epílogo

En estas últimas páginas quisiera contarles a mis hijos Giovanni Alberto y Piero Gabriel y a mi querida esposa María del Carmen la importancia que tiene la vida para mí, pues los tengo a ellos como eje.

Algunos aspectos ya señalados en páginas anteriores cobran vida en el recuerdo, por eso me permito hacer algunas reflexiones sobre ellos.

Cada vez que mis hijos deciden viajar, mi esposa y yo tememos que les suceda algo malo, sin embargo, recuerdo que con quince años viajé solo a Mendoza, Argentina. Yo anhelaba ese viaje, y aun hoy no me explico cómo pude convencer a mis padres y hermanos mayores de que me dejaran acometer esa hazaña. Pienso que igualmente mis hijos podrían tener esos mismos deseos, por lo cual y superando el temor, se los permitiría. El hecho de haber estudiado Medicina en una ciudad totalmente desconocida también fue un valioso aprendizaje. Hoy veo a mis jóvenes hijos con muchas ganas de desplegar sus alas y lanzarse a la aventura, arriesgando todo. Tengo fe de que lo aprendido en casa serán las herramientas suficientes para enfrentar el devenir y

contar con nuevos aprendizajes, así como pude hacerlo yo y lograr la realización.

El duro revés de tener que regresar al Paraguay con las manos vacías, fue un momento muy amargo de mi vida. Reconocer que mi estadía en Tucumán era imposible y haber perdido algunos años de estudio al principio fue muy duro. Afortunadamente, pude levantarme. Pienso que algunas frustraciones vividas por mis hijos habrán sido duras, pero ellos pudieron sobreponerse. Las caídas son experiencias que nos enriquecen y tenemos que tener la capacidad de aprender de ellas. Encontrar apoyo en las amistades valiosas que nos acompañan en nuestra vida. Cuando finalmente en 1969, logré obtener el título de médico, una gran alegría y una sensación de paz interior me embargó, lo recuerdo perfectamente.

Cumpliré próximamente 50 años en la profesión de médico, ese día de 1969 en que me gradué y en el cual me sorprendió la reacción de mi padre. Aunque yo íntimamente había sentido que él nunca se ocupó de mis estudios, me reveló que muy secretamente estaba atento a mi proceso y poseía una silenciosa esperanza, la esperanza de un herrero que no había podido concluir la escuela primaria, pero que fue capaz de criar 6 hijos, uno de los cuales se recibió de médico para su alegría. El cuidado que un padre tiene con sus hijos no siempre se expresa.

Aquello que interesaba a mi padre fue brindarme las herramientas para que yo mismo pudiera lograr mis metas y ser feliz. Estos recuerdos los recupero para ustedes, que puedan comprender la importancia que tienen los hijos para los padres y la importancia que tienen ustedes, hijos, en mi vida.

Como suele decirse, la fe mueve montañas. Cuando ya no parecía posible especializarme en Psiquiatría, lo cual era para mí un gran deseo, fui aceptado y tuve la oportunidad de aprender junto a un gran maestro de la medicina paraguaya, el Dr. Amado Adorno. De él y del tío Juan aprendí el tipo de médico a ser.

Los 10 meses previos a mi viaje a Génova, no fueron en vano, mi pasantía fue realmente significativa y me sirvió muchísimo en mis estudios de especialidad. Por momentos recordaba mi experiencia de fracaso en Tucumán, aunque racionalmente logré aceptar que en el peor de los casos yo tendría un título de médico que me respaldara. Mirando atrás considero que es importante iniciar los emprendimientos personales con confianza en nosotros mismos, porque los resultados dependerán de nosotros y cómo los encaremos.

Algo que me gustaría compartir y reflexionar, con ustedes lectores, es sobre saber vivir y valorar el tiempo. En ocasiones debemos sacarle jugo a las situaciones que se nos presentan; en ese sentido,

debo felicitar-me a mí mismo por la decisión de no cursar el segundo año de la especialidad e ingresar como médico voluntario en la Comunidad Terapéutica Omega de Milán, esta decisión fue todo un desafío que implicó grandes sacrificios. Sin embargo, aprendí muchísimo, no solamente la modalidad nueva; sino la forma de tratar a las personas y ser un verdadero psiquiatra. Esta decisión significó además una especie de sub especialidad, ya que a partir de ella, mi vida dio un vuelco muy positivo. Tanto en mi carrera como en mi modo de ser como persona. Siento que todo lo que vivimos tiene utilidad práctica cuando le damos el valor que le corresponde.

Fueron mayúsculas mi sorpresa y mi alegría cuando, como joven estudiante de psiquiatría, me convocaron especialistas de Génova a dirigir o coordinar una Clínica privada a inaugurarse. Ellos querían implementar la modalidad de Comunidad Terapéutica que yo había aprendido en Milán, la primera en Génova y una de las 10 en Italia. Con la ayuda de colegas de Milán a quienes solicité apoyo, orientación y supervisión, pude iniciar esta experiencia que marcó para siempre mi vida profesional.

Una de las satisfacciones más grandes de mi vida fue conseguir llevar a mis padres a Italia, sobre todo a mi padre, que en aquel momento hacía 68

años que había dejado su Sicilia natal. Pude reconocerlos, reencontrarme con ellos y disfrutarlos. En el año 1975 me tocó defender la Tesis de Especialidad, la cual logré elaborar con ayuda de mis colegas italianos que actuaron como correctores y traductores. Pude defender esa tesis y obtener la calificación más alta. Me sentí realmente realizado; no solo había logrado mi gran objetivo, sino además acumular experiencias de la Comunidad Terapéutica.

Es de suma importancia advertir que la vida nos depara innumerables sorpresas, muchas agradables y algunas no tanto. Aun así debemos en lo posible conservar la calma. Una calma que nos permite reflexionar, sopesar la situación y decidir lo que podemos hacer. Decirlo es fácil, hacerlo es muy complicado; pues depende de la gravedad de la situación por un lado y de nuestra capacidad de reacción y resiliencia.

La experiencia de mi aprehensión y tortura en el año 1978 fue un acontecimiento triste y doloroso en mi vida. Siempre fui una persona con mucho temor a las persecuciones del Gobierno de la época stronista. Con respecto a mi amistad con Nidia, tuve que enfrentarme a la difícil tarea de tomar una decisión. Por un lado mi voluntad que flaqueaba a causa del miedo, y por el otro una serie de valores y emociones como el afecto que sentía, ese afecto me dio fuerzas y sin mucho pensarlo hice lo que

debía hacer, salvar su vida sin pensar en las consecuencias.

Ese acto determinó el conocimiento de un sentimiento positivo que se mantuvo oculto detrás del miedo. Ignoro si fue prudente mi decisión, no obstante, en ese momento sentí que superar o controlar el miedo era un acto trascendental. El recuerdo de mi padre en esos momentos de desesperación y temor me infundió confianza. Me decía que él también tendría miedo, estaría temblando y lo veía aferrado a una barra de hierro como arma o símbolo de superación. Me siento realmente bien conmigo mismo ante esta experiencia en mi vida y mi convicción de haber obrado como una persona de bien.

En el año 1978, cuando tuve que enfrentar la muerte de mi padre, pude hacerlo con serenidad y paz.

Sin dudas, una de las satisfacciones más grandes de mi vida fue la noticia que sería padre. A los 56 años ya ni siquiera consideraba ese hecho. Con cierta frecuencia me cuestionaba acerca de mi exceso de trabajo si no tenía a nadie a quien dejar lo obtenido. Dado que mis gastos personales eran escasos, había ahorrado lo suficiente para comprar propiedades, porque no tenía la posibilidad de una jubilación. Mi hijo que falleció antes de haber nacido, generó en mí una manera diferente de contemplar la vida. Lo llamamos Carlos Alberto y despertó en mí la necesidad de compartir mi vida con su madre, María

del Carmen, y creer en la posibilidad de convertirme en padre nuevamente. Quiero expresar a mis queridos hijos, mis mellizos, que desde que ellos nacieron en 1995 me siento el hombre más completo del mundo.

Siempre sentí la necesidad de dejar por escrito mis vivencias, pero no me animaba, hasta que me recomendaron a la persona que es quien presenta el libro. En este proceso de acompañamiento pude escribir mis memorias, relatar mis hechos de vida a fin de que mis hijos conozcan y recuerden a su padre.

Índice

Prólogo.....	5
Dedicatoria	9
Cronología.....	14
Capítulo 1	
Mi Compañera	
La Paternidad	
Mis Hijos	19
Capítulo 2	
Infancia y prestidigitadores	25
Capítulo 3	
Mis hermanos.....	29
Capítulo 4	
Doña Adelina	37
Capítulo 5	
El triángulo rojo	43
Capítulo 6	
Instituciones	49
Capítulo 7	
Medicina en Tucumán	57
Capítulo 8	
Retorno al Paraguay	63

Capítulo 9	
Finalmente, me gradué de médico.	
Rituales de iniciación	67
Capítulo 10	
Beca a Italia y Las Comunidades Terapéuticas.....	73
Capítulo 11	
Fotografía.....	83
Capítulo 12	
Mi familia en Sicilia.....	87
Capítulo 13	
María Eugenia.....	93
Capítulo 14	
Volver a Paraguay	97
Capítulo 15	
El Manicomio	101
Capítulo 16	
El Centro Estudio de Psicoterapia y Psicología	109
Capítulo 17	
Atyha.....	115
Capítulo 18	
El señor de las esponjas	121
Capítulo 19	
Nidia.....	123
Capítulo 20	
Caí preso	129
Capítulo 21	
Siempre la misma polca.....	133

Capítulo 22	
No te metas con los comunistas	139
Capítulo 23	
Recuerdo de Emboscada 78	143
Capítulo 24	
Reencuentros y despedidas	147
Capítulo 25	
No me interesaban los partidos políticos.....	151
Capítulo 26	
Comunidades Pai Tavytera y Mbya	153
Capítulo 27	
Aportes a la salud pública y a la niñez y adolescencia paraguayas	159
Capítulo 28	
El Proyecto A.M.A.R. (Asistencia a menores de alto riesgo)	165
Capítulo 29	
Ogwa	173
Capítulo 30	
La Comisión Verdad y Justicia	177
Capítulo 31	
Villarrica	179
Capítulo 32	
Psiquiatría forense.....	183
Capítulo 33	
Don Turilo	185
Epílogo.....	193

Se terminó de imprimir en junio de 2018.

Arandurã Editorial

Tte. Fariña 1028

Teléfono: (595 21) 214 295

e-mail: arandura@hotmail.com

www.arandura.com.py